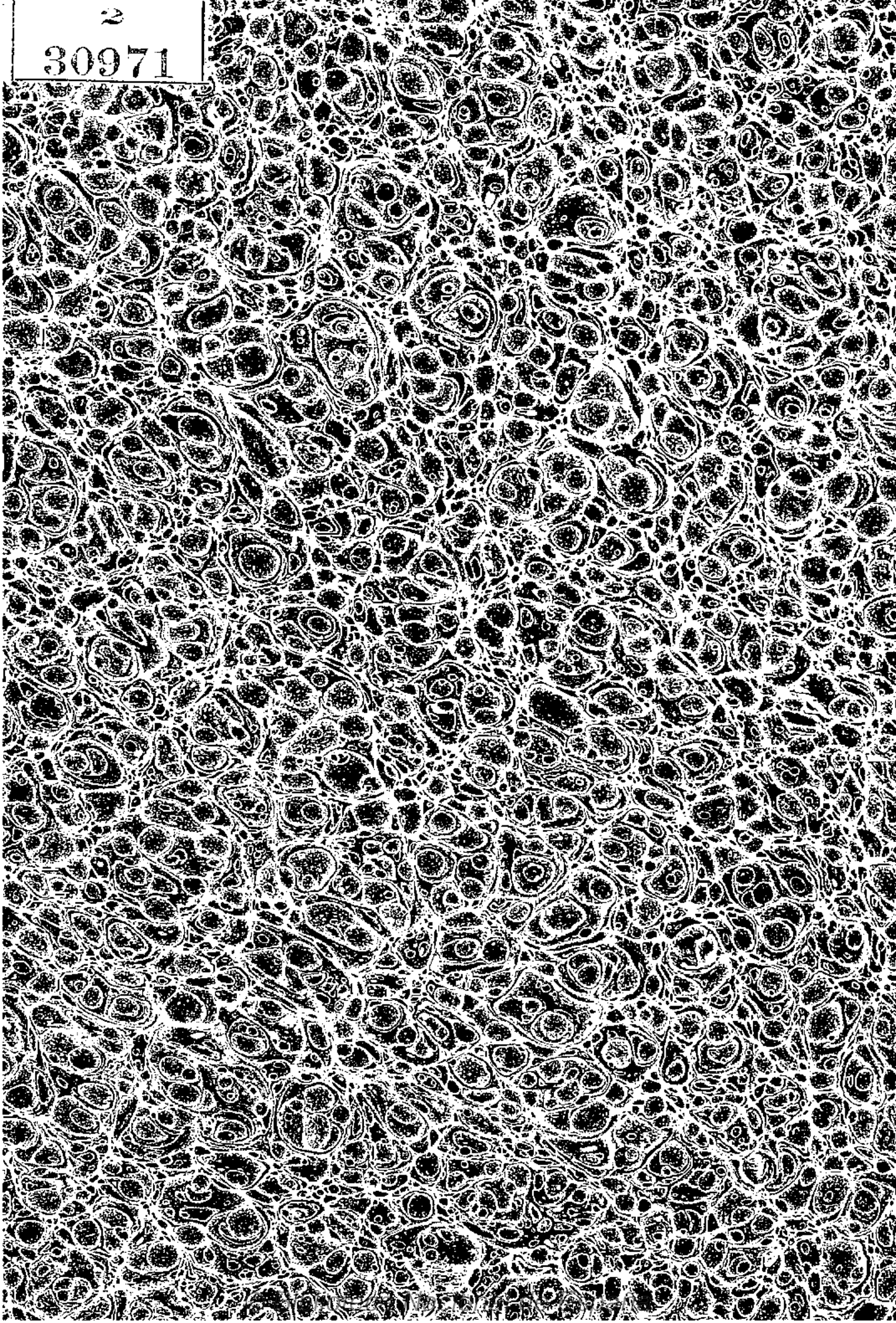
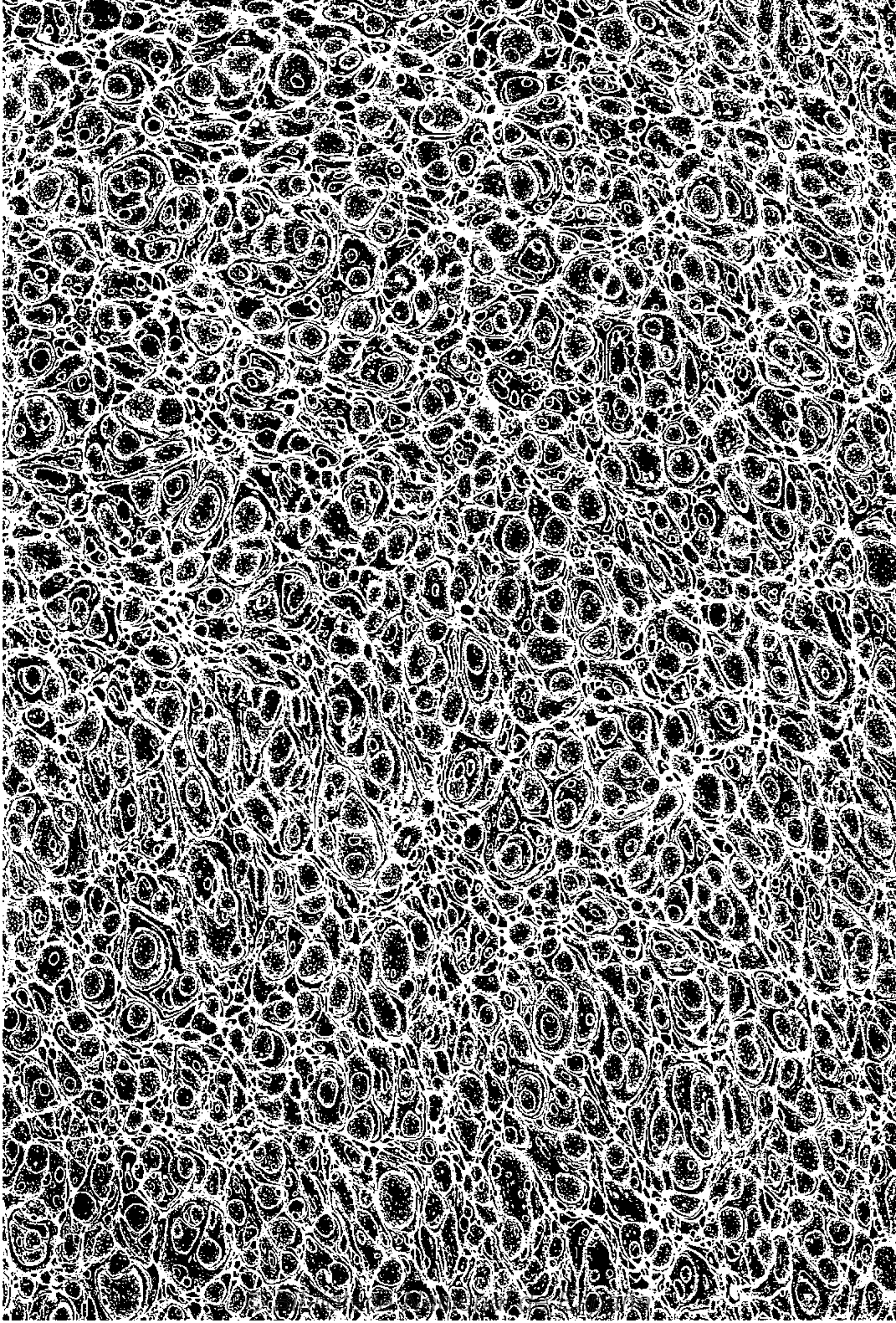


© Biblioteca Nacional de España


2
30971



© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

325

X

392

LA PORNOCRACIA

ó

LA MUJER EN NUESTROS TIEMPOS

MINISTERIO DE FOMENTO
14 JUN 92
ENTRADA

obra póstuma de

P.-J. PROUDHON

TRADUCIDA POR

AMANCIO PERATONER

Con Retrato y Biografía del Autor

Biografía de P. J. Proudhon.—Prefacio.—La Pornocracia moderna. — *Paralelo del hombre y de la mujer.—Relación de los dos sexos — Expansión de la conciencia.—Fundamento del orden político. — Fisiología de la mujer emancipada.*—**Notas y pensamientos.**

LA ENCICLOPÉDICA
ESTABLECIMIENTO EDITORIAL DE FELIPE N. CURRIOLS
CALLE DE CASANOVA, NUMERO 1
BARCELONA
1892

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

LA PORNOCRACIA

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España



P. J. Proudhon

© Biblioteca Nacional de España

LA PORNOCRACIA

ó

LA MUJER EN NUESTROS TIEMPOS.

obra póstuma de

P.-J. PROUDHON

TRADUCIDA POR

AMANCIO PERATONER

Con Retrato y Biografía del Autor

Felipe N. Curriols

Biografía de P. J. Proudhon.—Prefacio.—La Pornocracia moderna.—*Paralelo del hombre y de la mujer.—Relación de los dos sexos.—Expansión de la conciencia.—Fundamento del orden político.—Fisiología de la mujer emancipada.*—**Notas y Pensamientos.**

LA ENCICLOPÉDICA
ESTABLECIMIENTO EDITORIAL DE FELIPE N. CURRIOLS
CALLE DE CASANOVA, NUMERO 1
BARCELONA
1892

© Biblioteca Nacional de España

Queda hecho el depósito que, para los efectos de Propiedad intelectual, prescribe la Ley.

Tip.-Lit. "La Condal"—Tallers, 26.

© Biblioteca Nacional de España

Pedro José Proudhon

Nació este insigne filósofo, economista y publicista en Besançón, el 15 de Julio de 1809. Era su padre mozo de una cervecería, y su madre, bella y robusta campesina, desempeñaba en el mismo establecimiento las más rudas faenas. En 1814, establecióse por su cuenta el padre de Proudhon, abriendo un modesto taller de tonelería. He aquí en qué términos habla el mismo Proudhon de la pobreza de su orígen: «¡Pues bien, sí! soy pobre, hijo de pobre; he pasado mi vida con los pobres, y según trazas, pobre moriré. ¿Qué remedio? Yo bien quisiera hacerme rico; creo que la riqueza es buena de sí, y que sienta bien á todo el mundo, hasta al filósofo; pero soy bastante escrupuloso tocante á los medios, y los que yo desearía emplear se hallan fuera de mi alcance. Además, para mí no es nada hacer fortuna, mientras existan tantos pobres. En este punto digo, como César: *Nil actum reputans, si quid superesset agendum*. Todo pobre pertenece á mi familia. Mi padre era mozo tonelero; mi madre, cocinera; casáronse lo más tarde que pudieron, lo cual no les impidió dar al mundo cinco hijos, yo el mayor, á quienes nos legaron, después de trabajar mucho, su pobreza.»

© Biblioteca Nacional de España

El padre de Proudhon era un hombre de bien, á carta cabal, pero de inteligencia común. Su hijo dice de él, que «era hombre sencillo, que no sabía calcular.» Por el contrario, su madre estaba dotada de muy buen sentido y de carácter superior. Refiriéndose, más adelante, Proudhon, á su hija Catalina, decía: «Le puse el nombre de *Catalina*, por ser el de mi madre, á quien se lo debo todo; así quise honrar á la campesina, que el mundo no conoció, y que valió como la que más.»

Los primeros años de Proudhon deslizáronse al azar. Ayudaba en las faenas domésticas, ó sacaba las vacas á pacer. A los doce años, entró de externo en un colegio, con notable aprovechamiento. No pudiendo sus padres, á causa de su pobreza, comprarle libros, pedíalos prestados á sus camaradas, y copiaba el texto de las lecciones. Frecuentaba, además, con grande asiduidad, la Biblioteca de la villa, y allí, hostigado por la curiosidad, pedía libro tras libro, á veces hasta diez en una sesión. Cierto día, el bibliotecario, Mr. Veiss, se acercó al muchacho y le dijo sonriendo: «Pero, querido, ¿para qué pides tantos libros?» Levantó el chico la cabeza, miró de hito en hito á su interlocutor, y por única respuesta, contestóle: «Qué os importa?»

No pudo, sin embargo, terminar sus estudios. Precisado á ganarse el sustento á los diez y nueve años, pasó de los bancos del colegio, al taller, ingresando en la imprenta de Gauthier y C.ª. Como obrero tipógrafo, dió la vuelta á Francia, y á su regreso fué elevado á la dignidad de regente. Corregía en la imprenta de Gauthier las pruebas de autores eclesiásticos, de Padres de la Iglesia. Imprimiéndose, á la sazón, una Biblia, una *Vulgata*, se vió inducido á hacer comparaciones con las traducciones interlineales, según el hebreo. De esta suerte aprendió, por sí solo, el hebreo y, como todo se encadenaba en su espíritu, vióse llevado á estudios de lingüística comparada, acabando por adquirir extensos conocimientos teológicos.

© Biblioteca Nacional de España

El primer escrito de PROUDHON fué un trabajo de lingüística: *Ensayo de gramática general* (1837.) En él, partiendo del mismo punto de vista que Bergier, admitía la unidad de la raza humana refiriéndola á la unidad de una lengua primitiva que, á su parecer, creia revelada.

Al siguiente año, obtuvo el premio de la pensión Suard. Consiste ésta en una renta de 1500 francos, legada á la Academia de Besanzon por la viuda del académico Suard, para que se adjudique, cada tres años, al joven del departamento del Doubs, bachiller en letras ó ciencias, desprovisto de fortuna, que, á juicio de la Academia *«demuestre las más felices disposiciones para la carrera de las letras ó de las ciencias, ó sea para el estudio del Derecho ó de la Medicina.*

Tan luego como entró en posesión del citado premio, resolvió PROUDHON justificarlo por un doble trabajo: una *Memoria* que presentó al Instituto para el premio Volney, en Febrero de 1839, y un discurso sobre la *Utilidad de la celebración del domingo*. Ambas producciones obtuvieron mención honorífica. La segunda le valió, además, una medalla de honor. En dicho trabajo se afirma claramente la idea Proudhoniana, tal como deben desenvolverla sus obras futuras. Reivindicación del derecho de vivir, del derecho al trabajo; negación del principio malthusiano, que rehusa al hijo nacido sin medios de subsistencia todo derecho ante la sociedad; negación del derecho absoluto de ocupación, que monopoliza los instrumentos naturales de producción, las condiciones del trabajo y de la vida; substitución de la posesión á la propiedad; igualdad de las retribuciones, de las ganancias, de los salarios, fundada sobre la equivalencia moral de las funciones y sobre la parte que concierne á la fuerza colectiva, á la colaboración social en los resultados de los esfuerzos individuales; vislúmbranse ahí todos los principios del socialismo proudhoniano. Hasta se halla, en germen, la famosa definición: *La propiedad es el robo.* En el análisis que hace del *Decálogo*, opone PROUDHON el principio

© Biblioteca Nacional de España

igualdad al delito *robo*; para él, el robo no es la negación de la propiedad, sino la negación de la igualdad.

A principios de noviembre del año 1839, trasladóse PROUDHON á París, donde muy en breve se halló en la más precaria situación, por llevarse los dos tercios de su pensión sus acreedores y su familia y, además, completamente ignorado, en una soledad intelectual que le desalentaba y le irritaba á la vez. Sus cartas á sus amigos Bergmann y Ackermann nos pintan su situación y sus sentimientos en aquella época. «Los más cuerdos, le dice al primero, y hasta mis amigos dudan, me hacen recomendaciones y desean que deje á un lado la política. «Dadnos metafísica y moral, dícenme, y dejad la república, la monarquía y los sacerdotes.» Quieren, como ves, que yo sea filósofo, sin que me esté permitido hablar de *Dios*, de la *Sociedad* y de la *Religión*; que haga ciencia, à condición de no tocar á sus materiales... ¿Qué quieres? Estoy fuera de todas las condiciones de éxito; á nadie agrado. ¡Bonito es mi destino! Pero; paciencia»—Y al segundo: «Estoy desalentado, extenuado, prosternado. El año anterior fuí pobre; este año soy indigente. Arreglado todo mi presupuesto, me quedarán, á contar desde 1.° de abril próximo, 200 francos para vivir seis meses en Paris... Soy como un león; si un hombre tuviese la desgracia de hacerme daño, pobre de él cayendo en mis manos! No teniendo enemigos, contemplo á veces el Sena con sombría mirada, y me digo: «Pasemos todavía el día de hoy!»

En tan tristes condiciones materiales y bajo la influencia de esos sentimientos de misantropía y de desesperación, este hijo del pueblo, de la clase obrera, que comprendía su fuerza y su genio y que sabía por dolorosa experiencia cuanto cuesta levantar el peso de las fatalidades sociales, concibió y compuso su primera *Memoria* sobre la *Propiedad*.

Poseemos dos cartas suyas en que, anunciando esta obra á sus amigos, expone su plan y objeto, y en las cuales vemos la opinión que de ella formaba el autor en el momento de darla á luz:

© Biblioteca Nacional de España

«Mi trabajo sobre la propiedad, le dice à Ackermann, está empezado; en mi próxima os enviaré el titulo y el sumario... Aspero y rudo será el estilo, dejándose sentir demasiadamente la ironía y la cólera; es un mal irremediable. Cuando el león tiene hambre, ruge... Evito, cuanto puedo, caer en la elocuencia y en el bello estilo; razono, concluyo, refuto; no he menester de los auxilios retóricos, debiendo el asunto interesar por sí mismo, quieras que nó, á los más tacaños. Bajo el punto de vista filosófico, nada hay que se parezca a mi libro. Malhaya la propiedad! Maldición!... Es forzoso que yo mate, en un duelo, sin remisión, la desigualdad y la propiedad. O me quedo ciego, ó jamás volverá á levantarse del golpe que en breve caerá sobre ella.... Por primera vez se empleará un verdadero método en filosofía y demostrará verdaderamente, por un análisis propio, lo qne, por via de inducción y de tanteo, quedaría para siempre oculto, por cuanto la inducción y el tanteo nada prueban... En todo ello nada mio pongo; busco, y para mejor buscar, me hago un instrumento, me fabrico un guia, ato un hilo á la puerta del laberinto donde me hundo. Además, no contesto, no refuto á nadie; admito todas las opiniones y me limito á buscar lo que contienen. Ahora bien, lo que contienen necesariamente todas, es para mí un principio verdadero, un axioma, cuya razón busco definitivamente en un hecho fisiológico ó natural y desde el cual parto con el mismo rigor de deducción para fundar mi ciencia, que el aportado desde el comienzo en mis inducciones para determinār su principio.»

«El asunto de mi libro, escribe á Bergmann, es el desenvolmiento de las proposiciones que me hicieron perder el premio de la Academia. Esta vez no cantaré *Gloria patri*: será un verdadero somatén. Prohíbome, no obstante, toda retórica, toda hipérbole, todo lugar común; cuento, suputo, razono, examino, y nada más. Y, lo que todavía no se ha visto en filosofía, creo un método de investigación para los

© Biblioteca Nacional de España

problemas sociales y psicológicos, como los geómetras lo crean para los problemas de matemáticas. No exajero al anunciar que nada semejante se ha hecho hasta hoy día, ni en cuanto á forma, ni en cuanto á fondo. He aquí el título que pondré á mi nueva obra, y sobre el cual deseo que guardes secreto: *Qué es la propiedad? el robo*, ó *Teoría de la igualdad política, civil é industrial*. Lo dedicaré á la Academia de Besanzon. El título es espeluznante; pero no habrá medio de que me hinquen el diente; soy un demostrador, expongo hechos; hoy ya no se castiga por decir, sin ofender á nadie, las verdades, aunque sean enojosas. Pero si el título es alarmante, peor será la obra; si encuentro un editor hábil y activo, no tardarás en ver al público consternado. Toma á la letra la proposición que me sirve de frontispicio, y disponte á verla probada por *razones matemáticas*, lo cual es mucho más concluyente para los hombres de hoy, que las pruebas morales y metafísicas.»

La terrible «Memoria» salió á luz en Junio de 1840, con el título: *¿Que es la propiedad? ó Investigaciones sobre el principio del derecho y del gobierno*. El autor no había dejado en este título la famosa respuesta: *El robo*, que en un principio pensara ponerle. Habíala reservado para la primera página del texto. Además, habíase comprometido á colocar, por su cuenta, doscientos treinta ejemplares, con lo cual se cubrían gastos. El editor se negó á insertar el más mínimo anuncio ó reclamo en los periódicos. Y sin embargo, los doscientos primeros ejemplares fueron arrebatados en quince días, sin publicidad, sin recomendación y por el solo efecto de las primeras lecturas.

He aquí las proposiciones que forman la conclusión de tan enérgico libro:

I. La *posesión* individual es la condición de la vida social. Cinco mil años de propiedad lo demuestran; la *propiedad* es el suicidio de la sociedad. La posesión está en el derecho; la propiedad está contra el derecho. Suprimid la propiedad

© Biblioteca Nacional de España

conservando la posesión, y por esta sola modificación en el principio, lo cambiareis todo en las leyes, el gobierno, la economía, las instituciones, desterrando el mal de la tierra.

II. Siendo igual para todos el derecho de ocupar, y varia la posesión, como el número de los posesores, la propiedad no puede formarse.

III. Siendo también uno mismo para todos el efecto del trabajo, la propiedad se pierde por la explotación extranjera y por el alquiler.

IV. Resultando, necesariamente, todo trabajo humano de una fuerza colectiva, toda propiedad se vuelve, por la misma razón, colectiva é indivisa; en términos más precisos: el trabajo destruye la propiedad.

V. Siendo toda capacidad trabajadora, lo mismo que todo instrumento de trabajo, un capital acumulado, una propiedad colectiva, la desigualdad de tratamiento y de fortuna, á pretexto de desigualdad de capacidades, es injusticia y robo.

VI. El comercio tiene por condición necesaria la libertad de los contratantes y la equivalencia de los productos cambiados; ahora bien, teniendo el valor, por expresión, la suma de tiempo y de gasto que cada producto cuesta, y siendo inviolable la libertad, los trabajadores quedan siendo iguales en salario, como lo son en derechos y en deberes.

VII. Los productos no se compran sino con productos, y siendo la equivalencia de los productos la condición de los cambios, el beneficio es imposible é injusto. Observad este principio de la más elemental economía, y el pauperismo, el lujo, la opresión, el vicio y el crimen desaparecerán de entre nosotros.

VIII. Estando asociados los hombres por la ley física y matemática de producción, antes de estarlo por su propia acquiescencia, la igualdad de las condiciones es de justicia, es decir: de derecho extricto, de derecho estrecho: sólo caen en el derecho equitativo ó proporcional la estimación, la amistad, el reconocimiento.

© Biblioteca Nacional de España

IX. La asociación libre, la libertad que se ciñe á mantener la igualdad en los medios de producción y la equivalencia en los cambios, es la única forma de sociedad posible, la única justa, la única verdadera.

X. La política es la ciencia de la libertad. El gobierno del hombre por el hombre, bajo cualquier nombre que se disfrace, es opresión. La más alta perfección de la sociedad está en la unión del órden y de la anarquía.

Todo el sistema socialista de PROUDHON se halla en estas diez proposiciones, y se le vé reaparecer en todas sus demás obras.

La Academia de Besanzon, á quien PROUDHON dedicára esta *Memoria,* respondió desautorizando y condenando las doctrinas *antisociales* de su pensionado. A pique estuvo de retirarle su pensión y hasta le mandó comparecer ante ella; mas él se defendió y pudo desviar el golpe que le amenazaba. A últimos de Abril de 1841, publicó, en forma de carta dirigida al economista Adolfo Blanqui, una segunda *Memoria* sobre la propiedad: *¿Qué es la propiedad? Segunda memoria; carta dirigida á M. Blanqui sobre la propiedad*, etc., y un año después, un tercer folleto sobre el mismo tema, en forma de carta dirigida á M. Considerant: *Advertencia á los propietarios*, ó *Carta á M. Considerant sobre una defensa de la propiedad.* En ambos folletos se desarrollan las ideas contenidas en la primera *Memoria.* En la *Carta á Blanqui* muestra PROUDHON que la humanidad, desde su origen, está trabajando en nivelación, que la sociedad francesa, sin advertirlo, y por la fatalidad de las leyes providenciales, vá demoliendo cada día la propiedad; que todas las escuelas la condenan, etc. Este folleto era más moderado, más conciliador que el primero. El autor lo terminaba protestando de sus intenciones pacíficas y haciendo un llamamiento á la iniciativa igualitaria del poder.—La *Carta á Considerant* es de tono mucho más agresivo, mucho más amenazador. PROUDHON, atacado por un falansteriano, le contesta dirigiéndose

© Biblioteca Nacional de España

al jefe de la escuela falansteriana, que era compatriota suyo; y en su defensa, reparte mandobles á derecha y á izquierda. Vese, en ella, una viva y acerba crítica del fourierismo, y ataques violentos contra el periódico *Le National*. Aquí desarrolla esta tesis, ya indicada en la carta á Blanqui y que puede decirse, es implicada por su sistema: que la desigualdad de las inteligencias es artificial, social, humana, y no primitiva, natural, fisiológica; que deriva de la desigualdad de las condiciones, y también de la veneración tímida y servil inspirada á la muchedumbre por los talentos que se llaman superiores; de la influencia debilitante y opresiva que estos ejercen sobre aquellos á quienes la admiración desalienta, prosterna é impide que crean en sí mismos y que manifiesten su propia originalidad; por último, que llegará un día en que la inmensa mayoría de los hombres, sin ser idénticos, serán equivalentes en capacidades, como seràn iguales por el salario. Este folleto fuè secuestrado por el Juzgado de Besanzon, y llamado PROUDHON ante el Tribunal. El mismo refiere este proceso con una variedad pintoresca y dramática y en un lenguaje en que la ironía alterna con el buen humor. «Estaba yo acusado de diez delitos que, por indulgencia, ó más bien porque se encerraban unos en otros, fueron reducidos á cuatro: 1.° ataque á la propiedad; 2.° excitación de ódio al gobierno; 3.° y á varias clases de ciudadanos; 4.° ofensa á la Religión. Fuí llamado á comparecer ante la audiencia de Besanzon, por citación directa, el 3 de Febrero siguiente. Partí el 29, llegué el 31 y tuve cuarenta y ocho horas para ver á un abogado y redactar una defensa. Mi defensor, joven de inteligencia y de corazón, no sabía por qué lado tomar y me ví obligado á darle la lección. Iba á lanzarse á lugares comunes, que me hubieran perdido y que por otra parte no me parecían bien. Por último, comparecí. Muchedumbre inmensa en la audiencia: el odio, la curiosidad, el interés, mil pasiones agitaban al público en los más opuestos sentidos. Es increible el grado de odio á

© Biblioteca Nacional de España

que los ánimos habían llegado: era yo un más-que-Robespierre, un Antecristo. Una joven y linda señorita de diez y seis años, huyó al verme, gracias al terror que le inspiraba: y una señora de cincuenta años dejó de asistir á una soirée, cuando supo que debía yo concurir. Cuestión era de cinco años de prisión, multa, confiscación, etc. Cuando el abogado general hubo pronunciado su requisitoria, el espanto había llegado á su colmo. La sola lectura de los pasajes incrimiadnos, hecha por una voz sonora y elocuente, hacía extremecer al auditorio. A decir verdad, nada había yo escrito hasta entonces más vehemente y mejor hilvanado. Además, había cometido la falta de atacar á todo el mundo, por manera que no podía inspirar interés por ningún lado... Finalmente, hablé por mi mismo: dos horas duró mi lectura. Figuraos el asombro de todos aquellos curiosos, sacerdotes, mujeres, aristócratas, etc., cuando en vez de un republicano de chaleco rojo, barba de chivo, y voz sepulcral, vieron á un barbilampiño de tez clara, de semblante sencillo y lleno de hombría de bien y de tranquilo continente, pretendiendo que no era acusado sino por una ignorancia del fiscal, cuyo celo alababa, y afirmando que sus ideas eran las de todo el mundo; que, lejos de ser hostiles al gobierno, éranle por demás favorables, que, lejos de merecer reproches de parte de quien fuese, solo eran dignas de elogio, y probando esta tésis por desenvolvimientos científicos tan rebuscados, tan penosos de seguir y expresados en un estilo de suma claridad y sencillez y á menudo de profundidad metafísica y teológica tal, que nadie acertaba á comprenderlo. Figuraos, digo, á un hombre acusado de conspiración contra el orden social y presentando, por defensa, un pastel de economía política tan difícil de digerir y de apreciar, que todo el mundo confesó no haber sacado nada en claro, y á duras penas os formareis idea de aquella broma judicial. Mi abogado comenzó por declarar que, extraño á mis estudios, no podia desecharlos, ni adoptarlos, é insinuó que el jurado, en materia científica, era in-

© Biblioteca Nacional de España

competente. Partió luego de este punto de vista para explicar la viveza de mis frases. El procurador general reconoció que no podía contestar á mi alegato, pero que allí estaba mi libro el cual, á su parecer, hablaba bastante alto... Era confesarse vencido. El presidente, en su resumen, hizo una confesión análoga, de manera que tratábase, para el jurado, de saber si verdaderamente había un aspecto filosófico en mis doctrinas que pudiese hacer razonables é inocentes las espantosas imprecaciones que me había permitido yo contra la propiedad. El presidente del jurado dijo: «Ese hombre se halla en una esfera de ideas inaccesible al vulgo; no podemos condenar al azar; y ademas, ¿quién nos responde de su culpabilidad?»

Absuelto por el jurado de Besanzón, reanudó PROUDHON sus tareas y preparó una nueva obra: la *Creación del orden en la humanidad*, ó *Principios de organización política*. Esta salió à luz en Septiembre de 1843. En ella debía encontrarse «una metafísica nueva, mucho más sencilla, fecunda y clara, que la de los alemanes.» Así lo anunciaba el autor á sus amigos. La verdad es que solo se encontraron en ella, acá y allá, ideas ingeniosas, miras profundas, realzadas por un giro de expresión vivo, original, atrevido, algunos pasajes de sentimiento elocuente, una erudición á menudo muy insuficiente, y partes débiles y obscuras de pensamiento y de estilo.

En la misma época en que aparecía este volumen, hubo de aceptar PROUDHON, por la fuerza de la necesidad, un empleo de los más extraños á las letras. Uno de sus amigos de infancia y de colegio había establecido, con sus hermanos, un servicio de vapores-remolcadores para el transporte de hullas por el Canal del Ródano al Rhin. Ocurrióseles la feliz idea de ocupar á PROUDHON, utilizando su capacidad en su empresa, y aplicándola á los numerosos asuntos contenciosos á que diariamente daba orígen. PROUDHON vino á ser su hombre de negocios, su consultor, su redactor de

© Biblioteca Nacional de España

Memorias, y ello sin sujeción absolutamente regular. «No creo exajerar, escribía á Bergmann, en 1844, si afirmo que estos señores habrán reemplazado, para mí, la Academia de Besanzon; gracias á ellos, puedo llevar adelante mis estudios.»

Estos estudios convergieron à la obra capital: *Sistema de las contradicciones económicas* ó *Filosofía de la miseria.* Púsose en venta el 15 de Octubre de 1846, si bien debía aparecer el 5; mas, según parece, el editor, alarmado por las vivacidades que había notado, aca y acullá, hojeando los volúmenes, creyó que debía andarse con tiento y someter el libro á previa censura.

En esta curiosa obra sigue el autor un método tomado de la filosofía alemana: la antinomia. ¿Qué es la antinomia? «Antinomia, dice Proudhon, significa oposición en el principio, ó antagonismo en la relación... La antinomia se compone de dos términos necesarios uno á otro, pero siempre opuestos y tendiendo recíprocamente á destruirse. El primero de estos términos ha recibido el nombre de *tésis*, posición, y el segundo el de *antítesis*, contraposición. De la combinación de estos dos *ceros* brota la unidad, ó la idea, la cual hace desaparecer la antinomia.» (1)

---

(1) "Conocidas son, dice Baudrillart, las relaciones alemanas de PROUDHON en París, y especialmente las que sostuvo, en 1844, con Carlos Grün. La influencia de Hegel y de su método llegó á él por mediación del joven alemán, á la vez su admirador entusiasta y su iniador, é iba á dejarse sentir en su libro: *Sistema de las contradicciones económicas.* PROUDHON declara, en una de sus cartas, que nunca habia leido á Hegel, y asi cabe creerlo. Todo cuanto aprendió de la filosofía alemana redúcese, con la idea de las antinomias, que habia tomado más directamente de la lectura de Kant, á ese juego de la tésis y de la antitesis que aplica á su modo. Tal especie de juego debía hacer de su libro un perpétuo alegato en *pró* y en *contra* de todas las proposiciones de la ciencia económica, relativamente á la división del trabajo, á las máquinas, al comercio, al impuesto, al crédito, etc. En suma, esta influencia hegeliana, puramente de segunda mano, ya que, al parecer, Grün le habia dado á conocer más aun los discípulos de Hegel, como Feuerbach,

© Biblioteca Nacional de España

Al publicar el *Sistema de las contradicciones económicas* anunciaba PROUDHON, en la cubierta del libro, la próxima aparición de otra obra que debía intitularse: *Solución del problema social.* Buscaba y esperaba encontrar la síntesis de las antinomias que había desarrollado. *Destruam et ædificabo* era su divisa, el epígrafe que llevaba el libro de las *Contradicciones.* Había desempeñado la primera parte de este compromiso; faltábale realizar la segunda, pasar de la demolición á la construcción. Lleno de ingénua fé en el método hegeliano lisonjeábase de no hacer esperar largo tiempo al público. Proseguía, en París, esta solución, asistiendo, cruzado de brazos, á la excitación política creciente y al enardecimiento inconsiderado de los ánimos cuando, de pronto, una mañana estalló la revolución que PROUDHON preveía y temía. Temíala porque veía perfectamente que los ánimos no estaban preparados ni para la república, ni sobre todo para la revolución social, que era objeto de sus preocupaciones y la única que, á su ver, podía dar interés sério á la revolución política. No se sentia dispuesto y, pareciéndole que nadie lo estaba, temía una especie de bancarrota de las doctrinas de reforma. El mismo declara, en uno de sus escritos, los sentimientos que le agitaban á la sazón. «Colocado al pié del

---

que el mismo Hegel, deja en bien y en mal, subsistir la originalidad que puede atribuirse á PROUDHON. Constituyen el mérito de su libro el tono animado de la discusión, el vivísimo sentimiento de la importancia de las cuestiones sociales, y su elocuencia magistral. A la economía política propiamente dicha, nada le ha añadido, en realidad, aplicándose, por el contrario, á atacarla vigorosamente, sin lograr y casi sin preocuparse de reemplazar lo que destruye. Ninguna divisa menos justificada que la que pone al frente de su obra: *Destruam et ædificabo* Verdaderamente el libro parece un campo de Agramante. El *pró* destruye el *contra;* y el *contra* destruye el *pró.* ¡Despues de su lectura queda uno atónito, atolondrado, desconcertado, y el pensamiento ha menester recogerse para volver á su normalidad. Tal es la impresión del conjunto, tal lo que resulta de esta revista despiadada de todas las ideas económicas, de todos los principios sociales." (REVUE DES DEUX-MONDES, *1.° Febrero de* 1873)."

© Biblioteca Nacional de España

edificio social, dice, en el seno de la masa obrera, y siendo yo uno de los primeros mineros que zapaban sus cimientos, veía mejor que los hombres de Estado, que se disputaban en los desvanes, la aproximación del peligro y todas las consecuencias de la ruina. Que transcurriesen unos días más, y á la menor borrasca parlamentaria, derrumbaríase la monarquía y con ella la antigua sociedad. Comenzó á soplar la tempestad en los banquetes para la reforma. Los sucesos de Roma, de Sicilia, de Lombardía, vinieron á acrecer el ardor de los partidos; la guerra civil de los Suizos acabó de exaltar la opinión, llevando al colmo la irritación de los ánimos contra el ministerio. Espantosos escándalos, procesos monstruosos agravaban sin cesar la cólera pública. Aun no se habían congregado las Cámaras para el ejercicio de 1847-1848 cuando juzgué que todo estaba perdido... Republicano de la víspera y de la antevíspera; republicano de colegio, de taller, de bufete, extremecíame de horror al ver aproximarse la República! Azorábame el que nadie, en torno mio, ni sobre mí, creyese en el advenimiento de la República, por lo menos, en un advenimiento tan próximo. Los sucesos caminaban, y los destinos se cumplían, y la revolución social surgía, sin que ninguno, ni arriba, ni abajo, pareciese percibirlo. Ahora bien ¿qué hacer, en revolución, qué papel desempeñar, cuando no se posee su secreto, su idea? Los republicanos, por cierto en corto número, tenian la fé de la República, mas no su ciencia. Los socialistas, casi desconocidos, y cuyo nombre apenas había resonado en la escena, tenían también la fé de la revolución social, pero no poseían su clave, ni su ciencia. Habíanse hecho numerosas críticas de la antigua sociedad, en su mayoría vagas, empapadas de sentimentalismo y de misticismo, y unas pocas más filosóficas y más razonadas; pero, en todo este cáos de discusiones declamatorias no había brotado la luz para nadie; la prensa cuotidiana no estaba penetrada de la cuestión, y la inmensa mayoría de lectores ni siquiera se ocupaba de

© Biblioteca Nacional de España

ello. Y sin embargo, la revolución, la República, el socialismo, apoyados uno en otro, llegaban á pasos agigantados!.. Yo los veía, los tocaba, y huía ante el mónstruo democrático y social, cuyo enigma no podía explicar, y un terror indecible helaba mi alma, quitándome hasta la facultad de pensar. Maldecía á los conservadores, que se reían de las cóleras de la oposición; maldecía aun más á los oponentes, à los que veía desarraigar, con incomprensible furor, los cimientos de la Sociedad; conjuraba á aquellos de mis amigos á quienes veía comprometidos en el movimiento, á no inmiscuirse en esa querella de prerrogativas, absurda para republicanos y de la que iba á surgir inopinadamente la República. Nadie me creía ni me comprendía. Lloraba yo por el pobre trabajador considerándole de antemano sometido á huelga forzosa, á una miseria de varios años; por el trabajador, á cuya defensa me había consagrado y á quien me vería en la impotencia de socorrer. Lloraba por la burgesía, á quien veía arruinada, impelida á la bancarrota, excitada contra el proletariado y contra la cual el antagonismo de las ideas y la fatalidad de las circunstancias iban á obligarme á combatir, cuando precisamente me hallaba más dispuesto que otro alguno á compadecerla. Con el nacimiento de la República, llevaba yo el luto y hacía la expiación de la República. ¿Y, quién, repito, con las mismas previsiones no se habría abandonado á los mismos temores? Esa revolución que iba á estallar en el órden político, era la fecha de partida de una revolución social cuya clave nadie poseía. Contra toda experiencia, contra el orden del desenvolvimiento histórico invariablemente seguido hasta entonces, el hecho iba á ser planteado antes que la idea, como si la Providencia hubiese querido, esta vez, herir antes de advertir! Todo me parecía, pues, aterrador, inaudito, paradójico en esta contemplación de un porvenir que, á cada minuto, se elevaba, en mi espíritu, á la altura de una realidad... Mi alma agonizaba. Llevaba yo de antemano el peso de los dolores de la República y la carga de las calumnias que iban á

© Biblioteca Nacional de España

herir al socialismo. La noche del 21 de Febrero, exhortaba á mis amigos á que no combatiesen. El 22 respiraba al saber el desestimiento de la oposición; creíme llegado al término de mi martirio. La jornada del 23 desvaneció mis ilusiones. Pero entonces, la suerte estaba echada; *jacta erat alea*, como dice Lamartine. Las descargas del *Boulevard des Capucines* cambiaron en un instante mis disposiciones: el somatén de *Saint Sulpice* me llenó de entusiasmo revolucionario. Ya no era el mismo hombre; había tomado ya mi partido. ¿Revolución quisísteis? ¡Tendreis revolución! Al amanecer del 24 dirigíme á la redacción de la *Reforme* á ponerme á las órdenes del ciudadano Flocón, quien utilizó mis conocimientos tipográficos para componer la primera proclama en que se pronunció la caída de Luís Felipe... Acabada mi tarea, ayudé á llevar adoquines á una barricada, y pocas horas después, venían á decirnos que Luís Felipe había partido y que las Tullerías estaban tomadas. Desde entonces, ya no se necesitaba de mí; regresé á mi guardilla y me puse á reflexionar sobre la revolución.»

La Revolución de 1848 vino á dar un doble papel á PROUDHON: papel de folletista y de periodista, y papel de representante del pueblo. Para comprender sus actos durante los cuatro años que separan el advenimiento de la segunda República del advenimiento del segundo Imperio, no debe perderse de vista su concepción de la revolución política y de la revolución social. Su concepción de la revolución política era negativa, liberal, anti-gubernamental y, como él decía: *anárquica*. Su concepción de la revolución social era igualitaria, anticapitalista y á la vez anticomunista. Puede observarse que, en su doble carrera de periodista y de representante del pueblo, mezcla, con las más enérgicas y más amenazadoras reivindicaciones revolucionarias, las miras políticas más juiciosas, más sensatas, más moderadas. Y se comprende. Sus reivindicaciones contra la propiedad provienen de su sistema de la gratuidad del crédito y de la idea que se

© Biblioteca Nacional de España

forma de los derechos del trabajo y de los injustos privilegios del capital. Sus miras juiciosas y moderadas nacen de su profunda aversión á la democracia jacobina y gubernamental y al socialismo autoritario y fraternitario.

Vémosle, desde luego, publicar, en Marzo de 1848, dos folletos con el mismo título: *Solución del problema social.* El primero, que es sobre todo una crítica de los primeros actos del gobierno provisional, tiene de notable el que PROUDHON, antes que todos los demás, se declara enérgicamente opuesto á la creación de los talleres nacionales. En el segundo ataca la preocupación que coloca el remedio del pauperismo, la reforma social, en la organización del trabajo por el Estado y propone una organización igualitaria de la circulación y del crédito, tendiendo á la reducción progresiva de los intereses, de los lucros y de las rentas, de los impuestos y de los salarios, pero á una reducción que sería proporcionalmente más crecida para los intereses, los lucros y las rentas.

En Abril de 1848, ingresa PROUDHON en el *Représentant du peuple,* y en él publica los Estatutos del *Banco de Cambio* destinado, en su opinión, á realizar el crédito recíproco y gratuito, esforzándose, en numerosos artículos, en dar á comprender su mecanismo y su necesidad. Estos artículos se agruparon, después, con este doble título: *Resúmen de la cuestión social; Banco de Cambio.* Sus otros artículos, los que hasta Diciembre de 1848 le inspirára la marcha de los acontecimientos, fueron reunidos en otro volúmen, intitulado: *Ideas revolucionarias.*

Casi desconocido en Marzo de 1848, borrado, en Abril, de la lista de los candidatos á la Asamblea constituyente por los delegados obreros que celebraban sus sesiones en el palacio del Luxemburgo, PROUDHON solo obtuvo escasos votos en las elecciones generales de aquel mes. Pero en las complementarias, celebradas á principios de Junio, fué elegido en París por setenta y siete mil votos. Su profesión de fé, muy explícita, extendíase especialmente sobre su plan de *Banco*

© Biblioteca Nacional de España

de Cambio y sobre los maravillosos resultados que de él se prometía. Contenía declaraciones que testificaban la independencia de ideas del candidato, sobre el divorcio y la abolición de la pena de muerte, que rechazaba rotundamente; sobre los cultos, cuyo salario conservaba, añadiendo que en lo sucesivo «todo curato y sucursal cuyos feligreses, en mayoría de cuatro quintas partes de los ciudadanos y padres de familia, pidieran su supresión, sería suprimido»; sobre la enseñanza, que quería combinada con el aprendizaje; sobre el ejército, pidiendo la abolición de quintas y substituciones y la obligación, para todo ciudadano, de uno á dos años de servicio militar; sobre el ejercicio de la medicina, que quería trocar en cargo público; y sobre la representación del pueblo, que debía ser, según él, especial, corporativa y profesional, y no más abstracta y general.

Después de las jornadas de Junio, un artículo que publicó sobre los alquileres originó la primera suspensión del *Representant du peuple.* Entonces presentó PROUDHON á la Asamblea una proposición que, remitida á la comisión de Hacienda, dió pié desde luego al informe de Thiers y después al discurso que pronunció PROUDHON en 31 de Julio, contestando á dicho informe. La proposición se refería al impuesto sobre la renta: tratábase de establecer una contribución del tercio sobre todas las rentas de bienes, muebles é inmuebles, cuya percepción se confiaría á la diligencia de los colonos, inquilinos, deudores hipotecarios y quirografarios, bajo las siguientes condiciones: «A contar desde el 15 de Julio de 1848, todos los propietarios de casas, propietarios de fondos, acreedores hipotecarios y quirografarios, rebajarán el tercio de los alquileres, arriendos é intereses vencidos, á saber: un sexto para los inquilinos, colonos y deudores, y otro sexto para el Estado.» En esta proposición tendía PROUDHON, no á la reforma del impuesto, sino á la organización del crédito que soñaba, donde veia la panacea social y que había explanado ya en varios escritos. El ponen-

© Biblioteca Nacional de España

te se mostró severo contra este proyecto de ley y no le fué difícil probar que no era sino un ataque á la propiedad y á los contratos. Replicó PROUDHON que la propiedad era ilegítima; que estaba abolida, en principio, por la Revolución de Febrero que prometiera garantizar el derecho al trabajo, con el cual era incompatible la propiedad; que, contratos fundados sobre el derecho de propiedad, estaban rescindidos *ipso facto* y de pleno derecho; que los contratos, en lo sucesivo, ya no tenían más principio, que el principio de la Revolución misma, es decir: la mutualidad de los servicios y la gratuidad del crédito. Al oir estas aserciones *escandalosas*, que por vez primera se emitían en la tribuna, con audacia casi provocativa, perdió la Asamblea toda serenidad y por unanimidad casi absoluta votó el siguiente orden del día: «La Asamblea nacional, considerando que las proposiciones del ciudadano PROUDHON son un ataque odioso contra los principios de la moral pública, que violan la propiedad, que fomentan la delación, que dirijen un llamamiento á las peores pasiones; considerando, por otra parte, que el orador ha calumniado á la Revolución de Febrero de 1848, pretendiendo hacerla cómplice de las teorías por él desarrolladas, pasa al orden del dia.» Parécenos justo decir que la famosa proposición del impuesto del tercio de la renta, que tanto conmovió á la Asamblea, dimanaba muy lógicamente de los principios de PROUDHON sobre la productividad del capital. ¿No debía parecerle totalmente viciada la justicia de los hechos escriturarios, por la injusticia, supuesta inherente á la propiedad productora de la renta?

Algunos dias después de aquella sesión del 31 de Julio, pudo reaparecer el *Representant du peuple*, publicando entonces PROUDHON, á propósito de la ley que restablecía la fianza de los periódicos, su famoso artículo *Sobre los malthusianos* (10 Agosto de 1848), en que se leian los siguientes párrafos: «La grande industria nada deja que hacer á la pequeña; es la ley del capital; es Malthus. La gran propiedad invade, se aglomera las más pobres parcelas: es Malthus. El comer-

© Biblioteca Nacional de España

cio al por mayor se apodera paulatinamente del comercio al por menor: es Malthus. Muy en breve, la mitad del pueblo dirá á la otra mitad: la tierra y sus productos son propiedad mia; la industria y sus productos son propiedad mia; el comercio y los transportes son propiedad mia; el Estado es propiedad mia. Vosotros, que no poseeis reserva, ni propiedad, que no sois funcionarios públicos y cuyo trabajo nos es inútil: *Idos!* Realmente estais de más en la tierra: bajo el sol de la República, no hay lugar para todo el mundo. ¿Quién vendrá á decirme que el derecho de trabajar y de vivir no es toda la revolución? ¿Quién vendrá á decirme que el principio de Malthus no es toda la contra-revolución?» Nunca el derecho de vivir por el trabajo y el sistema de garantías socialistas que implica, habían sido afirmados con mayor elocuencia contra el individualismo inmoral y anti-social de la escuela economista.

Transcurridos diez dias, el *Representant du peuple*, nuevamente suspendido, cesaba definitivamente de publicarse, viniendo á reemplazarle, á principios de Septiembre, el *Peuple*, semanal en un principio, por falta de fianza, pero que no tardó en ser cuotidiano. El número prospecto contenia una declaración, donde notamos lo siguiente: «Tenemos por principio la *libertad*, por medio la *igualdad* y por fin la *fraternidad*... Queremos la familia y la queremos para todo el mundo... Queremos el matrimonio monógamo, inviolable y sin tacha, contraido en toda libertad de amor, desprendido de motivos sórdidos, resoluble únicamente por la muerte ó la traición... Queremos el trabajo como derecho y como deber, y bajo la garantía de la Constitución, para todo el mundo... Queremos la propiedad sin la usura, porque la usura es el obstáculo al desarrollo de la producción, al acrecentamiento y á la universalización de la propiedad... Queremos el sostenimiento del principio de herencia, es decir: la transmisión natural, del padre al hijo, de los instrumentos y de los productos del trabajo, no la transmisión del monopolio, del derecho del señor... Familia, trabajo, propiedad

© Biblioteca Nacional de España

sin usura y sin abusos; en otros términos: gratuidad del crédito, identidad del trabajador y del capitalista; herencia de los derechos y nó de los privilegios; tales son los elementos de nuestro derecho público, de nuestra ciencia social.» ¡Siempre la revolución social en la base! y, para PROUDHON, la revolución social consistía, únicamente, en la negación del interés del capital; en lo que atañe á la familia y á la herencia, era absolutamente conservador. La igualdad, á su entender, era el medio de realizar la libertad. Tratábase de la destrucción del privilegio propietario en el que veía una traba y un obstáculo al libre trabajo, nó de la organización por el Estado de una asociación cualquiera, en que la libertad sería violada constantemente en nombre de la fraternidad.

La declaración del *Peuple* terminaba con unas cuantas líneas sobre la organización política: «Queremos, decía PROUDHON, como forma de gobierno la República... La República supone, con la división de las funciones, la indivisibilidad del poder. Probaremos que el sostén más firme del despotismo, la piedra angular de las monarquías estriba justamente en esa distinción de los poderes: legislativo, ejecutivo y judicial; distinción en que la libertad, la igualdad, la responsabilidad, el sufragio universal, la soberanía popular, los principios de justicia y de órden, perecen juntos.» No necesitamos decir que nunca justificó PROUDHON con razones formales esa condena ridículamente absoluta de la división de los poderes, de que habla como jacobino moderado. Es de notar que PROUDHON, que fué federalista bajo el Imperio, se mostrara, durante todo el período de la segunda República, decidido partidario de la unidad y de la indivisibilidad del poder. Sus opiniones en política constitucional no diferían, entonces, de las de Luís Blanc. Era enérgicamente opuesto al dualismo legislativo y á la Presidencia. En 21 de Noviembre, votó contra la Constitución: hé aquí la explicación que ha dado de dicho voto: «He votado contra la Constitución, porque es una constitución. Lo que constituye la esencia de una constitución po-

© Biblioteca Nacional de España

lítica es la división de la soberanía, ó en otros términos: la separación de los poderes en dos: legislativo y ejecutivo. Ahí estriba el principio y la esencia de toda constitución; fuera de ahí, ya no hay constitución, en el sentido actual de la palabra, sólo hay una autoridad soberana que hace leyes y las ejecuta por sus comités y sus ministros. No estamos acostumbrados á semejante organización de la soberanía; en mi opinión, el gobierno republicano no es otra cosa.»

Antes de que el *Peuple* hubiese encontrado su fianza, publicó PROUDHON sobre el *Derecho al trabajo* un folleto, cuyo objeto era establecer que el derecho al trabajo no puede ser formalmente garantizado y verdaderamente realizado sino por la transformación de la propiedad; que esta transformación se impone por el movimiento histórico y por el progreso, como la de la religión y la del gobierno, con las cuales corresponde; que, para descartar el comunismo que amenaza, conviene proceder pacíficamente, organizando, cosa por demás sencilla, el cambio legal y recíproco, es decir: el crédito gratuito.

Aquí figuran los altercados de PROUDHON con la *Montaña* (1) á la que intentaba llevar al terreno del socialismo, tal como él lo entendía. Los representantes de este grupo le seguían muy á remolque, arrastrados por el movimiento de la opinión y de la pasión populares. Negábanse, con sobrada razón, á admitir el principio del crédito gratuito; y por otra parte, ignorantes como eran en economía social, no se sentían con fuerzas para contestarle, á riesgo de su popularidad del día y de sus medios inmediatos de acción política. Consentían, no sin repugnancia, en adoptar las palabras *socialismo* y *socialista*, pero á condición de quitarles toda significación precisa. Hallábanse colocados entre la escuela economis-

(1) Sabido es que con este nombre se designó al partido exaltado republicano, porque ocupaba los asientos más altos de la Cámara, durante la Convención francesa.

© Biblioteca Nacional de España

ta, conservadora y hasta reaccionaria, y una utopía tal como la de PROUDHON, muy clara en su objeto, ya que no en sus medios, muy apropósito para seducir, á la clase obrera, por su sencillez, y á gran número de personas instruídas, sobre todo á los jóvenes, por el talento, la elocuencia y los recursos de argumentación desplegados por el que la defendía. No tenían la fé mutualista, ni la fé comunista, ni la fé falansteriana. Sin claras ideas sobre la cuestión social, refugiábanse en fórmulas vagas y hueras, propias para exasperar á un creyente sincero, y cerraban los ojos sobre el peligro que había en hacer política con tales fórmulas. Complacíase PROUDHON en estoquear los odres de esa política jacobina y de ese socialismo eléctrico y de justo medio.

Habíanle ofrecido la presidencia del banquete Poissonniére; PROUDHON la rehusó y propuso darla al presidente de la Montaña, Lamennais. Era su objeto arrastrar al grupo de representantes de la extrema izquierda á que aclamara la República democrática social. Aceptada por los organizadores la presidencia de Lamennais, habíase comprometido la Montaña á asistir al banquete. Todo parecía convenido la víspera, cuando el general Cavaignac reemplazó al ministerio Senart por el ministerio Dufaure-Vivien. La Montaña, interpelando al gobierno, propuso un orden del día de confianza para el ministerio antiguo é implícitamente de desconfianza contra el ministerio nuevo. PROUDHON se había abstenido de votar sobre el orden del día. La Montaña declaró que no asistiría al banquete, si concurría PROUDHON. Cinco de los del grupo, capitaneados por Mathieu de la Drôme fueron á significar esta resolución á las oficinas provisionales del periódico el *Peuple*. «El ciudadano PROUDHON, dijeron á los organizadores en presencia de aquél, ha hecho traición á la causa republicana, absteniéndose de votar hoy sobre el orden del día de la Montaña.» PROUDHON, violentamente interpelado, respondió que la Montaña sólo buscaba un pretexto y que, en el fondo, apesar de sus protestas de

© Biblioteca Nacional de España

socialismo, aún no tenía valor para declararse públicamente socialista.

Desde el siguiente día comenzó PROUDHON, por su *Toast á la Revolutión,* su lucha con la Montaña. Uno de los episodios de esta lucha fué su duelo con Félix Pyat. Cuando se abrió el período electoral para el nombramiento de Presidente de la República, PROUDHON atacó vehementemente la candidatura de Luís Bonaparte en un folleto que se considera como una de sus obras maestras literarias. Adversario de esta institución adoptó, á guisa de protesta, la candidatura de Raspail, apadrinada por sus amigos del comité socialista. Cárlos Delescluze, redactor-jefe de la *Revolutión democrátique et sociale,* que no le perdonaba el haber preferido Raspail á Ledru-Rollín, candidato de la Montaña, le atacó desde el día siguiente á la elección, con una violencia que rebasaba todos los límites. PROUDHON tuvo, en un principio, la prudencia de no contestarle; pero al fin, apurada la paciencia, hízose agresivo á su vez, y Delescluze le envió sus padrinos. Esta vez PROUDHON se negó categóricamente á batirse; si se había batido con Félix Pyat, fué únicamente porque algunos ponían en duda su valor.

El 25 de Enero de 1849, PROUDHON, convaleciente de una enfermedad, vé á la Asamblea constituyente amenazada en su existencia por la coalición de los partidos monárquicos y de Luís Bonaparte que, ya entonces, meditaba su golpe de Estado. PROUDHON no vacila en atacar de frente al que acababa de obtener cinco millones de sufragios. Quería quebrantar el ídolo, y sólo consiguió hacerse perseguir y condenar. La autorización de proceder contra él, fué otorgada por la mayoría de la Asamblea constituyente, á pesar del discurso que pronunció PROUDHON en tal circunstancia. Declarado culpable por el jurado, fué condenado, en Marzo de 1849, á tres años de prisión y 10.000 francos de multa. PROUDHON no había abandonado ni un momento su proyecto de *Banco de Cambio,* operando sin capital, con la adhesión de un número

© Biblioteca Nacional de España

suficiente de comerciantes y de industriales. Este banco, que á la sazón llamaba *Banco del pueblo* y al rededor del cual, quería agrupar las numerosas asociaciones obreras que se habían fundado desde el 24 de Febrero de 1848, había reunido ya cierto número de suscritores y de adherentes; iba á inaugurar sus funciones cuando, por el hecho de su condena hubo de optar Proudhon entre la cárcel ó el destierro. No vaciló en abandonar su proyecto y devolvió su dinero á los suscritores. Refugiado en Bélgica, solo permaneció allí pocos días, y bajo un nombre supuesto, fué á ocultarse en París, en una casa de la calle de Chabrol. Desde su retiro, enviaba diariamente artículos, firmados ó sin firma, al *Peuple.* Por las noches, vistiendo blusa, salía á respirar el aire en los barrios apartados. Envalentonado muy en breve por el hábito, aventuróse imprudentemente á pasear por las aceras de los boulevares y por las inmediaciones de la Estación del Norte. No tardó en ser reconocido por la policía, que le arrestó, el 6 de junio de 1849, en la calle del Faubourg-Poissonniére. Conducido á la Prevención, y luego á Santa Pelagia, hallábase en la Conserjería cuando ocurrió la jornada del 13 de Junio de 1849. Entonces comenzó á escribir las *Confesiones de un revolucionario*, que se publicaron hácia fines del año. En esta obra, nótase una teoría muy sensata de la resistencia legal y una censura muy motivada de la manifestación revolucionaria del 13 de Junio.

Proudhon había sido trasladado nuevamente á Santa Pelagia, cuando casó, en Diciembre de 1849, con la señorita Eufrasia Piegard, jóven obrera cuya mano había pedido desde el año 1847. Hé aquí en qué términos se expresa sobre este matrimonio, en una carta fechada el año 1854: «Caséme, á los cuarenta años, con una jóven y pobre obrera, no por pasión, ya comprendes tú de qué naturaleza son mis pasiones, sino por simpatía á su posición, por aprecio á su persona; porque, muerta mi madre, me encontraba sin familia; porque ¿lo creerás? á falta de amor, tenía yo el capricho del *hogar* y

© Biblioteca Nacional de España

de la *paternidad*. No hice otras reflexiones. Desde cuatro años acá, la gratitud de mi mujer me ha valido tres niñitas, rubias y coloradas, que su madre ha lactado y criado por sí misma y cuya existencia llena hoy casi toda mi alma. Díganme cuanto quieran que obré con imprudencia; que no basta poner hijos en el mundo; que hay que educarlos, dotarlos; lo positivo es que la paternidad ha llenado en mí un vacío inmenso, dándome un lastre que me faltaba, y una energía de que me conceptuaba incapaz.»

Después de la jornada del 13 de Junio, el *Peuple* había sido suprimido, viniendo á reemplazarle, en Octubre, un nuevo periódico: la *Voix du peuple*, que PROUDHON dirigía desde el fondo de la prisión. Allí se encuentran sus polémicas con Luis Blanc, con Pedro Leroux y con Bastiat, y también su adhesión motivada á la idea del impuesto sobre el capital, emitida y sostenida por Emilio de Girardin. Digamos dos palabras sobre estas polémicas y esta adhesión. En sus artículos relativos al impuesto del capital, considera y presenta este impuesto como un medio de llegar á la aniquilación progresiva de la renta, lo cual era un modo extraño de recomendarlo. En su polémica con Luis Blanc, ataca la idea misma del Estado; sostiene que, suprimido el privilegio de la propiedad, realizada la gratuidad del crédito, el Estado viene á ser inútil y, careciendo de objeto como de motivo, debe de abrogarse por sí propio. «La constitución del Estado, dice, supone el antagonismo ó el estado de guerra; ahora bien, el estado de guerra no es la condición esencial é indeleble de la humanidad, dimanando principalmente de la desigualdad de las condiciones y debiendo desaparecer con ella.» En su polémica con Pedro Leroux, aplasta á este filósofo, su religión, su Triada, su círculo, con rasgos de agudísima ironía. La discusión entre PROUDHON y Bastiat, agrupada en un folleto con el título: *Interés y principal*, versa sobre la idea maestra de PROUDHON, sobre la ilegitimidad del interés del capital. Pues bien, hay que consignar que en esta discusión, que

© Biblioteca Nacional de España

movió gran ruido y que el público siguió con el mayor interés, PROUDHON, á pesar de brillantísimos esfuerzos de polémica, fué completamente vencido por la fría y luminosa razón del economista. No lo reconoció el así, ni lo creyó, sin duda, más lo fué á juicio aún de algunos de los que hasta entonces fueron discípulos suyos.

Los artículos políticos que enviaba á la *Voix de Peuple* acabaron por disgustar al gobierno, quién dispuso su traslación á Doullens, donde se le tuvo incomunicado durante algún tiempo. Conducido después nuevamente á París para comparecer ante la Audiencia del Sena, con motivo de un artículo de la *Voix du Peuple*, fué defendido por M. Crémieux, y absuelto. De la *Conciérgerie* pasó otra vez á *Santa Pelagia*, donde cumplió sus tres años de prisión, el 6 de Junio de 1852. La *Voix du Peuple*, suprimida antes de la promulgación de la ley de 31 de Mayo, había sido reemplazada por una hoja semanal, el *Peuple de 1850*. Fundado con el concurso de los principales individuos de la Montaña, este periódico tuvo, en breve, el mismo destino que sus anteriores. En el *Peuple de 1850* encuéntrase una crítica violenta del programa democrático de los ciudadanos Ledru-Rollin, Ch. Delescluze y otros redactores del *Proscrit*, que termina con estas palabras: «Ciudadanos, ¿quereis servir todavía á vuestra patria, trabajar para el progreso y contribuir al triunfo de la Revolución? Convertíos en otros hombres, creedme. Colgad en el ropero vuestro viejo trage parlamentario, envainad vuestra fraseología, quemad esos rancios oropeles del jacobinismo; estudiad la filosofía de la historia de la economía política y del derecho. Mirad, ¿quereis que os diga todo mi pensamiento? No conozco más que una palabra que caracterice vuestro pasado, y aprovecho esta ocasión para hacerla pasar del *caló* popular á la lengua política. Con vuestras magnas frases de guerra á los reyes y de fraternidad de los pueblos; con vuestros alardes revolucionarios y toda esa batahola de demagogos, no habeis sido hasta la hora presente sino unos *guasones*.»

© Biblioteca Nacional de España

En 1852, varios meses antes del Golpe de Estado, publicó PROUDHON la *Idea general de la Revolución en el siglo XIX*, donde reanuda, á su manera, la idea del Contrato social, mal comprendida y mal aplicada, según él, por Juan Jacobo Rousseau; desarrolla sus consecuencias, oponiéndolas á las formas diversas del principio de autoridad, reprueba la utopia del gobierno directo, y clama enérgicamente contra el neo-jacobinismo.

A raíz del famoso 2 de Diciembre, dió á luz *la Revolución Social demostrada por el Golpe de Estado*. Reinaba á la sazón un terror tal, que nadie quiso editar este libro sin autorización expresa del Gobierno. Logró PROUDHON alcanzar este permiso, escribiendo á Luis Bonaparte una carta, que publicó al mismo tiempo que la obra. Hay en este libro una grande habilidad, unida con mucha osadía. La primera hace admitir la segunda; la osadía hace perdonar la habilidad. De lamentar es, no obstante, que deba señalarse cierta página donde se glorifica la razón de Estado revolucionaria, con menosprecio de la moralidad pública.

Padre ya de tres hijas, debía pensar sériamente PROUDHON en allegarse medios de subsistencia. Púsose á la tarea y publicó, al principio sin nombre de autor, el *Manual del especulador en la Bolsa*. Posteriormente, en 1857, después de haberlo completado, no vaciló en firmar este libro, complaciéndose en reconocer, en el Prefacio, la participación de su colaborador G. Duchéne. En el interin, solicitaba, inútilmente, autorización para fundar un periódico ó una revista; pero siempre se le negó esta autorización. A fines de 1853, dió á luz pública, en Bélgica, un folleto intitulado: *Filosofía del Progreso*, en que la idea de progreso se reduce á la de movimiento, de un movimiento necesario y universal.

El Imperio otorgaba á las grandes Compañías concesiones tras concesiones. Habiendo solicitado una Sociedad financiera la de un ferro-carril en el Este de Francia, encargóse á PROUDHON la redacción de varias Memorias en apoyo de esta

© Biblioteca Nacional de España

instancia. La concesión fué otorgada á otra Compañía. Ofrecióse al autor de las Memorias, como compensación, una indemnización que debía pagar la Compañía concesionaria. Escusado es decír qué PROUDHON nada quiso aceptar. Y entonces, deseando explicar al pùblico, á la vez que al Gobierno, el fin que se propusiera alcanzar, dió á la estampa el libro titulado: *Reformas que deben operarse en la explotación de los caminos de hierro.*

El 22 de Abril de 1858, publicó, en tres abultados volúmenes, la obra trascendental á que se consagraba desde 1854, y cuyo título fué: *De la Justicia en la Revolución y en la Iglesia*; *nuevos principios de Filosofía práctica*, *dirigidos á Su Eminencia Monseñor Mathieu*, *cardenal-arzobispo de Besanzón*. El 27 de Abril, el Tribunal ordenaba el secuestro de la edición, que fué cumplimentado el 28. A este primer acto, contestó el autor del libro incriminado, en 11 de Mayo, con una solicitud muy motivada y pidiendo la revisión del Concordato de 1802; en otros términos: un reglamento nuevo de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. En el fondo, esta solicitud no era sino consecuencia de la obra misma. Publicada el 17 de Mayo, en número de 1.000 ejemplares, la *Exposición al Senado* fué condenada por el Tribunal como una agravación del delito ó de los delitos descubiertos en el cuerpo de la obra á que servía de anejo, y secuestrada á su vez el 23. El 1.º de Junio, instancia del autor al Senado, por una segunda exposición, depositada, como la primera, en la Secretaría de la Asamblea, defensora y garante, según la Constitución de 1852, de los principios de 1789. El 2 de Junio, acumulados los dos procesos, comparecía PROUDHON á la barra, con el editor, el impresor del libro y el de la Solicitud. El Tribunal de policía correccional le condenó á tres años de prisión, multa de 4.000 francos, y ordenó la supresión de su obra. Interpone apelación el autor; redacta una Memoria que, según el texto de la Ley, tenía facultad de publicar antes de la vista, sin que diese lugar á

© Biblioteca Nacional de España

nuevas diligencias. Decidido á usar del medio que le reservaba la Ley, en vano solicita de los impresores encausados que le presten su concurso. Pide, entonces, al procurador general, Chaix d' Est-Ange, una declaración haciendo consta que el art. 23 de la Ley de 17 de Mayo de 1819 proteje la defensa escrita, y que la impresión de esta defensa no entraña peligro para el impresor. Negativa seca del procurador general. Trasládase, entonces, PROUDHON á Bélgica, donde hace imprimir su defensa que, como es de suponer, no pudo entrar en Francia. Titúlase esta Memoria: *La Justicia perseguida por la Iglesia: apelación de la sentencia dictada por el Tribunal de Policia correccional del Sena, el 2 de Junio de 1858, contra P. J.* PROUDHON. Es, al mismo tiempo que una discusión muy concisa de los *Considerandos* del fallo de la sexta Sala, un excelente resúmen de su grande obra. En Bélgica publicó, de 1859 á 1860, por cuadernos separados, una nueva edición del libro *De la Justicia*. Cada cuaderno comprendía, con el texto primitivo, cuidadosamente revisado y corregido, numerosas notas explicativas y *Noticias de la Revolución* que forman una especie de revista de la marcha de las ideas en Europa.

La tésis general, cuya demostración se persigue á través de los tres volúmenes de la obra *De la Justicia*, es la que desde entonces se vulgarizó en el periódico: la *Morale independante*. A pesar del relieve que adquiría bajo la pluma de PROUDHON y de la originalidad de sus desenvolvimientos, no era nueva, como el autor lo daba á creer, y como lo pareció á gran número de pensadores. Era la tésis del Criticismo; la tésis de Kant, con la diferencia de que, en PROUDHON se apoyaba sobre una especie de sentimiento, y nó sobre la razón pura; en otros términos, que no se hallaba establecida sobre los verdaderos principios.

La Guerra de Italia dió motivo á PROUDHON para un nuevo estudio que publicó, en 1861, con el título: *La Guerra y la Paz*. Esta obra, donde se pronunciaba por vez primera con-

© Biblioteca Nacional de España

tra el restablecimiento de la Polonia, y contra la fundación de un gobierno unitario en Italia, le suscitó multitud de enemigos. Para explicarse esta publicación, y todas las que la siguieron, y al mismo tiempo la actitud nueva é inesperada que tomó entonces PROUDHON en el partido democrático, con menosprecio de las tradiciones y sentimientos de éste, es fuerza recordar el lugar que la huelga forzosa de la política interior y las guerras del segundo Imperio vinieron á dar, en las preocupaciones, á las cuestiones de política exterior y de derecho internacional: cuestión de las nacionalidades, de sus aspiraciones, de sus pretensiones, de sus derechos; cuestión de las fronteras naturales; cuestión de equilibrio európeo; cuestión de los tratados y de la legalidad internacional; cuestión de la guerra, de sus condiciones de legitimidad en cuanto á su orígen, y en cuanto á sus efectos. Las meditaciones de PROUDHON se aplicaron, naturalmente, á estos grandes problemas de que, hasta entonces, nunca se había preocupado seriamente. Comprendió su importancia; buscó sus soluciones; y apreció admirablemente las conexiones que tienen con la política interior y con el derecho constitucional. Fué el postrer período de la historia de su pensamiento. Llegó á concluir contra el romanticismo diplomático y el donquijotismo militar de la diplomacia francesa, contra la política de las nacionalidades, contra la aglomeración de las poblaciones de la misma raza y de la misma lengua bajo grandes gobiernos unitarios; en favor de los tratados, en favor de la constitución europea existente, amenazada por ciegas pasiones populares, y sobre todo en favor de la vieja idea de equilibrio de estados que, según él, se trataba, no de abandonar, sino de desenvolver y perfeccionar. En estas condiciones rebasó á veces la medida, cosa inherente á su temperamento; pero su fondo y espíritu general eran sensatos, justos y profundos.—Las reflexiones sobre la política exterior le condujeron, también, á dar la última mano y, por decirlo así, la hechura á su concepción, poco clara hasta en-

© Biblioteca Nacional de España

tonces, de anarquía, de antigubernamentalismo, de contrato social real, y á presentar al público miras concretas, definitivas sobre la organización política. Resúmense estas miras en la idea de federación, que aplicó al principio á Italia y que luego planteó en toda su generalidad. En cuanto á su teoría general del derecho de la guerra, hállase contenida en las proposiciones siguientes: «1.ª La fuerza, en su acepción más general, es una capacidad que tiene legítimas pretensiones al gobierno de la Sociedad; derecho real de la fuerza; 2.ª la guerra es una manifestación de la fuerza, un juicio que decide sobre la cuestión de saber dónde está la fuerza, y por consiguiente, donde el derecho de gobernar; derecho real de la guerra; 3.ª las leyes de la guerra tienen por objeto hacer que la verdadera superioridad de fuerza se manifieste en la guerra y por la guerra; en otros terminos, que la guerra no se desvíe, en sus medios, en su procedimiento, de su fin legítimo, que es dar, por la victoria, un fallo verídico sobre la cuestión de la fuerza.» Estas proposiciones son, por cierto, originales y diferentes (por más que digan ciertos publicistas, y especialmente Prevost-Paradol) de las ideas emitidas por Hegel y Cousin sobre el mismo asunto. No pueden, sin embargo, enunciarse, sin que al momento se presenten al espíritu las más graves objeciones. Aportando argumentos nuevos, más ingeniosos que sólidos, en apoyo del derecho de incorporación violenta, del antiguo derecho de conquista, PROUDON se ha mostrado lastimosamente infiel á la moral jurídica que había desarrollado en su obra *De la Justicia*.

Después del libro: *La Guerra* y *La Paz*, brotaron de la fecunda pluma de PROUDON: *Teoría del Impuesto* (1861); *La Federación y la Unidad italiana* (1862); los *Mayorazgos literarios* (1863); en este opúsculo combate la asimilación de la propiedad literaria á la propiedad ordinaria; *Del principio federativo y de la necesidad de reconstituir el partido de la revolución* (1863); *Los demócratas juramentados y los refractarios*

© Biblioteca Nacional de España

(1863); *Si los tratados de 1875 han cesado existir; actas del Congreso* (1863); aquí sostiene el carácter liberal de los tratados de Viena y demuestra la relación que existe entre las garantías de equilibrio en derecho internacional y las garantías constitucionales en derecho político; *Nuevas observaciones sobre la Unidad italiana* (1864), etc.

En 1862 había regresado PROUDHON á París, donde falleció el 19 de Enero de 1865.

Dejó, al morir, cierto número de obras sin terminar: *El principio del arte; La Biblia anotada; Capacidad política de las clases obreras; Francia y Rhin; Contradicciones políticas; Teoría de la propiedad;* LA PORNOCRACIA; *Historia de Polonia; Vida de Jesús; Historia de Jehovah*, y finalmente, su copiosa *Correspondencia*.

Esta *Correspondencia*, acerca de la cual decía Sainte-Beuve que, en el porvenir, sería la obra capital de PROUDHON, suministra los documentos más interesantes sobre la historia de las ideas y de su eslabonamiento en el espíritu del fogoso polemista.

En ella se encuentran, en gérmen, no solo sus principales escritos, sino las indicaciones más luminosas y precisas sobre los trabajos que se proponía emprender. Hay aquí condensada la materia de unos cincuenta volúmenes, que el autor entreveía y que no pudo dar á luz.

Tan luego como le acudía una idea, escribía de ella á uno ú otro de sus numerosos corresponsales y le desenvolvía el plán de la obra con maravilloso entusiasmo; «entregábase en cuerpo y alma,» por decirlo así, provocaba la réplica y la contradicción, y algunas de sus exposiciones son tan completas, que no les falta más que los desenvolvimientos indicados.

Puede reanudarse, con auxilio de estas cartas, la mayor parte de la historia de PROUDHON y especialmente de la historia de sus opiniones, por cuanto prefería ocuparse, sobre todo, en sus ideas ó en sus juicios.

© Biblioteca Nacional de España

Notemos, desde luego, en una carta de 1831, la confesión que hace de su ineptitud para escribir sin haber madurado largo tiempo la idea antes de darla á luz. Habíanle ofrecido colaborar en un periódico, tarea fácil; pero renunció á ella.

«Soy incapáz, decía, de trabajar en hora y día fijos; en materia de periódicos, he ensayado durante toda una tarde hacer un resúmen de noticias extranjeras, donde nada tenía que poner de mi cosecha, y por más que me he golpeado los ijares, no logré llegar á buen término. Con mucha mayor facilidad he escrito dos cartas y la que tenéis á la vista, que ponerme al corriente de los asuntos de Suiza. Creo estar dotado de cierta facilidad para expresar mis ideas y hay día en que llenaría un volúmen con todo cuanto bulle en mi cabeza; pero los desvaríos de un cerebro paradójico, las alucinaciones de un espíritu romántico no son apropósito para llenar las columnas de un periódico; ahora bien, tened por sabido que yo formo todos mis juicios á tenor de este fondo adquirido; es el criterio que aplico á toda obra, á toda doctrina, á todo acontecimiento. Pero necesito bastante tiempo para apreciar las relaciones de las cosas, concebirlas netamente, formar mi opinión y expresarla después; finalmente, vuelvo al experimento que he practicado hoy mismo: un tema de estudiante de humanidades, pasaría de mi alcance.»

Uno de sus corresponsales le aconsejaba que, para habituarse á dicha tarea, hiciese crítica de arte, literatura pura, versos! Y respondióle Proudhon:

«Os aseguro que siento una terrible comezón de enviar la literatura á todos los diablos; me hastía y me aplasta. No tengo esa paciencia de que habla Béranger y que para vos deseo. Quisiera poder hablar por fórmulas, poner todo lo que pienso en una cuartilla de papel; mandaría imprimir cada año dos mil ejemplares, que enviaría gratis á todas partes; y además compondría líneas de plomo. ¡Qué haga versos! ¿Pretendeis que me haga sangrar, que me meta en

© Biblioteca Nacional de España

cama, que tome el emético ó la ipecacuana? Prefiero todo ello á hacer versos. Vos, sí, hareis carrera; tenéis la manía del arte; sentis lo bello en literatura, que á mí me hace bostezar, y sois capáz de padecer diez años para alcanzar un éxito. ¡Vuestra vocación se muestra mucho más en vuestras observaciones, que en vuestras obras, y la razón es sencillísima: en crítica, la razón y el gusto se evidencian, mientras que la composición los disfraza!...»

Más interesante aún es seguir las impresiones del publicista, ya á propósito de sus libros y de los procesos que hubo de sufrir, ya á propósito de los acontecimientos políticos. Ya hemos visto en que términos escribía á su amigo Bergmann, al anunciarle la aparición de la *Propiedad es el robo.*

El proceso de Besanzón, en 1842, á propósito de la *Advertencia á los propietarios*, inauguró la serie de altercados de PROUDHON con la justicia. A más de la pintoresca narración que sobre el particular dirigió á uno de sus amigos y que llevamos transcrita, le escribía á otro:

«De buena me he librado, lo confieso; el Tribunal estaba furibundo; la Academia (de Besanzón) todavía no se ha repuesto de su cólera, y he podido ver, por los manejos del clero, que no se le ofende impunemente en sus pretensiones. El delito, que se me reprochaba, de ofensa á la religión era absurdo; así lo decía el público, así lo sentía el fiscal y así me lo confesó después el presidente; y sin embargo, sin la prudencia de mi abogado, que me impidió leer lo que yo había escrito en un principio sobre el particular, habría perdido mis últimos apoyos en el jurado, compuesto en parte de hombres religiosos, si bien incapaces de distinguir la religión de la superstición.

«El auditorio estaba colmado, toda la villa conmovida y todas las categorías ofendidas anhelando una venganza. Esperaban verme humillado por una retractación y por una pena severa. Crucifiqué en plena audiencia á más gente de lo que nunca hiciera: mi discurso, lejos de parecerse á una excusa, fué

© Biblioteca Nacional de España

una perpetua instancia. El *Franc-Comtois* os habrá enterado de ello, si habéis leído los tres ó cuatro números que su benevolencia me consagró. Mientras daba yo lectura al jurado de una carta que había escrito á M. Duchâtel, llegaba por telégrafo la contestación, ordenando proceder con rigor si se obtenía una condena. El jurado me absolvió, por simple mayoría, sobre el delito de ataque á la propiedad, y por unanimidad sobre los otros cargos.»

Llega la Revolución de Febrero de 1848; PROUDHON estaba llamado por la resonancia de su libro y de este proceso á desempeñar un papel en ella; papel que él se exageraba, evidentemente, como cuando creía que la salvación de la Francia dependía de que encontrase un librero; pero esta confianza cándida en su fuerza no desagrada en un luchador tan rudo. Por lo demás, no debía tardar en perder sus ilusiones y en advertir que los republicanos, aún los más ardientes, vacilarían en seguirle en su senda de reformas sociales. Quedó aislado en un movimiento cuyo centro se imaginaba ser;

«Comprendo de sobra, dice, que en estos momentos críticos se me impone, más que nunca, la moderación. La famosa fórmula: «La propiedad es el robo,» circula por do quiera, en voz baja: los obreros se admiran é impacientan de no verme figurar en parte alguna, y los burgueses tiemblan temiendo verme proseguir en el mismo tono. Vos, que me conocéis perfectamente, comprendereis que la polémica apasionada acabó para mí. Quiero, positivamente, quiero hoy, más que nunca, la reforma económica; más para ello no necesito el Terror, ni la Ley agraria. Así os lo darán á comprender mis tres primeros cuadernos ó entregas, que recibiréis dentro de ocho días. Escribiré, desde luego, á los obreros bisontinos, para explicarles mi pensamiento. Complázcome en creer que gran número de hombres de bien, impuestos de la equidad y moderación de mis sentimientos, me

© Biblioteca Nacional de España

apoyarán con sus sufragios. Mi posición es incomparable. Soy el hombre que más miedo causa, y por consiguiente, el hombre cuyo lenguaje conciliador puede producir más efecto. Nadie como yo, ni tan bien como yo, puede hablar con tanta autoridad á los proletarios y á los burgueses, al Gobierno como á la masa. Sólo yo puedo salirme de ahí y hacer salir de ahí á la República. Cuanto más avanzamos, más veo que yo sólo tengo el monopolio de mis ideas. A no acontecer una desventura, ó que la injusticia sea el destino social, debo llegar á muy alto y muy lejos. Sin embargo, si soy bastante afortunado para servir á mi país, no pido sino una misión científica que me permita estudiar, con desahogo, el pueblo francés y proseguir mis trabajos de economista.»

En lugar de este papel de conciliador que ambicionaba, solo encontró la hostilidad de los conservadores y las desconfianzas, de la Montaña, que comprendía muy poco sus ideas.

Digna de mención es la entrevista que celebró, en Septiembre de 1848, con el príncipe Luis Napoleón. PROUDHON se dejó embaucar, como otros muchos, por las fingidas protestas de republicanismo y hasta de socialismo de que tan pródigo se mostraba á la sazón el futuro emperador, entonces simple candidato á la presidencia.

«La conversación, dice, versó sobre la organización del trabajo, la hacienda, la política exterior, la constitución. Luis Bonaparte habló poco, me escuchó benévolo y pareció de acuerdo conmigo en casi todos los puntos. Censuró, sin ambajes ni rodeos, la política del general Cavaignac, las suspensiones de los periódicos, el estado de sitio y ese ejército de los Alpes que parecía decirle á Italia: «Mi corazón quiere y no puede;» encontraba, más que ridículas, absurdas las concepciones financieras de Garnier-Pagés, Goudchaux y Duclerc, quiénes, bajo la inspiración de la comisión de hacienda, no sabían contestar á todas las peticiones que se les dirigían sobre organización del crédito, sino

© Biblioteca Nacional de España

con las palabras «asignado» y «papel-moneda.» Recuerdo, especialmente, que entre otros discursos que tuve con mi ilustre colega, le dije que, en el caso de presentarse candidato á la presidencia, obraría muy sábiamente declarando que no entendía, en modo alguno, prevalerse del senado-consulto de 1804; que si en otra época, bajo el gobierno de Julio, había podido considerar el advenimiento de Luis Felipe al trono como subrepticio é ilegítimo, y por consiguiente, reivindicar una Corona á la que la voluntad del emperador le daba más derechos de los que la elección de la Cámara de 1830 creaba en favor de Luis Felipe, hoy que la Francia se había constituído libremente en República, no debía alentar otra ambición, que la de dar á todos el ejemplo de la obediencia á la soberanía del pueblo y del respeto á la Constitución. Contestóme Bonaparte protestando de una manera general contra las calumnias propaladas contra él; pero sin explicarse de una manera categórica y formal. En suma, pudimos creer Joly, Schometz y yo, que el hombre que acababa de hablar con nosotros nada tenía ya de común con el conspirador de Estrasburgo y de Boulogne y que era posible que, así como la República pereció en otro tiempo á manos de un Bonaparte, podría asentarse de nuevo en sólidos cimientos á manos de otro Bonaparte. Al separarse Luis Bonaparte de nosotros, dijo á M. de Basano, como así me lo comunicó luego éste, que estaba muy satisfecho de haberme conocido; que valía yo más que mi reputación, y otras frases que el pueblo bautiza llanamente con el calificativo de «palabras palaciegas.» A tales cumplimientos, hubiera yo preferido una buena profesión de fe republicana.»

En su carnet, había escrito Proudhon además estas líneas: «26 de Septiembre. Visita á Luis Bonaparte. Este hombre parece de buena intención; cabeza y corazón caballerescos, más lleno de la gloria de su tío, que de fuerte ambición. Por lo demás, genio mediocre. Mucho dudo que, visto de cerca y bien conocido, logre gran fortuna. Descon-

© Biblioteca Nacional de España

fiar de él. Es costumbre, en todo pretendiente, buscar desde luego los hombres de partido.» Se ve que la desconfianza de PROUDHON resultaba más bien de la cualidad de príncipe y de Bonaparte del candidato presidente, que de su persona misma; tan perfectamente disimulaba éste, que lograba engañar hasta á un observador como PROUDHON.

Su correspondencia del año 1849, que PROUDHON pasó casi todo en la cárcel, está llena de las efusiones domésticas debidas á su matrimonio efectuado en dicha época. Aquí el publicista abre su corazón. Hemos transcrito ya los extractos más interesantes de estas cartas, los que mejor podrían darlo á conocer. Pasemos á sus impresiones sobre el Golpe de Estado de Diciembre; están fechadas en Enero de 1852, después del decreto que arrebataba 200 millones á la familia de Orleans. PROUDHON, á quien según sus doctrinas sobre la propiedad se hubiera podido creer poco sensible á esta expoliación, quedó ante ella estupefacto, y consideró este acto como más abominable, que el atentado político mismo: «Cuando en mis *Confesiones*, escribe, dije que Luis Bonaparte era el enterrador de la autoridad ¿me equivoqué acaso? ¿Qué más queréis? ¡Ah! quisiera que viéseis la fisonomía alargada de esta población parisiense, que comienza á comparar el régimen republicano de 1848, con el régimen de orden de 1852. ¡Quisiera que viéseis el hosco remordimiento pintado en todas estas caras! Hay aquí un encogimiento de la conciencia pública, que paraliza todo el movimiento industrial; y á pesar del alza de los fondos «por orden de la autoridad» y de todos los embustes oficiales, no se hace nada; el termómetro sube, pero la temperatura baja. Todo el mundo se dice: «Parecemos. Después de los Orleans seguirán los burgueses; quien no se adhiera, pasará por ello.» Preciso es, os digo, que nuestra raza de bobalicones sepa, por buena experiencia, lo que es un poder fuerte y un régimen de Estado. Luis Blanc queda rezagado; los «repartidores» de 1848 quedan muy atrás y el llamamiento á las

© Biblioteca Nacional de España

pasiones codiciosas es tan grosero, tan directo, que hasta los mismos jacobinos retroceden de vergüenza. Habéis querido gobernar por la «vil multitud», mis queridos republicanos; aprended, pues, de una vez para todas, de qué es capaz la vil multitud, y recordad, si llega el caso, que democracia debe tomarse en el sentido de demopedia: educación del pueblo.

«En cuanto á creer en la eternidad de este régimen, no comprendo que caigáis en error tan cobarde y necio. «Los dineros del sacristán, cantando se vienen, y cantando se van,» dice un proverbio; y otro: «Lo que hizo el sable, el sable lo deshará.» La Francia, por exceso de imbecilidad republicana y realista, ha caído en una emboscada, y forcejea bajo el puñal de sus asesinos, como una mujer sujetada entre cuatro y violada. Todo esto lo sé, todo lo veo más de cerca que vosotros, y añado que la venganza igualará á la afrenta. Pero, ¿cuándo? clamáis vosotros con impaciente furor. ¿Cuándo? queridos míos; cuando, á fuerza de insultos, la masa francesa tenga el cuerpo y el espíritu abiertos á la verdad, lo cual ocurrirá más pronto de lo que tal vez pensáis. En este momento, toda conspiración sería prematura; pero no dudéis que su propósito existe y que ha hecho hervotear ya más de un millón de cabezas. Y qué, ¿no véis que para derrumbar á la Iglesia era menester que se hubiera hecho cómplice, en Francia como en Roma, del mayor de los atentados? Vedla, ahora, repartiéndose los despojos de los Orleans. ¿Qué son, decidme, todos nuestros argumentos históricos y filosóficos, comparados con éste? La orgía llegó á su colmo..... ¿Y vosotros, no os regocijáis?»

En otra carta, Proudhon hace lo que pudiera llamarse la filosofía de los golpes de Estado. «Es un hecho constante en la Historia, y que recomiendo á vuestra atención, que toda monarquía nueva, toda usurpación, toda tiranía, todo cesarismo empieza con el apoyo del pueblo, y tan luego como se vé instalado, busca la adhesión de los grandes y se pone en guar-

© Biblioteca Nacional de España

dia contra el pueblo. L. N. no es hombre que cambie de táctica; como su tío, cuyos vestigios ha dorado, piensa que la sociedad es una administración, un ejército, un clero, una magistratura y que todo lo demás es polvo. A veces, de este polvo surge una voz fuerte que cambia las dinastías y de la que se prevalen, como de una orden divina, los recién venidos; y pare usted de contar. Realizada su fortuna, no hacen caso alguno (y con razón), del pueblo; y para impedirle que grite, le oprimen la garganta con la mano. ¿No nos hallamos, acaso, de lleno, en esa rutina á la vez demagógica y usurpatriz, revolucionaria y retrógada? Y con la Historia en la mano, ¿no podemos prever, nosotros, débiles ciudadanos, la suerte que nos espera mañana, pasado mañana, hasta el fin de nuestra vida quizá, como prevemos la suerte que espera á los poderes perjuros, á los sacerdocios fanáticos, á las aristocracias saqueadoras y avarientas?»

A más de sus acostumbrados corresponsales, bastante numerosos ya, recibía PROUDHON multitud de cartas de personas desconocidas, que le pedían su parecer sobre tal ó cual cuestión de moral ó de economía política. Hasta algunos querían hacer de él su director de conciencia. PROUHDON contestaba á todos, (conmovedora atención en un hombre abrumado de trabajo) y contestaba, no con una carta trivial, sino á menudo con desenvolvimientos tales, que su carta era todo un tratado *ex profeso* sobre la materia. Sirva de muestra la siguiente, dirigida á un vividor arrepentido ó penitente: «Después de haber perdido usted la mujer que amaba y para sofocar sus penas, según dice, se ha encenagado en la borrachera y el libertinaje. Esto demostraba de su parte muy mediocre amor, y es una razón más para creer que, en el caso de usted, hay más fantasía y demencia, más egoísmo é inmoralidad, que amor verdadero. El amor, caballero, es todavía una religión, fun condimento del alma, una prenda de virtud. El amor prouudo y desgraciado puede llevar hasta al suicidio, pero nunc

© Biblioteca Nacional de España

á la depravación. Usted no debía de amar más que á sí mismo y sólo por ello puede explicarse la disolución de que usted habla.

«¿Qué decir de los pormenores en que, luego, entra usted sobre los figones nocturnos del Mercado y las casas infames donde pasa usted sus días y sus noches? ¿Y es usted jóven? ¿jóven y rico? ¿Quién ha sido su profesor de voluptuosidad? Fuera de usted, no hay en París otro jóven que, disponiendo de fortuna y buscando el placer, la mesa y las mujeres, pase su vida en los figones del Mercado y las casas de mala fama. La juventud de hoy no ha llegado á ese punto, y usted me hace dudar cada vez más de la solidez de su juicio, por no decir de su sinceridad. ¿Me pregunta usted qué consuelo puedo ofrecer á un hombre abrumado por la pena de amor y á quien la religión y la filosofía abandonan? A mi vez, le preguntaré si cree usted poseer aún el sentido moral. ¡Si así es, vaya! para nada necesita usted mis recomendaciones. La práctica de la moral le basta. Sea usted buen hijo, buen amigo, buen ciudadano; haga usted bien á sus semejantes, adopte usted á una huerfanita, cásese usted con una muchacha pobre y honrada, combata usted, en el círculo de su existencia, el vicio y el crímen, y será usted consolado. Sin olvidar á la que usted llora, lo cual sería otra infamia, honrará usted así su memoria mucho más, que con sus aturdimientos innobles y su egoista desesperación »

A nuestro entender, Proudhon, á pesar de la falta de método, de las variaciones, de las contradicciones, numerosos sofismas (*fallacies*, como dicen los ingleses), una erudición debida á lecturas superficiales, una ciencia sin bases sólidas, errores considerables y algunos funestísimos, es uno de los pensadores más originales, más potentes, más profundos y más universales del siglo XIX. Proudhon subsistirá como

© Biblioteca Nacional de España

imágen fiel del trabajo confuso que ha torturado á nuestra época. Resume sus impaciencias, sus sobrexcitaciones, sus osadías, sus negaciones y sus afirmaciones.

(De P. Larousse: *Grand Dictionnaire universel du XIX siècle;* art. Proudhon.)

© Biblioteca Nacional de España



© Biblioteca Nacional de España

PREFACIO

El año de 1858 fué una época memorable en la vida de P. J. PROUDHON. El escritor eminente alcanzó, por decirlo así, el apogeo de su carrera con la publicación de su obra capital: LA JUSTICIA. Su pensamiento abarcó, en aquella ocasion, las principales manifestaciones politicas, intelectuales y morales de la vida humana. El autor aportó á su obra los recursos de su profunda erudición, de su implacable lógica y de la vehemencia de su estilo.

El éxito alcanzado fué considerable. Pero quien mayormente se conmovió fué el gobierno imperial, y á su manera.

Llamado ante los tribunales, PROUDHON fué juzgado y condenado á tres años de prisión y 4.000 francos de multa. También á su editor

© Biblioteca Nacional de España

Garnier, como á los impresores Bourdier y Bry les cupo su parte de condenas personales y fiscales.

PROUDHON que, por análogos motivos, había sufrido ya largos años de prisión, prefirió entónces el destierro á la privación de su libertad y se refugió en Bélgica.

La obra condenada, entre otras cuestiones, contenía un vasto estudio sociológico sobre la mujer. Allí el autor determinaba la misión de la mitad de la especie humana en la sociedad moderna, el contingente que la mujer aportaba á su desenvolvimiento y los derechos que la concernían por consecuencia de su conformación y de sus aptitudes. Era su conclusión la pareja andrógina como unidad social, sin por ello atribuir un valor equivalente á las dos partes que la constituian. «El hombre, decía, es á la mujer, como 3 es á 2.» La inferioridad de ésta era, por consiguiente, irrefragable.

Forzosamente, la fórmula del célebre escritor debía desagradar á toda una mitad del público. Así, pues, no se hicieron esperar las recriminaciones Artículos periodísticos, folletos, libros enteros, elaborados por autores que se creian lesionados en los derechos imprescriptibles de su sexo, subsiguiéronse desde luego en grande escala. A medida que iban apareciendo, los enviaban á PROUDHON quién, por su parte, tomaba conocimiento de ellos y los guardaba, por órden de fecha, en un legajo consagrado á la causa.

© Biblioteca Nacional de España

Entre los polemistas femeninos mostráronse en primera línea dos escritoras, las señoras J. de H.*** y J. L.***. Esta, sobre todo, dotada de rara elevación de espíritu y notable talento de estilo, emprendió contra el osado agresor una campaña de la que el mismo PROUDHON no fué el último en apreciar el plan, así como la ejecución. Por su parte, la señora J. de H.*** distinguióse por la abundancia de sus producciones.

PROUDHON pensaba en un rechazo ofensivo. ¡Qué era, en efectó, su vida, sino una lengua serie de batallas! Agrupaba sus materiales y afilaba sus armas. Llevando adelante, según su costumbre, varias obras de frente, consagraba la mayor parte de su tiempo á lo más urgente; y luego, en sus horas de descanso, en sus paseos, meditaba las publicaciones que destinaba á lo porvenir. Aquel cerebro ardiente, en perpétua ebullición, no reposaba nunca. Pero como quiera que la memoria de un hombre no habría bastado á retener y clasificar una multitud de argumentos encontrados y adquiridos en el debate, tomaba PROUDHON sus apuntes, jalonaba la vía de sus deducciones, y fijaba sus puntos de mira. Llenábanse los carnets á ojos vistas, y cuartillas de papel, cubiertas de diminutos caractéres, acumulábanse en los legajos.

Llegado el momento asignado á la elaboración definitiva del asunto, extendía PROUDHON ante él su materia primera, y procedía á la tarea. Redactaba con una rapidez de la que no pueden formar

© Biblioteca Nacional de España

concepto los que le conocieron en su vida íntima. Las correcciones venían después, habitualmente en las pruebas de imprenta.

De esta suerte, á fines de su carrera, resolvió cierto día reanudar sus estudios sobre la mujer, y publicar su contestación á los ataques dirigidos contra su doctrina por las señoras J. L.*** y J. de H.***. Llevaba la obra por título: *La Pornocracia.*

Inició valerosamente el polemista la redacción de su manuscrito; pero ya solo,en él, era valiente el pensamiento. El cuerpo doblegábase bajo los rudos asaltos de la enfermedad que debía arrebatar, en breve, á aquel pugilista acérrimo.

La obra sobre la *Pornocracia* alcanzó apenas el tercio de la dimensión proyectada. El resto subsistió en notas. Pero estas notas mismas, aunque trazadas al azar, y en su mayoría bajo forma de aforismos, ofrecen poderosísimo interés. Por su giro y su concentración, recuerdan los *Pensamientos*, ó mejor dicho las *Poesías epigramáticas* de Gœthe. ¿Y aún quién sabe si, hojeando éstas detenidamente, no se encontrarían curiosas similitudes entre las teorías del pensador jurasiano y las incursiones en el órden de las ideas religiosas ó sociales del poeta de Weimar? Entre los aforismos rimados de Gœthe, hay uno, con el título (como diríamos hoy) singularmente subversivo, de CATECISMO. Helo aquí, en su traducción literal:

EL MAESTRO.—Reflexiona, hijo mio. ¿De dón-

© Biblioteca Nacional de España

de vienen todos estos bienes? Tú no puedes haberlos recibido de tí mismo.

El discípulo.—Bueno! Lo he recibido todo de mi papá.

El maestro.—Y tu papá, ¿de quién lo recibió?

El discípulo.—De mi abuelo.

El maestro.—Y tu abuelo ¿de quién lo recibió?

El discípulo.—Lo tomó. (1)

Cabe suponer que si semejante salida hubiese llegado á conocimiento de Proudhon, la habría utilizado para epígrafe de uno de sus primeros Estudios sobre la *Propiedad*.

Dando á luz el presente *Ensayo*, tal como el eminente escritor nos lo ha legado, tenemos la convicción de presentar al público la equivalencia, por así decirlo, de un cuadro magistral, una parte terminada, y la otra en esbozo. Pero el esbozo mismo, de un artista verdadero, excita todavía poderoso interés. Cotejado con la parte acabada, ofrece el espectáculo de la concepción, de la labor y del resultado defininitivo, y, así como lo hubiera definido la antigua Escuela, junto al *opus operatum*, descorre á nuestra vista una punta del velo que cubría el *opus operans*.

C. E.

(1) OBRAS DE GŒTHE.—*Poesías epigramáticas*, precedidas del epígrafe: «Sea el mérito de una producción como ésta, la expresión de un pensamiento profundo.»

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

LA

PORNOCRACIA MODERNA

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

LA

PORNOCRACIA MODERNA

A las señoras J*** L*** y Jenny de H***

MUY SEÑORAS MIAS:

Poseo los tres volúmenes de ustedes y los he leído; pero no sin esfuerzo. Nunca experimenté igual desengaño; nunca más detestable causa fué servida por tan pobres medios. No echo á ustedes en cara sus injurias: las injurias las comprendo cuando nacen de una indignación legítima, y las sufro humildemente como si fueran razones. Pero en los ataques de ustedes ni aún hay sombra de razón; y lo que de parte de ustedes me afecta, es el descoco mismo de la sinrazón.. A la verdad, señoras, no debían ustedes de esperar que contestara yo á ese flujo de palabras;

© Biblioteca Nacional de España

tenían ustedes, ante todo, empeño en desahogar su bílis; lo demás les importaba muy poco. Una doctrina está juzgada cuando produce semejantes fenómenos; por mi parte, sólo tenía que frotarme las manos y dejar á ustedes en su triunfo. ¿Qué más podia yo pedir que el ver á una pretendida antagonista rebajarse por todas cuantas nimiedades la vanidad herida y la cólera pueden amontonar en un cerebro de mujer?

He creído, sin embargo, que no debía dejar hundirse sus dos producciones. Facilmente adivinan ustedes, señoras, que no falta motivo. Y en efecto, trátase de cosa muy distinta que de las declamaciones de ustedes y de mi resentimiento.

Nuestra descomposición social camina á ojos vistas; cuanto más estudio sus síntomas, tanto más descubro que las libertades públicas tienen por base y escudo las costumbres domésticas; que las mismas máximas por las cuales se destruyen los derechos de los pueblos, son las propias con que ustedes y sus corifeos derrocanel órden de las familias; que toda tiranía, en una palabra, se resuelve en prostitución; y que la prostitución, estudiada en su principio, es precisamente lo que ustedes, señoras, llaman, con el Padre Enfantin y sus acólitos: *emancipación de la mujer*, ó *amor libre*.

Ahora bien: ¿será mia la culpa si ustedes figuran, como damas patrocinadoras, en el primer rango de esa pornocracia que desde treinta años acá ha hecho retrogradar, en Francia, el pudor público, y que, á fuerza de equívocos y con ayuda de la corrupción más sutil, ha reclutado por do quiera abogados, filósofos, poetas y devotos? Ustedes atacan todo

© Biblioteca Nacional de España

cuanto yo amo y reverencio, la única de nuestras antiguas instituciones á la cual he conservado respeto, por cuanto en ella veo una encarnación de la justicia. Acepten ustedes, pues, las consecuencias de su papel; aguanten, sin tanta gritería, las calificaciones que su teoría les inflige; en cuanto á mí, llámenme ustedes ogro, Minotauro y Barba Azul; no me quejaré si prueban ustedes, con buenas razones, que me equivoco.

© Biblioteca Nacional de España



© Biblioteca Nacional de España

I

¿Les place á ustedes, señoras, que hablemos con franqueza? Confiesen ustedes que lo que las irrita en mi Estudio (1) no es el perjuicio que mi teoría del matrimonio puede causar á su sexo; de sobras saben ustedes que en este punto nada hay que temer. Por mi parte, dispuesto estoy á confesar que cuando he hablado, con cierta ironía, de las debilidades y miserias de la mujer, pensaba en cosa muy distinta de la más bella mitad del género humano. De ustedes á mí la querella es puramente personal: ni la esposa, ni la madre, ni la hija, ni tampoco el jefe de la comunidad, están en ella interesados. De esto quisiera que desde luego se convenciese toda mujer honrada que lea el presente trabajo.

La cuestión del matrimonio, tal como la he planteado, puede encerrarse en este dilema:

1.° O el hombre y la mujer, considerados en su triple manifestación física, intelectual y moral, son iguales en todas sus facultades; y en este caso, deben ser iguales tambien en la familia, la economía, el gobierno, la magistratura, la guerra: en una palabra, en todas las funciones públicas y domésticas;

2.° O bien son únicamente equivalentes, predominando cada uno en una prerogativa especial: el

(1) Refiérese Proudhon á los Estudios 10.° y 11.° de su libro: *De la Justicia en la Revolución y en la Iglesia.*

© Biblioteca Nacional de España

hombre la fuerza, la mujer la belleza; y en este caso el balance de sus derechos y de sus deberes respectivos debe hacerse de otro modo, pero de modo tal que en resultado haya entre los dos sexos igualdad de bienestar y de honor.

En las dos hipótesis, quedan reconocidos el derecho y la dignidad de la mujer; ésta puede llamarse manumisa, está salvada. No hay un tercer sistema: en buena justicia me deben ustedes elogios por haber sabido reducir una cuestión tan árdua á una alternativa tan sencilla. Sea como fuere, el legislador padre de familia, filósofo, economista ó moralista, está obligado á dar una ecuación; pues, como así lo hago observar, no puede admitirse que la mujer, criatura razonable y moral, compañera del hombre, sea tratada como si su sexo implicara decadencia. ¿Por qué, en lugar de injuriarme, no se han limitado ustedes á levantar acta de mis palabras?

Bien se yo que, á tenor de la preocupación reinante, preocupación que comparten ustedes, la *belleza* parece una cosa de muy exíguo peso, una pura imaginación; una no-realidad; que, cuando yo digo: Sí, el hombre es mas fuerte, pero la mujer es más bella, parece que hago una broma de mala ley. A juicio de ustedes es como si yo colocara en la cabeza del hombre el signo positivo, y en la de la mujer el signo negativo. — ¿ La belleza , dicen: qué es? ¿Cuánto vale en el gobierno, en la familia, ó en el mercado?... Así raciocina el vulgo que no admite otras realidades que las que se miden al peso y al litro; y así raciocinan ustedes, señoras, porque, con su soberbia, mucho falta aún para que se hallen ustedes tan emancipadas como dicen.

© Biblioteca Nacional de España

Pues bien, ¡no! la belleza no es un amonada; y sobre este punto me permitirán ustedes decir que los hombres son jueces más competentes que las mujeres. La belleza,—no olvidemos que hablo de la belleza como de la fuerza, en todos los puntos de vista físico, intelectual y moral,—no es una nonada, es el correlativo de la fuerza, una potencia, una virtud, un no sé qué del cual mas fácil es mostrar la accion que definir la esencia, pero algo que no es nada, puesto que lo que obra y sirve de correlativo á la fuerza y á la substancia, no puede ser nada. He intentado, en un Estudio especial, explicar la misión de lo ideal en el movimiento humanitario; he creído reconocer, en él, esa *gracia premoviente* por la que los teólogos explican todas las virtudes y todos los progresos de la humanidad; he dicho que, sin esa potencia de idelización, el hombre, sin cuidado por su dignidad, quedaría sordo á las solicitaciones de su conciencia; y cuando, mas adelante, en otro Estudio, he hecho á la mujer representación viva de este ideal, no hice más que hacer mas concreto un pensamiento perdido hasta entonces en las abstracciones de los teólogos y de los filósofos, ¡Ah! si al venerable Padre Enfantín se le hubiere ocurrido semejante idea; si hubiese dicho que la belleza, en la mujer, es mas eficaz, más creatriz, que la fuerza en su compañero, en atención á que la belleza, generalmente, guía la fuerza, ¡qué de aplausos, qué de ramilletes, qué de besos!...

Ahora bien, señoras, es posible que yo me equivoque. Posible es que el ideal, que la mujer y su belleza no tengan, en la sociedad humana, la importancia que les atribuyo. Hasta es posible que, al declarar yo, con la casi universalidad de mis semejantes, á la mujer

© Biblioteca Nacional de España

más bella que el hombre, haya dado sencillamente una prueba de mal gusto; posible es, digo, que las mujeres, cuya figura nos seduce, sean realmente feas, tanto mas feas cuanto tienen el privilegio de hacerse horribles queriendo parecerse á los hombres. ¿Había para ustedes, en este inofensivo error, el menor motivo de enojo? ¿Qué daño hacía esto á ustedes y á su causa? Por lo menos, me debían ustedes cuenta de mi buena intención, ya que en conclusión, realizando, por decirlo así, en la persona de la mujer, la eternal y celeste belleza, añadía yo al activo de su sexo un valor enorme. Singulares abogadas que se lamentan de que sus contradictores les suministren sus medios decisivos, sus títulos mas sólidos; que se ¡quejan de lo que, por el contrario, deberían felicitarse!

Admitido lo dicho, héme preguntado: ¿Qué es el matrimonio?—La unión de la fuerza y de la belleza, unión tan indisoluble como la de la fuerza y de la materia, cuyo divorcio indica la destrucción de ambas. En esto precisamente difiere el matrimonio de la sociedad civil y comercial, esencialmente resoluble y cuyo objeto es el lucro. La fuerza y la belleza se unen en concepto gratuito: no se pagan recíprocamente aquella en servicios y ésta en favores; no hay conmensuración posible entre los frutos del trabajo y los dones de lo ideal. El matrimonio, en la pureza de su idea, es un pacto de abnegación absoluta. El placer solo figura en él en orden secundario: todo cambio de las riquezas que produce el hombre contra los goces que procura la mujer, todo comercio de voluptuosidad es concubinato, por no decir prostitución mútua. Así es como el matrimonio viene á

© Biblioteca Nacional de España

ser para los esposos un culto de la conciencia, y para la sociedad el órgano mismo de la justicia. Un matrimonio santo, si no hace á los esposos impecables excluye de su parte, ante los extraños, todo crimen y felonia; mientras que el concubinato, sea la unión del hombre y de la mujer, secreta ó solemne, pero formada solamente en vista del placer, bien que excusable en ciertos casos, es el punto de parada habitual de los parásitos, de los ladrones, de los falsarios y de los asesinos»

¡Ah, señoras! ya sé cuán severa les parece esta moral á ustedes, que desprecian la fuerza y aún más la belleza, y para quienes placer y riqueza son, en suma el verdadero contrato social, la verdadera religión. Confiesen ustedes, sin embargo, que en las condiciones de trabajo y de frugalidad que la índole misma de las cosas impone á nuestra especie, si queremos formar matrimonios sólidos, una sociedad virtuosa, esta teoria de la abnegacion vale mas, que sus epicúreas máximas. En todo caso, no pueden ustedes decir que he causado perjuicio á la mujer, el sér mas debil segun yo entiendo; por cuanto he aquí, poco mas ó menos como la he tratado.

Por lo que respecta á la familia, la economia de la existencia se divide en dos partes principales: *producción y consumo.*

La primera es, de mucho, la mas ruda; la he señalado como atributo del hombre; la segunda es más fácil, más plácida; la he reservado á la mujer. El hombre labra, siembra, cosecha y muele el trigo; la mujer hace cocer el pan y las tortas. Toda su vida, en lo que al trabajo concierne, puede resumirse en este símbolo: poco importa de qué manera, en lo porvenir, po-

© Biblioteca Nacional de España

drá el trabajo dividirse, organizarse y repartirse; en último análisis, todas las operaciones viriles y femeninas son respectivas despendencias del arado ó del puchero. ¿Sabian decirme ustedes en qué es injusta esta partición?... Pero, puesta la mesa y servida la comida, ¿le he dicho á la mujer que se siente en un rincón; que espere, para comer, á que su señor y dueño le haga una seña, que se contente con pan moreno, duro, mientras aquel coma pan blanco y tierno? Muy lejos de ello, enseño à los maridos que todo cuanto hay de mejor en la casa debe ser siempre para la mujer y los hijos, y que su goce, para èl, debe componerse sobre todo del de ellos. Sin duda he omitido no pocas cosas; no ignoro, por habérmelo dicho en reiteradas ocasiones, qne soy poco gracioso y amable; pero, en fin, ustedes confesarán que éstas no son maneras de un egoista, de un explotador, de un tirano. Si pretenden ustedes servir á la dicha de las mugeres, cuéntenme en el número de sus partidarios.

He dicho, despues de Aug. Comte, y mejor que él, que la mujer, encarnación de lo ideal, parece de una naturaleza superior al hombre, quien no tiene para sí casi más que la fuerza; que si él procura la utilidad, ella sola dá la felicidad; que por tal motivo, ella debe ser, en lo posible, manumitida de toda obra utilitaria, sobre todo del trabajo rudo y repugnante. He hecho de la monogamia la ley fundamental de la pareja andrógina, he desterrado el divorcio, he dicho que, en un matrimonio verdaderamente digno, el amor debia subordinarse á la conciencia, en tal grado, que en verdaderos esposos la buena conciencia podía y debia hacer las veces de amor;

© Biblioteca Nacional de España

y todo ello ¿en beneficio de quién? Evidentemente en beneficio de la mujer, de aquel de los cónyuges que reina, sobre todo, por la belleza y que, por consiguiente, se halla más expuesto á decaer.

En cuanto á los asuntos del extrerior, no he querido ni quiero para la mujer (y por las mismas consideraciones) la guerra, porque la guerra sienta tan mal á la belleza, como la servidumbre.

Ni quiero política, porque política, es guerra.

Ni funciones jurídicas, policíacas, ó gubernamentales, porque todo ello es guerra.

Digo que el reinado de la mujer está en la familia; que la esfera de su irradacción es el domicilio conyugal; que de esta suerte el hombre, en quien la mujer debe amar no la belleza, sino la fuerza, desenvolverá su dignidad, su individualidad, su caracter, su heroismo y su justicia, y que al objeto de hacer á este hombre más y más valiente y justo ,y á su mujer, por consiguiente, más y más reina, ataco la centralización, el funcionarisimo, el feudalismo financiero, la exorbitancia gubernamental y la permanencia del estado de guerra. Por ello, desde el mes de Octubre de 1848, protesté contra el restablecimiento del Imperio, por considerarlo como una prostitución nacional, y no he cesado de reclamar reformas económicas que, haciendo menos fecuentes y menos intensosel pauperismo, la rebelión y el crímen,. reducirian progresivamente elnúmero y la duración de las magistraturas y volverían poco á poco el órden social á la libertad pura y simple, es decir: á la restauración completa de la familia y á la glorificación de la mujer.

Con toda la energía de que soy capaz he censurado la seducción, el adulterio, el incesto, el estupro,

© Biblioteca Nacional de España

la violación, la prostitución, todos los crímenes y delitos contra el matrimonio y la familia, debí decir: contra la mujer. Los he denunciado como los signos y los instrumentos del despotismo: en lo cual me atrevo á lisonjearme de que mi palabra no debia ser sospechosa para ustedes. Si, en cierta medida, y según las autoridades más graves, he execusado el concubinato, ha sido todavía en interés de las mujeres. Ninguna duda me cabe de que á otro le hubiera sido posible decir mejor que yo; pero, en fin, he hablado según mis débiles medios, y si miro en torno á mí, si me remonto á lo pasado, no veo un autor, ni uno tan siquiera, que haya tomado más á pecho la causa del sexo de ustedes. ¿Por qué, pues, ese diluvio de epítetos ofensivos: que soy un rústico, un asno, un cobarde? ¡Ah, señoras! si el derecho de las mujeres fuese la única cosa que las interesara, he aquí todo cuanto debían decirme ustedes: «Señor Proudhon, usted es, hasta la hora presente, el primero de nuestros defensores, y nos regocijamos de sus excelentes disposiciones. La condición que asigna usted á nuestro sexo no es de desdeñar, y este pasar nos garantizaría al menos una existencia sorteable. Pero, permita usted que se lo digamos: en lo que atañe á la mujer, no ha pasado usted aún del grado de bachiller; usted no ha visto de sus esplendores sino un debil rayo, y como lo ha dicho un artista amigo de usted, *usted no entiende jota en amor*. Usted nos cree débiles de cuerpo, pobres de genio, tímidas de corazón, y en consideración á lo que usted place llamar nuestra belleza y que á nosotras sólo nos inspira mediocre estimación, se cree usted obligado á consagrarse á nuestra felicidad. ¡Generoso, pero deplora-

© Biblioteca Nacional de España

ble error! Nosotras poseemos, sépalo usted, ó al ménos podemos adquirir, en igual grado que ustedes, (y sin que ello cercene nada á nuestros atractivos), la fuerza física. Y aún cuando no la adquisiésemos, ¿qué importa? ¡Si no la necesitamos! El toro es más poderoso que el hombre, ¿y esto prueba que entre en comparación con él?... En cuánto á las cualidades del alma, las únicas que conviene tomar en cuenta, el genio, la prudencia, la dignidad, el valor, al decirle á usted que no nos faltan más que á ustedes, no pecaremos de inmodestas. ¡Ah, desventurado razonador! Si, por lo poco que ha penetrado usted la naturaleza de la mujer, le desea tanto bien: ¿qué será cuando haya recibido usted su revelación completa? Deje usted, pues, que le instruyamos y cuente usted con nuestra gratitud. Su espíritu de usted no ha visto, su corazón jamás ha conocido con cuán inmensa voluptuosidad puede una mujer libre colmar á un mortal. Positivamente hay en usted la tela de un ferviente adorador de la mujer, de un fiel paladin de la Reina del cielo. Sólo se trata de quitarle á usted esa mancha que obscurece su pupila, para convertirle en el san Pablo de la revolución de la mujer, la más grande y la postrera de todas las revoluciones.»

Este lenguaje era el único que tenían ustedes derecho á usar conmigo, ya que ni una, ni otra de ustedes estaba nombrada en mi libro, y que, hablando en nombre de todas sus hermanas, sólo tenían que apoderarse del bello papel que les señalaba, sin mezclar en ello nada de sus personas. Quién sabe si, tras de esto, viniendo la recompensa prometida en auxilio de mi imbecilidad, no hubiera acabado yo por reco-

© Biblioteca Nacional de España

nocer que mi balance del *debe* y del *haber* de la mujer era inexacto; que igual al hombre en potencia, posee además la belleza; que así, su superioridad es completa; que, relativamente á ustedes, nosotros somos seres decaídos; y, digámoslo en una palabra, que la mujer, muy léjos de haber causado por su curiosidad indiscreta la pérdida del género humano, como dice el Génesis, fué dada al hombre como redentora y ángel guardián?

Confiesen ustedes, señoras, que serían ustedes muy pobres abogados. Bastaría una palabra de doble sentido para sacarlas de sus casillas, y á menos que usaran ustedes con sus jueces otra dialéctica, harían cortar el cuello á todos sus clientes. Esta causa de la mujer, que se han metido ustedes á defender, la venden ustedes, la deshonran á cada línea. Como ello estriba precisamente en la diferencia de prerrogativa que he creído notar, despues de tantos y tantos, entre los dos sexos, y que ustedes niegan sin prueba alguna, con el más increible aplomo, encontrarán ustedes lo más natural del mundo que ahí las retenga. Ahí está el punto capital de la cuestión.

© Biblioteca Nacional de España

II

Paralelo del hombre y de la mujer

No hay potencia sin belleza, y recíprocamete, belleza sin potencia, como tampoco existe materia sin forma. ó forma sin materia: por ello se dice: una *belleza masculina* y una *mujer fuerte;* por ello la mujer tiene su parte en la producción doméstica, asi como el hombre tiene la suya en el arte de bien vivir, que no es otro que la familia misma.

Pero la potencia y la belleza, aunque también íntimamente unidas por la materia y la forma, no son una sola y misma cosa; su naturaleza no es idéntica, y todavía lo es menos su acción. Ningún esfuerzo del pensamiento lograría reducirlas á una expresión común. Esto hace que, fuera de la sexualidad orgánica, exista una diferencia que todo el mundo siente y que la razón proclama irreductible entre el hombre y la mujer.

Pero, esta diferencia ¿no sería ilusoria? ¿Hay que no ver en ella, como ustedes, señoras, pretenden, sinó un efecto de la educación y del hábito, en grado tal que pueda esperarse, por un cambio de régimen, hacerla desaparecer y no dejar subsistir entre los dos sexos otra diferencia que la del aparato generador?

© Biblioteca Nacional de España

En otros términos: el sistema de relaciones entre el hombre y la mujer, que he procurado establecer sobre la *equivalencia* de sus atributos, ¿debe fundarse, por el contrario, sobre la IGUALDAD y la IDENTIDAD de estos mismos atributos? Toda la contienda estriba aquí.

Notemos que de la ley de los sexos dependerá la de la familia, y por consiguiente, el órden de la sociedad, la constitución de la humanidad entera.

He dicho que los hechos confirmaban lo que la primera noción revela á todo individuo de buena fé, á saber: Que el hombre es más fuerte, pero menos bello; y la mujer más bella, pero menos vigorosa. Aquí de los sarcasmos de ustedes, señoras. Ustedes niegan los hechos porque, contrariamente á mi propia tésis, imaginan que los cito con dañada intención. Llegas ustedes á decir que no he producido hechos; más aún, que los hechos abogan por ustedes. La mujer sorprendida en adulterio niega siempre; si hubiésemos de creerla, todavía su marido debería quedarle agradecido. Recordemos pues, aunque solo sea sumariamente, los hechos, y de tal manera que ya no pasen más en silencio.

Facultades físicas.—Tomen ustedes al azar, en las diferentes clases y condiciones de la sociedad, dos jóvenes, un campesino y una campesina, un obrero y una obrera, un doncel y una damisela; tomen, en otros grados de la escala, un hombre hecho y una mujer, un anciano y una anciana, ó bien un adolescente y una adolescente, un niño y una niña, y háganles luchar. Es un experimento que cada cual puede hacer por sí mismo, y que yo hice cien veces en los tiempos en que era pastor. Podrá ocurrir á

© Biblioteca Nacional de España

veces, que la suerte designe para la lucha un mozo débil y una moza muy fuerte, quien en tal caso alcanzaría la victoria. Pero de las cien veces las noventa verán ustedes vencedor al varón. Hé aquí un hecho. En cambio, encontrarán ustedes igual número de veces más bella la mujer, que el hombre. Este segundo hecho es la inversa del primero.

¿Fué la naturaleza sola quién estableció entre ellos esta diferencia? Fácil es juzgarlo: los ojos bastan: Compárese el Hércules Farnesio, el Gladiador, el Aquiles ó el Teseo, con la Vénus de Milo, la Vénus de Médicis, la Diana Cazadora; ¿por ventura aquellos no están organizados para la fuerza, y para la belleza éstas? Hágase comparecer, como en Esparta, en la arena, toda la juventud, toda la población: el efecto sería igual. Tal es el hecho, hecho que se repetirá, tantas veces, ó poco menos, cuantas parejas se hayan formado.

Quizá la causa esté en el régimen, dirán ustedes. Vamos á verlo. Hasta la época de la pubertad, la diferencia entre niños y niñas es poca: Fourier los llamaba el *sexo neutro*. También su régimen, es, á corta diferencia, el mismo: si alguna diferencia hay es en previsión de lo que la niña ha de ser inevitablemente. Así, al mismo tiempo que los adolescentes, que los niños de uno y otro sexo se aproximan más en cuanto á fuerza, se alejan ménos en cuanto á belleza: de ahí, en parte, aquel amor griego sobre el cual, señoras, no necesito explicarme con ustedes. De pronto, en uno y en otro individuo, la fisonomía cambia: las formas se hacen más angulosas en uno, y más redondeadas en otro; el desarrollo de las caderas y del seno, al dar el últi-

© Biblioteca Nacional de España

mo rasgo á la belleza de la mujer, le quita, á la vez, la agilidad. Los antiguos poetas hicieron de Atalanta, de Camila, mujeres lijerísimas en la carrera: pura ficción! La rapidéz de la mujer es cosa imposible; proporcionalmente lleva en sí mas peso muerto, que el hombre. Vuelvan ustedes á leer en el *Emilio* la descripción de la justa entre Emilia y Sofía; verán cuán rara figura hace una mujer disputando á un hombre el premio de la carrera. Vuelvan á leer, en el poema de Quinto de Esmirna, el combate de Aquiles y de Pentesilea, la reina de las Amazonas, y verán la enorme diferencia que hay, aún en el punto de vista de lo maravilloso épico, entre un héroe y una heroina. Si Camila, Atalanta, la misma Diana, tenían los pies tan ligeros como dicen los poetas, es porque no eran lindas: en ellas el centro de gravedad debía estar, como en el hombre, situado en el pecho; tenían la pierna flaca, la cadera vacía y el pecho raso.

¿Quieren ustedes más? En América no se emplea á las mujeres en las labores del campo, y, segun la relación de todos los viajeros, gozan de mejor salud y son más bellas. En el Franco-Condado, en Borgoña, donde las campesinas trabajan á modo de bestias de carga, son viejas y feas á los treinta años, mientras los hombres que, sin embargo, se reservan lo más rudo de la tarea, están todavía rollizos á los cincuenta. Sobre todo lo dicho, consulten ustedes á los fisiólogos y los hallarán acordes con los pintores y estatuarios.

¿Han visto ustedes desfilar un regimiento en día de parada, con sus cantineras al frente, vistiendo el uniforme? Nada más bello, por lo general, que una

© Biblioteca Nacional de España

compañía de hombres dispuestos en órden de batalla; pero un «algo» se destaca formando una mancha: la cantinera. Esa mujer, con pantalones, andando al paso de la tropa, que atrae la mirada desde luego, porque es mujer y lleva un traje vistoso, carece de gracia, en resumidas cuentas. La mujer que corre mal es tambien un mal peatón. Lo que le conviene es la danza, el walz, donde se vé arrebatada por su pareja, ó bien aún el paso lento y solemne de las procesiones. Estos son hechos, creo yo, y podría variarlos y multiplicarlos hasta lo infinito. ¿Los he inventado acaso, ó hallan ustedes que carecen de significación? Por lo demás, ustedes no niegan, de un modo positivo, la superioridad de la fuerza física en el sexo masculino, si bien les repugna reconocerla. La dejan ustedes en el tintero, como si no valiese la pena. La fuerza, piensan ustedes ¿y eso, qué prueba?...

¿Qué prueba eso, señoras? Que en virtud de las combinaciones de la naturaleza, hay una diferencia radical entre las funciones y los destinos, tanto sociales como domésticos, del hombre y de la mujer: en aquél, más movimiento, energía y actividad; en ésta, un ejercicio más dulce, una vida más sedentaria, donde los atractivos de la persona se despliegan sin trabas y producen su efecto todo. La opinión del género humano se conforma con esta ley de la naturaleza: el epiteto de *marimacho* con que se designa á las criaturas ambiguas, de formas viriles, de temperamento soldadesco, no se toma en buena parte: se le sospechan feas aficiones. Las calificaciones de *andorra* y de *emancipada,* en virtud de esa misma analogía del físico y de lo moral, son todavía

© Biblioteca Nacional de España

peores. Y las mujeres en masa se adhieren á esta opinión, salvo un pequeño núcleo del que M. Enfantin no ha logrado aún encontrar una muestra presentable. En el orígen de las cosas, y sin salir del órden físico, la naturaleza y la conciencia universal han condenado la Iglesia de ustedes, tachándola de infamia. ¿No es un hecho?

Facultades intelectuales. — He dicho que si el hombre tenía más potencia nerviosa y muscular que la mujer, en virtud de la unidad del sér, de la solidaridad y de la armonía de las facultades, debía tener también mayor potencia intelectual. Pero, por la misma razón, debía añadir y he añadido, que la inteligencia en la mujer debía distinguirse, como el cuerpo, por cualidades especiales, formando complemento y contra-peso á las del hombre. Nada más lógico, ni más equitativo á la vez, nada menos amenazador contra el derecho de las mujeres que esa inducción de lo físico á lo intelectual, que, sin embargo, convenía apoyar con hechos.

Hechos he citado á ustedes de toda índole, pero como les ha placido á ustedes no ver en ellos sino sarcasmos dirigidos á ustedes personalmente, los han declarado como de ningún valor. Preciso es no obstante, señoras, que partamos de un principio, si quequeremos que el público que nos lea nos entienda. ¿Se trata de ustédes ó de su sexo? Evidentemente, trátase de su sexo, en cuyo nombre protestan ustedes, proclamándolo tiranizado, degradado por el mio. Dejemos, pues, á un lado, lo que pueda desagradar particularmente á ustedes en la información: ó bien ustedes serán salvas con todas las mujeres, lo cual significa que abjurarán sus máximas, ó bien serán

© Biblioteca Nacional de España

censuradas ustedes solas. Tranquilícense ustedes, no habrá confusión, ni injusticia.

¡Hechos! he citado á ustedes, de una vez, los SESENTA MIL privilegios de invención y perfeccionamiento obtenidos por hombres, en Francia, desde el año 1791, contra *media docena* obtenidos por mujeres para *artículos de modas!*

¡Hechos! citaré tambien á ustedes la *Biografía universal:* sumen ustedes los individuos de cada uno de los sexos que se han distinguido en filosofía, derecho, ciencias, poesía y arte, en una palabra, en todos los ejercicios del espíritu; me atengo al resultado que obtengan. Tras de los hechos en bruto ¿quieren ustedes testimonios, que son hechos también? Les he citado los sabios de la antigüedad y de los tiempos modernos, los poetas, los teólogos, los concilios, abstracción hecha, se entiende, de los términos injuriosos con que demasiado á menudo se expresa la razón masculina tocante á la mujer. Todo cuanto sobre el particular se ha dicho, se reduce á estas palabras de Lamennais:

«Nunca he encontrado mujer alguna que se hallara en estado de seguir un raciocinio durante medio cuarto de hora. *Tienen las mujeres cualidades de que carecemos*, cualidades de *un atractivo particular, indecible;* pero, en asuntos de razón, de lógica, de potencia para enlazar las ideas, encadenar los principios y las consecuencias y percibir sus relaciones, la mujer, aún la más superior, raras veces llega á la altura de un hombre de mediana capacidad. La educación puede influir algo en ello, pero el fondo de la diferencia está en la de las naturalezas.» Y concluye: «La mujer es una mariposa ligera, gracio-

© Biblioteca Nacional de España

sa, brillante, á la que unos caracoles filósofos han propuesto que se convierta en oruga.» ¿Quieren ustedes confidencias, que son también hechos? Les he citado las palabras de las señoras Sand, D. Stern, Necker de Saussure, Guizot, las más célebres de nuestra época, las más favorables á la teoría de la igualdad. Todas, con despecho más ó menos encubierto, pero muy inoportuno, hablan como Hégel y Lamennais. Es el sexo todo, confesándose por boca de sus representantes más capaces á la vez, que más adictos, y reconociendo su debilidad. ¿Cabe hecho más abrumador?

¿Quieren ustedes experimentos? El experimento, en filosofía, no es otra cosa que el arte de sorprender *in fraganti* á la naturaleza. Hè comparado las producciones literarias de las mujeres con las de los hombres, y todo el que ha estudiado los procedimientos del arte oratoria y la manera como se fabrica hoy la mayoría de libros y de novelas puede repetir, á saciedad, la misma comparación. ¿En ella no resulta, acaso, que en la mujer-autor, los escritos proceden mucho más de la facultad expresiva ó habladora, que de la facultad pensante? ¿Acaso no las hemos hallado á todas más ó menos atacados de una especie de ninfomanía intelectual que, á través de un diluvio de palabras, les hace afectar las fórmulas viriles y las lleva sin cesar á una idea fija: el amor, es decir, á la cosa que ustedes llaman su *emancipación*?

¿Quieren ustedes, ahora, que nos remontemos á mayor altura que los hechos, y lleguemos á las causas? Interroguen ustedes á la frenología. La frenología les dice que el cerebro de la mujer no está constituído de la misma manera, que el del hombre.

© Biblioteca Nacional de España

En efecto, las divisiones cerebrales que corresponden, en cuanto puede asegurarse por millares de observaciones, á las facultades potentes del espíritu, la causalidad, la comparación, la generalización, la idealización, perfeccionamiento ó progreso, así como los instintos polémicos y guerreros, de mando, de firmeza, de personalidad, tienen mayor desarrollo en el hombre, y menor desarrollo en la mujer. Por la inversa, y como si la naturaleza, no contenta con esta superioridad de potencia otorgada al sexo masculino, hubiese querido prevenir toda insurrección de parte del sexo debil, dotó á este, predominantemente, con la veneración, la subordinación, la adhesión, la residencia, la circunspección, la necesidad de aprobación y de alabanza, facultades todas que revelan la desconfianza que la mejer tiene de sus medios, y finalmente una especie de espíritu intuitivo y adivinatorio que, en la mujer, hace las veces de raciocinio y de convicción. Y como si esto no bastara aún para la paz doméstica, el órden de las sociedades y el destino final del género humano, la masa total del cerebro es más pequeña en la mujer, en la proporción media de 3 libras 4 onzas contra 3 libras 8 onzas. Ahora bien, como dice Broussais, dada igualdad de cosas, hay más potencia allí donde hay más cantidad; y la objeción que quisiera deducirse, contra la frenología, del cerebro del elefante ó del de la ballena, cae por sí propia, puesto que el cerebro de los irracionales no está organizado como el del hombre, ni responde á las mismas necesidades, ni á facultades tan numerosas: en una palabra, porque entre aquellos y éste todas las cosas no son iguales y homólogas. ¿Acusarán ustedes indistinta-

© Biblioteca Nacional de España

mente de falsedad todas las proposiones de la frenología?

Estos hechos, con excepción de los de la quinta categoría, relativa á la comparación de las obras literarias, me he limitado á indicarlos en masa, no creyéndome obligado á deducir de otra suerte verdades caídas en dominio público. De ello han tomado ustedes pretexto para decir que yo no había citado hecho alguno. Así raciocina la mujer cuando la pasión la domina, la mujer emancipada de toda fé como de toda buena fé. Ni vé, ni oye: como la famosa Scylla de la mitología: chilla, ladra. Destruyan ustedes, pues, la estadística del comercio, destruyan la biografía universal, destruyan el testimonio de los teólogos, de los filósofos, de los poetas, de los moralistas, destruyan la confesión de sus jefes de línea, destruyan esa crítica literaria que las coloca en su lugar; destruyan la frenología, y cuando hayan destruído ustedes todo eso, podrán decir que no he aducido hechos.

En cuanto á mí que, persiguiendo con implacable dardo esa podredumbre san-simoniana, no tenía empeño en rehacer la sátira de Boileau sobre las mujeres, he concluído de la exposición de esos hechos, como lo hiciera ántes á propósito de la desigualdad de las fuerzas, que la potencia intelectual del hombre debia tener por correlativo en la mujer una cualidad de otro género, cualidad de aplicación, de simplificación, de vulgarización, cualidad que por lo tanto debía dar al espíritu femenino, en atractivo, lo que en profundidad tiene el del hombre. He razonado de la nutrición espiritual, como de la nutrición corporal. No basta un

© Biblioteca Nacional de España

cerebro que la produzca; preciso es otro que la prepare. De ello tenemos un bello ejemplo en mistress Mary Somerville quien, en 1831, á ruego de lord Brougham, tradujo, para la Sociedad de la difusión de los conocimientos útiles, la *Mecánica celeste,* de Laplace, «el álgebra en lenguaje ordinario», obra hecha para la posteridad, decía John Herschell refiriéndose á dicha traducción. Verdaderamente, mistress Somerville podía pasar, en su género, por un fenómeno, lo cual no la impidió ser la mejor mujer de su casa: traducía de Laplace «el álgebra en lengua vulgar», á ratos perdidos, como otra hubiera bordado un tapiz. Por otra parte, conocía que si muy pocos hombres habrían sido capaces de semejante tarea, en cambio ninguna mujer hubiera suplido á Laplace ó á Newton.

«Mucho es haber sabido vencer, decía Napoleón, pero la cuestión magna es saber usar de la victoria». Pues bien, la mujer es quien usa de la victoria del hombre, y quien saca partido de sus conquistas. Para él, el trabajo de la producción económica y filosófica; para ella, el arte de gozarla. El hombre, solo, no sabe usar; lo que adquiere con la fuerza se vá, sin la mujer, en disipación. ¿En qué es menos digna que la otra, cualquiera de estas atribuciones?

Ejercite el hombre, cuanto quiera, su cuerpo y su espíritu, amontone descubrimiento sobre descubrimiento, creación sobre creación, obra maestra sobre obra maestra; no logrará, sea cual fuere su desenvolvimiento, cambiar su naturaleza, ni disfrazar su carácter. La fuerza quedará siendo su atributo esencial; no se trocará en lindo palmito, en cuanto

© Biblioteca Nacional de España

al cuerpo, ni en silfo, tocante á la inteligencia: y mucho ménos, cuánto más haya trabajado su cuerpo y su espíritu.

De igual suerte, aguze la mujer cuanto quiera su entendimiento con las ideas del hombre, multiplique con él sus conocimientos, penetre á veces en el fondo de sus especulaciones; jamás llegará á ser un *espíritu fuerte*, (restablezco el vocablo en su acepción puramente viril y filosófica); no hará sino crecer en atractivos, y tanto más, cuánto más haya aprendido. La naturaleza, como he dicho, la encadenó, en su desenvolvimiento mismo, á la belleza: es, por decirlo así, su estado.

Toda desviación del sér engendra enfermedad ó deformidad. El mancebo que afecta las gracias femeninas es tan asqueroso como el negro de faz de gorilla; la mujer que usa patillas y bigote es quizá más repugnante aún. Por ello la pretendida sabia que dogmatiza, que perora, que borronea papel, la mujer que repite á cada paso, como usted, como la señora Jenny de H***, *profeso*, *afirmo*, *enseño*, *expongo*, *admito*, *niego*, *he escrito*, *declaro*; la que se enjareta unas barbas filosóficas, traduce la metafísica en jerga y se inmiscuye en *refutar* teorías que no comprende y sin embargo plagia, como usted, señora J*** L***, esa mujer decae y se vuelve fea. Porque hay una fealdad del espíritu cien veces peor que la del cuerpo; y es la que ha representado Moliére, con aplauso de todos los siglos en su inmortal comedia: *Les Femmes savantes*. Léanla ustedes de nuevo, señoras: jactarse puede de haber dado un gran paso en la sabiduría la mujer que se penetre de la filosofía de *Les Femmes savantes*.

© Biblioteca Nacional de España

Facultades morales.—He razonado de las facultades morales, exactamente como razonára de las intelectuales. si hay en el hombre mayor fuerza de temperamento y de inteligencia, en virtud de la unidad constitutiva del sér, de las leyes de armonía y de proporción, debe haber tambíén mayor fuerza de conciencia. Por idéntico motivo, el mismo fenómeno que hemos observado ya dos veces, debe reproducirse tambien ahora; si permitido está, en el órden moral, como en el órden físico é intelectual, establecer una diferencia entre la energía y la belleza, la mujer debe distinguirse del hombre por algo especial que restablezca entre ella y él el equilibrio de dignidad. Por manera que el hombre, despues de haber servido de iniciador à la mujer, lo mismo tocante al derecho que tocante á la idea, recibe de ella una impresión que redobla su celo por la verdad y la justicia. He dicho todas estas cosas; ustedes las han leído: nunca balance alguno fué establecido con más escrupuloso cuidado. ¿Qué me reprochan ustedes, pues? He establecido, como mejor supe, la verdad de esta proposición: Si el hombre, expresión de la potencia, es á la mujer como 27 es á 8; la mujer, expresión de lo ideal, es al hombre también como 27 á 8. Ustedes, señoras, que afirman, que proponen, que enseñan tantas cosas ¿admiten ó niegan la equivalencia de los sexos? Porque, á la verdad, cuánto más se las lee, tanto menos se comprende lo que quieren.

Cierto es que, aqui como allí, la cuestión está en saber si la belleza no es cosa vana y quimérica, de pura apariencia, sino cosa positiva, que tiene su misión, su influencia grandísima y su inestimable

© Biblioteca Nacional de España

precio? Y como ustedes no creen en lo que yo llamaré «la existencia de la belleza», profesando en ello, y no sin causa, una doctrina contraria á la de los más grandes filósofos, de los más grandes poetas, de los más grandes teólogos; como ustedes son, en cuestión de ideal, verdaderas ateas, se han dicho ustedes que si la mujer no tiene para contrabalancear á su esposo, más que su belleza, la belleza de su cuerpo, de su alma y de su espíritu, se acabó para ella todo:

La mujer es un esclava y solo le toca obedecer.

De esta guisa han tomado ustedes el partido de negar (si á esto negar se llama) todos los hechos fisiológicos, psicológicos, económicos y sociales que yo había presentado en apoyo de mi teoría del matrimonio, como esas mujeres que, obstinadas en el juego y viendo que han perdido, toman la resolución de embrollar las cartas.

Toda virtud es una irradiación de la justicia.

La justicia tiene su punto de partida en el sentimiento de la dignidad, el cual, naturalmente, es tanto más enérgico, cuánto el sujeto se halla dotado de más valor en inteligencia, talento y fuerza. Así, el león es el más fiero y más valeroso de los animales, no solo porque es el más fuerte, sino porque posee en el más alto grado la conciencia de su fuerza.

Apliquemos á la humanidad este principio, común á todos los seres vivientes y que constituye ya un primer hecho.

En el hombre, la personalidad es más enérgica; tiene más orgullo, más valentía, más independen-

© Biblioteca Nacional de España

cia; el pundonor es más susceptible; la ambición, el espíritu de dominación, el instinto de mando son más fuertes: es uno de los reproches que nos dirijen ustedes.—La mujer, por el contrario, es más tímida, siendo de notar que esta timidéz no le sienta mal, ni se avergüenza de ella: está en su naturaleza cuando se muestra miedosa y tímida. Posee, como dicen, el dón de las lágrimas, que la hace conmovedora como la cierva, pero que no se encontraría en el león ó el toro, y raras veces en el hombre. Es más dócil, más dispuesta á la obediencia y á la resignación; afecta mucho ménos el imperio, contenta con reinar, como una hada, por el encanto de su figura y la virtud de su varita. Este hecho, ustedes no lo niegan, como tampoco el otro, ya que, sobretodo en razón á este hecho, se indignan ustedes contra las mujeres, sus hermanas, tratándolas de *bestias* y de *cobardes*.

La energía moral del hombre ha establecido la costumbre del duelo, desconocido del otro sexo: ¿qué dicen ustedes en este hecho?

Por un efecto de este mismo principio ha sido organizada la guerra entre las naciones y considerada como una de las formas de la justicia: forma terrible que (tal es mi convicciòn y mi esperanza) debe caer poco á poco en desuso, pero que no por ello es menos esencial á la constitución de la humanidad y á la manifestación del derecho. Pero, cosas son estas que sobrepujan á su naturaleza de mujer, y que no podrian comprender ustedes.

Reclaman ustedes para la mujer, como para el hombre, las funciones de judicatura. Sepan ustedes, de una vez, que toda judicatura es un des-

© Biblioteca Nacional de España

membramiento de la autoridad militar, así como toda legislación es una deducción del derecho de la fuerza. Reclamen tambien, pues, para las mozas como por los mozos, el privilegio de la quinta. Ni siquiera se hallan ustedes en estado de prestar una guardia.

Pero, precisamente porque la mujer tiene menos energía moral que el hombre, aporta á su justicia un temperamento indispensable, sin el cual nuestro estado jurídico en nada se distinguiría del estado de guerra: este temperamento son las ideas de clemencia, de tolerancia, de perdón, de gracia, de reconciliación y de misericordia que por do quiera se mezclan con esa idea de justicia. El hombre se inclina más á hacer que prevalezca el derecho puro, rigoroso, depiadado: la mujer tiende à reinar por la caridad y el amor. Tal es el pensamiento del Cristianismo, á cuyo establecimiento han contribuido tanto las mujeres. La influencia femenina enseña al hombre á desprenderse voluntariamente de una parte de su derecho y á sentirse mas feliz con este sacrificio que pone el sello á su generosidad, de lo que hubiera sido con una plena y entera reivindicación. Este último hecho no lo niegan ustedes, porque son las primeras en prevalerse de esos tesoros de amor, de caridad, de misericordiay de gracia que Dios ha infundido en el corazón de las mujeres. Y ustedes ni siquiera ven que esas cualidades morales de su sexo, que ponen colmo á sus perfecciones, testifican precisamente su inferioridad, en el punto de vista de la pura justicia.

He osado decir, contra la opinión puesta en moda por las caballeras del libre amor que, aún en lo que atañe al pudor, la mujer había recibido su iniciación del hombre. Sobre ello, gran rumor entre las emancipadas, como si el pudor las importara un comino. La

© Biblioteca Nacional de España

idea, sin embargo, era muy sencilla y nada tiene de paradójica.

Al ser inteligente y libre le repugna todo cuanto le recuerda la animalidad y le asemeja al bruto. Por ello, en cuanto su conciencia se despierta, cubre el hombre su desnudez, hace cocer sus alimentos y evita, sólo ó en compañía, todo lo que le parece *deshonesto*. Hay, sobre el particular, en el *Pentateuco*, mas de una prescripción de sencillez primitiva y que fuera bueno recordar á ciertas naciones civilizadas. Y cuanto mas avanza la sociedad en la justicia, tanto mas se distingue en el arte de comer, de vestirse; tanto mas busca la limpieza y la urbanidad; tanta mayor reserva usan los individuos en su lenguaje y en sus gestos. Todo lo que se refiere al amor entra en esta categoría.

Naturalmente, el individuo hará tanto mejor esta distinción de las cosas honestas y de las cosas deshonestas, y por consiguiente, será tanto mas sensible á la grosería de su projimo, á lo que considera como una falta de respeto para con él, cuanto mas enérgico tenga el sentimiento de su honorabilidad. Los hechos se hallan aquí de acuerdo con las inducciones de la teoría.

Para no hablar sino de las relaciones sexuales, es una ley de naturaleza en todos los animales, que la hembra, solicitada por el instinto de progenitura, á la vez que haciéndose de rogar, busca al macho. La mujer no escapa, tampoco, à esta ley. Tiene, por naturaleza, mayor inclinación que el hombre á la lascivia: en primer lugar, porque su *yo* es mas debil, porque la libertad y la inteligencia luchan en ella con menor fuerza contra las inclinaciones de la animalidad; y luego, porque el amor es la grande, sino la

© Biblioteca Nacional de España

única ocupación de su vida, y porque, en amor, lo ideal implica siempre lo físico. Como pruebas hé citado, entre otras:

1.ª La coquetería precoz de las niñas, en contraste con la antipatía que por ella manifiestan los niños, y la excesiva timidez de los adolescentes;

2.ª La prostitución, tanto sagrada como profana, y el proxenetismo incomparablemente mas frecuente en las mujeres, que en los hombres;

3.ª Los casos rarísimos de poliandria que demuestran que si el hombre, en cierto momento de la civilización, no vacila en apropiarse varias esposas, todas ellas *consintientes,* él, por su parte, no consiente en ser, acompañado de otros varios, propiedad de una misma esposa;

4.ª En fin, la tendencia de las mujeres á rebajar el matrimonio al nivel del concubinato, por el predominio del amor sobre el derecho, como así resulta, señoras mias, de sus propias teorias.

En todo ello, la mujer se halla de acuerdo con su naturaleza y su destino, y lo que de ella he dicho no la humilla. La mujer es toda belleza y amor: ¿cómo no tendría la iniciativa de las cosas amorosas? El mismo sentimiento que la induce á templar la justicia severa del hombre, á embellecer su morada, á poetizar sus concepciones, la enseña á distraerle de sus pensamientos, de sus empresas, de sus combates, para dedicarse con ella á otras obras. Fuerza es que así sea para el orden de la sociedad y la felicidad de entrambos. Venturoso sentimiento, cuando la idolatría de amor no les hace olvidar lo que deben á la dignidad social, así como á su propia gloria.

Pero aquí, tambien, nótese la diferencia entre los

© Biblioteca Nacional de España

dos sexos: si el hombre, mas que la mujer, tiene la iniciativa del pudor, no parece éste creado para él; su compañera será la encargada de guardar este tesoro. En aquél, el pudor desapareció en pos de la victoria- en ésta, se agranda despues de la derrota. La santi; dad del hogar doméstico será obra de la mujer: de esta santidad de la familia saldrá la virtud republicana. Ved aquí porque, en los antiguos pueblos, era, la madre, honrada sobre la virgen, y aun parecía mas bella: *Gratia super gratiam, mulier sancta et pudorata,* dice la Biblia. El Cristianismo derrocó este orden; ha declarado impura á la mujer casada; no hace caso sino de la doncella, lo cual es la inversión de la naturaleza, un ataque al honor de la familia, y á la dignidad del hombre mismo.

¿Por qué he de ser yo, señora, quien enseñe á ustedes tales cosas? ¡Ah! porque la impudencia en la pretendida sabia converje al impudor en la mujer. Ponen ustedes el grito en el cielo porque, sin nombrarlas, puesto que ni siquiera las conocía, traté de *impuras* á las emancipadas cuya causa defienden ustedes, y ustedes prueban, por todas sus palabras, que si, por la fuerza de la naturaleza, son aún capaces de ruborizarse, han perdido la justa noción del poder. ¿No dicen ustedes que la lascivia, el adulterio, la prostitución, no son mayor falta para la mujer, que para el hombre, y que si el pecado de éste goza de tamaña tolerancia, el de aquella no debe parecer menos excusable? Esta desigualdad, que la opinión de todos los pueblos ha establecido entre la incontinencia del hombre y la impudicicia de la mujer, ¿no es uno de los principales cargos de que ustedes acusan á la tiranía marital? Locas, y tres veces locas, que no cemprenden

© Biblioteca Nacional de España

que, reivindicando para la mujer semejante inmunidad le erigen un pedestal.... en el lodo. ¿Y á quién se proponen ustedes agradar cuando hayan conquistado para su sexo tales *derechos*? ¿A hombres, ó á monos?

Resumo todo este análisis, en dos palabras:

El hombre es, principalmente, una potencia de ACCIÓN; la mujer, una potencia de *fascinación*. De la diversidad de sus naturalezas deriva la diversidad de sus cualidades, de sus funciones y de sus destinos. ¿Cómo se desgranan estas cualidades, estas funciones y estos destinos para formar la pareja? En otros términos: ¿cuál es la ley, cuál es el fin del matrimonio? Vamos á examinarlo.

© Biblioteca Nacional de España

III

Relación de los dos sexos—Expansión de la conciencia. — Fundamento del órden político.

Hasta ahora me parece que la mujer no ha sido mal dotada. Si los ángeles del paraiso, que los sabios teólogos pretenden privados de sexo, recibiesen del Eterno la orden de descender á la tierra y de vestir nuestra carne, pero con la facultad de optar por nuestro sexo ó el de ustedes ¿no opinan ustedes, señoras, que aquellos espíritus celestes preferirían nacer mujeres, que hacerse hombres?

Pero hay quien se inquieta por la suerte de una criatura cuyo oficio es mostrarse en todo bella, graciosa, dulce, modesta, discreta, amante, seductora, adicta, capaz si es menester de un esfuerzo de heroismo y obligada, para subsistir, á unirse con un ser más fuerte que ella y que, por consiguiente, no brilla por las mismas cualidades. Porque, no hay que decirlo, la unión es forzosa.

Desde el punto de vista de la inteligencia y de la conciencia, como desde el del cuerpo, el hombre y la mujer forman un todo completo, un ser en dos personas, un verdadero organismo. Esta pareja, llamada

© Biblioteca Nacional de España

por Platon *andrógino,* es el verdadero sujeto humano. Considerada, aparte, cada una de las dos mitades que la componen parece una mutilación. Ustedes no lo niegan, señoras, al prevalerse de este lindo vocablo *andrógino, hombre-mujer,* para deducir lo que llaman ustedes la igualdad de los sexos. Adviertan, sin embargo, que esta androginia no existiría si las dos personas fueran iguales en todo, si no se distinguieran cada una por cualidades especiales, cuyo engranaje constituye precisamente el organismo.

En esta existencia *de dos*, las potencias del espíritu, de la conciencia y del cuerpo adquieren, por su separación misma, mayor energía: es una primera aplicación, hecha por la naturaleza, del gran principio de la división del trabajo. La experiencia prueba que, en efecto, el resultado es mayor para la felicidad de los cónyuges, cuando su acción comun se halla dividida en dos departamentos: uno material y utilitario, otro anímico y estético: uno para fuera, y otro para dentro. Si la producción total se disminuye por ello, el consumo se hace mejor; si la invención filosófica es mas lenta, las acciones ganan en ser concretadas y hechas *familiares;* si el progreso del derecho sufre algun retardo, hácese mas humano por la tolerancia y la caridad.

Penetremos mas á fondo en ese sistema que he llamado el órgano, creado por la naturaleza misma de la justicia.

¿Cuáles serán los derechos y deberes respectivos de los esposos?

En todas sus relaciones con su semejante, el hombre exije servicio por servicio, producto por producto, consejo por consejo, derecho por derecho. La ley que

© Biblioteca Nacional de España

le rige es la ley del talión, la ley terrible de la competencia, de la lucha, ó lo que viene á ser absolutamente lo mismo, del equilibrio de las fuerzas.

Del hombre á la mujer, en razón á la diversidad de sus dominantes, las cosas no ocurren de igual modo. Desde luego, el hombre no puede exijir de la mujer trabajo por trabajo, carga por carga, producto por producto, puesto que ella es más debil. En estas condiciones, la mujer sería tratada fatalmente como inferior; y ¿no saben ustedes lo que resulta, para una criatura humana, de su inferioridad, con motivo ó sin él, declarada? ¿La manumisión? No tal; la esclavitud! Véase los negros en las colonias, véase el estado de la mujer entre los salvajes!

¿Qué puede dar la mujer al hombre en cambio de su trabajo, de esa riqueza que crea, de todas esas maravillas que inventa? Su belleza, iban ustedes á decir, sus atractivos, sus gracias, su amor, su idealismo, todas las seducciones de su cuerpo, de su alma y de su espíritu. Fraseología de mercenaria que cree que se trafica con la belleza, el amor y el ideal, como con la carne y el pescado.

Su maestro M. Enfantin, que tanto ha hablado del amor, y cuyos discípulos, después del golpe de Estado, han hecho tan magníficos negocios, nunca ha sabido dicernir estos dos elementos: lo bello y lo útil. No les ha dicho á ustedes que la belleza y la utilidad eran dos nociones irreductibles, de donde se sigue: que no se cambian; que no puede haber tradición de la belleza, como de un valor en mercancías ó en especie; que la mujer, en fin, no sabría pagar los obsequios del hombre por prestación alguna de sus atractivos, en atención á que sus atractivos no son una cosa que se

© Biblioteca Nacional de España

cuenta, se mide, un producto de la industria cuyos gastos pueden calcularse: es un don de la naturaleza, inmaterial, que no puede entregarse y cuya producción nada ha costado.

Lo tengo dicho á ustedes, y jamás nadie había elevado á tanta altura á su sexo. Todas las obras del hombre, aún hasta las del magistrado sentado para pronunciar el derecho, son renumerables; todas las riquezas dadas por la naturaleza pueden cambiarse; únicamente se hallan fuera de precio los bienes que la mujer promete al hombre y de los cuales es depositaria.

¿Acaso se pagan la caridad, la clemencia, el perdón, la misericordia? Pagarlas es anularlas: el ministro que hace tráfico de las concesiones del Estado es un concusionario: el juez que suspende, mediante dinero, la vindicta de la ley, es un prevaricador.

¿Se vende, por ventura, el pudor? El pudor que se vende, ya saben ustedes como se llama: prostiución!

De igual suerte la belleza, voz por la cual resumo todas las prerrogativas de la mujer, no se vende, ni se descuenta; está fuera del comercio. Por ello, entre el hombre y la mujer que se desposan, no hay, como así se ha dicho y ustedes imaginan, asociación de bienes y lucros, como entre negociantes y propietarios. hay don mútuo y gratuito, abnegación absoluta. El contrato de matrimonio es, por lo tanto, de naturaleza muy distinta que el contrato de venta, de cambio ó de alquiler: es su reverso.

El hombre, expresión de la fuerza, es atraido por la belleza. Quiere apropiársela, unirse con ella de una manera indisoluble. ¿Cómo lo obtendrá? ¿Qué precio

© Biblioteca Nacional de España

ofrecerá por ella? Ninguno. Nada de lo que posee el hombre, de cuanto puede crear ó adquirir, podría pagar la belleza. Las caricias mismas del amor no son un precio digno de ella: los amantes que se enamoran por causa de voluptuosidad son egoistas, su unión no es un matrimonio; la conciencia universal la ha llamado fornicación, lascivia, libertinaje. El hombre digno, cuyo corazón aspira á la posesión de la belleza, comprende desde luego una cosa, y es que no puede obtenerla sino por la abnegación. Él, dotado de la fuerza, se coloca á los pies de la mujer, le consagra sus servicios y se hace su servidor. Él, que la conoce débil, embriagada de amor, se vuelve respetuoso, y aparta toda palabra, todo pensamiento de voluptuosidad. Su fortuna, su ambición las sacrificará para complacerla; únicamente, dejará de sacrificar su conciencia, porque su conciencia es su fuerza, y porque en la unión de la fuerza y la belleza consiste el matrimonio. Abnegación absoluta, consagración de una conciencia fuerte y sin tacha, he aquí, en verdad, todo lo que el esposo ofrece á su esposa, la única cosa que puede ofrecerle y que ella, por su parte, puede aceptar.

Igual movimiento de parte de la mujer. Cuanto más en ella predomina la belleza, tanta más inclinación siente por la fuerza. Esta fuerza, tan deseable, la teme en un principio: todo sér débil experimenta cierto temor al sér fuerte. Para amansar, para domar esta fuerza, la oferta de su belleza de nada serviría: sería acto de prostitución. Para conquistar la fuerza del hombre, la belleza de la mujer es tan impotente, como impotente es la fuerza para conquistar la belleza. Aquí, como antes, solo queda un medio: la abnegación.

© Biblioteca Nacional de España

Consagración por consagración, á la solicitación del atractivo que siente, una por otra, la fuerza y la belleza: tal es, pues, en suma, el pacto conyugal, el más sublime de todos los pactos, á imitación del cual se harán más adelante los pactos de caballería. Ved ahí como á la voluptuosidad, al amor, se ha substituido un sentimiento más elevado, sentimiento que no excluye la voluptuosidad y el amor, pero que manda en ellos, que los hace subalternos y los borra, y en caso dado los suple. Hé aquí, señoras, el matrimonio, que ninguna de ustedes conoce, al parecer. Fuera de ahí, tomen nota de mis palabras, no hay para la mujer sino vergüenza y prostitución. El hombre y la mujer que se han casado así saben, pueden ustedes creerme, lo que es justicia: ninguna felonía entrará en su comun conciencia. Menester fuera, para ello, que se volvieran de común acuerdo, lo que no quisieron ser, lo que juraron no ser jamás, impuros concubinarios. Su matrimonio es una columna más en ese templo eternal de la humanidad, que Jesucristo quiso fundar en nuestras almas y del que yo acuso de destructores, á ustedes y á sus adherentes.

¿Quieren ustedes, ahora, que saquemos las consecuencias de este contrato de matrimonio? Estrechemos su principio desde luego y más de cerca.

El hombre y la mujer, á quienes el amor parecía deber gobernar exclusivamente, han acabado por empeñarse bajo una ley más elevada, que es la de la abnegación. Pero ¿abnegación á qué? ¿en qué? ¿para qué? Esta cuestión exige que se esclarezca, puesto que, como hemos observado, no paga el hombre en moneda, joyas ú otros valores, los goces del amor y la posesión de la belleza; y que, por otra parte, gracias al pro-

© Biblioteca Nacional de España

greso de la civilizacion, la soltera no espera precisamente, para subsistir, la abnegación de un marido: ni el soltero, para cuidar y lavar su ropa, la abnegación de una mujer, ¿De qué especie es, entonces, esta abnegación y á qué se aplica?

La determinación, que hemos hecho, de las cualidades respectivas del hombre y de la mujer, nos dará la respuesta.

El hombre representa, en predominio, la fuerza física, intelectual y moral; la mujer representa, en predominio, en este triple punto de vista, la belleza.

Ahora bien, desposándose bajo la ley de una abnegación recíproca, el hombre y la mujer se consagran, aquél al culto de la belleza en la persona de su esposa, ésta al respeto de la fuerza en la persona de su esposo: y ambos al desenvolvimiento de la fuerza y de la belleza en sus hijos.

En efecto, el que se consagra á una persona ó á una obra, se obliga á servir á esta persona ó á esta obra según su naturaleza y según sus propias facultades: lo cual, además, entraña para él mismo la obligación de mantener sus facultades en el mas perfecto estado. Ahora bien, hemos dicho que el hombre y la mujer, comparados uno con otro, podían definirse: aquél, una naturaleza con predominio de fuerza, y ésta, una naturaleza con predominio de belleza. Por consiguiente, el hombre y la mujer, consagrándose uno á otro, se obligan recíprocamente, aquél, á seguir á su mujer, según sus inclinaciones que son: la belleza, la ternura, la gracia, el ideal, y para ello, á hacerse á sí propio cada vez mas hombre, y ésta, á seguir á su marido según su temperamento, que es: la fuerza,

MINISTERIO DE FOMENTO 14 JUN 92 ENTRADA

© Biblioteca Nacional de España

y para ello, á hacerse á sí propia cada vez mas mujer. Cuanto más se aproximarán, cada uno á su tipo, prestándose reciprocamente todos los servicios que comporta una consagración absoluta, tanto más íntima se hará su unión y tanto menos les pesará la consagración, por esta diferenciación creciente. Tal es la ley, en su expresión mas precisa y mas general; su alcance es inmenso.

1.° La unión conyugal será, de ambas partes, monogámica é indisoluble. Faciles son de deducir las razones. Donde la abnegación es dividida, cesa de ser. Una mujer que pretende estar consagrada á varios amantes, está realmente consagrada á ninguno: un hombre que pretende estar consagrado á varias queridas, está, realmente, consagrado á ninguna. Y no solo por esta poligamia la consagración queda anulada, sino que el hombre y la mujer menguan en dignidad. El hombre es personal, voluntario, imperioso, exclusivo: hace de su mujer su confidente, su confesor, la depositaria de su fortuna y de sus necesidades, el oráculo de su conciencia. Dividir el amor de su mujer, sería sacrificar su honor y su amor mismo. Por su parte, la mujer no vale sino por la castidad: su gloria está en la felicidad de su marido: ¿cómo, perdiendo una de ellas, se expondría también á perder la otra? Los esposos son, uno para otro, representantes de la divinidad. su unión hace su religión: toda poligamia es un politeismo, una idea contradictoria, una cosa inposible.

2.° La exclusión en amor entraña la separación de los hogares, sin la que la intimidad conyugal sería á cada instante violada, expuesta á la vergüenza y á la traición. Admitida la monogamia, nadie negará esta consecuencia, la comunidad del hogar puede su-

© Biblioteca Nacional de España

portarse entre padres é hijos, porque de los padres á los hijos no ha lugar á amorosa concupiscencia: y además, porque el objeto al matrimonio es constituir la familia, y de padres á hijos la familia no hace mas que continuarse: es la misma.

3.° Formado el hogar, el hombre está encargado del trabajo, de la producción, de las relaciones exteriores; á la mujer incumbe la administración de lo interior. Este reparto está determinado por las cualidades respectivas de los esposos, Para el mas fuerte, la acción, la lucha, el movimiento; para la que brilla y ama, pero que no debe brillar sino para su esposo, ni amar sino á él, los cuidados domésticos, la paz y el pudor del hogar. Los dos son responsables, y por tanto libres en sus funciones; sin embargo, el marido tendrá derecho de intervención sobre la mujer, mientras la mujer no tiene mas que el de ayudar, avisar, informar á su marido. La razón de ello es evidente: el sosten del hogar depende mucho más de la producción viril, que ésta de aquél, y como el hombre está encargado del trabajo principal, y tiene la superioridad de potestad, y la responsabilidad que le incumbe es mayor, se halla constituido (por el derecho mismo de la potestad) CABEZA de la comunidad. Y el derecho, lo mismo que el deber de la mujer, es reconocer esta potestad, reclamar sus actos, provocarla, servirla y consagrarse á ella. Suprímase esta prepotencia marital, suprímase la consagración de la belleza á la fuerza, y se recaerá en el concubinato, destruyendo el matrimonio.

4.° Vamos, ahora, á observar la influencia del matrimonio en el desenvolvimiento de la justicia. Cabeza de comunidad, el nuevo esposo siente crecer

© Biblioteca Nacional de España

en él la personalidad, la ambición, el espíritu de empresa, la intrepidez del carácter, la independencia del ánimo. Su energía se aumenta á la vez, no solo por el auxilio que le aporta su mujer, sino por la discreción con que ésta se produce. Además, se calma la fogosidad amorosa, la voluptuosidad es «subalternada» por el trabajo, por la presencia de los hijos y la perspectiva del porvenir. Por ello he podido decir, en un sentido, que ante personas decentes no se habla de amor y que cuanto menos lugar ocupa el amor en la existencia, mayores probabilidades hay para la felicidad. Pronto veremos el efecto de esta metamórfosis.

5.° El hombre, por sus solos esfuerzos, difícilmente subvendría á sus propias necesidades, y á mayor abundamiento, le sería más difícil subvenir al cuidado de su mujer y de sus hijos. Preciso es que combine su industria con la industria de sus semejantes. De aquí la sociedad política, de que la familia no es más que el embrión. Esta sociedad tiene sus leyes y su destino propio, que la filosofía conoce aún muy poco; pero no cabe duda de que tenga por objeto el acrecentamiento de la dignidad y de la libertad civil, por una parte; y por otra, el aumento de la riqueza, y de consiguiente, el bienestar general. La relación de las familias con el Estado, en una palabra. la *República*, tal es, para el sexo masculino, el problema que debe resolver. Las mujeres solo intervienen de una manera indirecta, por una secreta é invisible influencia. ¿Y cómo nó? Órgano embrionario de la justicia, los esposos sólo forman un cuerpo, un alma, una voluntad, una inteligencia, están consagrados, uno á otro, en vida y en muerte: ¿cómo tendrían una opinión ó un interés diferente? Por

© Biblioteca Nacional de España

otro lado, la cuestión política, que aproxima las familias, no tiende á otro fin que constituir su solidaridad, y asegurarles todas las garantías de libertad, de propiedad, de trabajo, de comercio, de seguridad, de instrucción, de información y de circulación, que reclaman, cosas todas que dependen exclusivamente de las atribuciones del hombre. ¿Cómo serían nominativamente consultadas las mujeres? Suponer que la mujer pueda expresar en la asamblea del pueblo un voto contrario al de su marido, es suponer á entrambos en desavenencia y preparar su divorcio. Suponer que la razón de la primera pueda contrabalancear la del segundo, es ir contra el voto de la naturaleza y degradar la virilidad. Admitir, por fin, en el ejercicio de las funciones públicas á una persona á quién la naturaleza y la ley conyugal han consagrado, por decirlo así, á funciones puramente domésticas, es inferir ataque al pudor de la familia, hacer de la mujer una persona *pública*, proclamar de hecho la confusión de los sexos, la comunidad de los amores, la abolición de la familia, el absolutismo del Estado, la servidumbre de las personas y la enfeudación de las propiedades.



He aquí como se establece la subordinación de la esposa al esposo en el matrimonio. Esta subordinación nada tiene de arbitraria; ni es una ficción legal, ni una usurpación de la fuerza, ni una declaración de indignidad para el sexo más débil, ni una excepción exigida por las necesidades del órden doméstico y social al derecho positivo de la mujer; esta subordinación resulta del hecho patente é incontestable: que las atribuciones viriles abarcan la gran mayoría de los negocios, tanto públicos como domésticos; y no

© Biblioteca Nacional de España

constituye, por lo demás, la menor prerrogativa de bienestar ó de honor para el hombre en detrimento de la mujer; muy al contrario, imponiédole la carga más pesada, hace al hombre ministro de la fidelidad femenina, de la cual, única, debe sacar él la suya luego.

Cámbiese, modifíquese, inviértase, por un medio cualquiera, esta relación de los sexos, y se destruye el matrimonio en su esencia; de una sociedad con predominio de justicia, se hace una sociedad con predominio de amor; recáese en el concubinato y el mariposeo; aun se pueden tener padres y madres, como se tienen amantes, pero ya no se tendrá familia; y sin familia, la constitución política dejará de ser una federación de hombres, de mujeres y de ciudades libres, y será un comunismo teocrático ó pornocrático, la peor de las tiranías.

Para evidenciar más lo dicho, supongamos que la naturaleza, la cual, á mi entender, por su manera de dotar los sexos, ha constituido el matrimonio, y la familia, y la sociedad civil, tales como los vemos, ó cuyos tipos nos es fácil, cuando menos, determinar; supongamos, digo, que esta misma naturaleza haya querido establecer la sociedad humana bajo otro pié. ¿Qué debía hacer, entonces? El plan que ha seguido nos indica el que desechó: debía repartir igualmente todas las facultades entre los sexos, dar á cada uno de ellos potencia igual y belleza igual, hacer á la mujer vigorosa, productora, guerrera, filósofa, juez, como el hombre; y al hombre hermoso, gentil, lindo, agradable y todo lo consiguiente, como la mujer: en una palabra, no dejar subsistente entre ellos otra diferencia que la del

© Biblioteca Nacional de España

aparato genital, del que al parecer nadie se queja, y sin el cual, por más que digan los místicos, no se concibe el amor.

En estas condiciones, claro está que el hombre y la mujer, teniendo cada cual las atribuciones que hoy día sólo encontramos en la pareja, iguales en todo uno á otro y similares, menos en lo que no necesito repetir, estarían en relaciones muy distintas de las que supone actualmente el matrimonio. El hombre no se consagraría á la belleza que poseería, ni la mujer tampoco á la fuerza de que habría sido dotada. La influencia que, en el estado presente de su constitución, ejercen uno en otro, ya no sería la misma: no habría entre ellos admiración, ni culto, ni inclinación devota alguna; ninguna necesidad de aprobación, de confidencia ó de estímulo, como tampoco de protección, de servicio ó de apoyo. Las cosas vendrían á ser, entre el hombre y la mujer, lo que vemos son entre personas del mismo sexo: servicio por servicio, producto por producto, idea por idea. Sin duda habrá amor, toda vez que conservamos, con este objeto expreso, la distinción sexual, pero les afectará de diversa manera. Su amor no irá más allá de la excitación voluptuosa, nada tendrá de común con la conciencia á la que aventajará; no siendo transformado por la consagración más absoluta, no tenderá á la monogamia y á la indisolubilidad. Mantendráse en la zona de la libertad y del concubinato, sin despertar celos algunos, excluyendo toda idea de infidelidad y exaltándose, al contrario, por la emulación de las conquistas; de manera que la tendencia general será hácia una comunidad más ó menos acentuada de

© Biblioteca Nacional de España

amores, de hijos, de hogares, en una familia única, que será el Estado.

Esta organización, fuera de la monogamia y de la familia, ha sido soñada por todos aquellos que, como nuestras emancipadas y nuestros emancipadores modernos, han creido en la igualdad de potencia y de belleza en los dos sexos: los místicos la han colocado en el cielo donde, según dicen, no habrá ya varones, ni hembras; en nuestros días, á un sin número de personas, algunas de ellas muy instruidas, les parece el único medio de destruir el antagonismo, y por ende, extinguir el crimen y la miseria. Pero una sociedad semejante, ¿subsistiría? Me atrevo á afirmar que sería cien veces peor que la nuestra; mejor dicho, la tengo por radicalmente imposible.

La sociedad subsiste por la subordinación de todas las fuerzas y facultades humanas, individuales y colectivas, á la justicia. En el sistema que acabo de bosquejar, el individuo, dotado de la plenitud de atribuciones que la naturaleza (como de ello nos hemos podido convencer) no ha otorgado sino á la pareja, sería *inabordable* en su personalidad; el elemento idealista se haría predominante en él, la conciencia sería *subalternada;* la justicia, reducida á una idea pura; el amor, sinónimo de voluptuosidad, á un simple goce. Entonces estallaría, con violencia indomable, la contradicción entre el individuo y la sociedad. Tal individuo, que se lisonjeaban de encadenar al orden publico por la comunidad de amores, de mujeres, de hijos, de familias, de hogares, sentiría tanta mayor repugnancia al comunismo social, cuanto más completamente le hubieran emancipado. Posible es que ya nadie se batiera por las mujeres,pues-

© Biblioteca Nacional de España

to que, según la hipótesis, y habida consideración á la constitución física y moral del individuo, ya no existirían celos; pero la competencia sería otro tanto más ardiente para el botín, la riqueza, las comodidades y el lujo, cosas cuya producción continuaría sometida á las mismas leyes, y, en una sociedad entregada al amor y al ideal, sería aun más insuficiente que ahora. Establézcase, con la comunidad de los amores, la universalidad del celibato y, no temo decirlo, se tendrá un excedente de consumo, menos trabajo, menos ahorro, y, de consiguiente, más miseria: en último análisis, en lugar de una sociedad culta, una sociedad entregada al bandidaje ó, sino, á la más degradante servidumbre. Este resultado, para todo el que ha reflexionado sobre las relaciones de la familia, del matrimonio, del trabajo, de la producción y de la acumulación de la riqueza, así como sobre las condiciones de la justicia en la sociedad, es tan positivo como dos y dos son cuatro,

Así se confirma, por el desenvolvimiento de la idea contraria, la teoría del matrimonio. La sociedad, es decir, la unión de las fuerzas reposa sobre la justicia. La justicia tiene por condición orgánica un dualismo, fuera del cual se reduce en breve á una noción pura, ineficáz. Este dualismo es el matrimonio, formado por la unión de dos personas que una á otra se completan, y cuya esencia es la abnegación, la preparatriz del amor.

Así se resuelve esta contradicción aparente, que dice al hombre: *mandar, para servir mejor;* y á la mujer, *obedecer, para mejor reinar;* contradicción que con tanta energía expresa el engranaje matrimonial, y contiene toda la ley y el misterio del sacramento. Si

8

© Biblioteca Nacional de España

el sentido de la famosa máxima: *el rey reina y no gobierna*, no es obscuro sino para los demagogos que aspiran el poder absoluto, con mayor motivo estas dos proposiciones: *mandar*, *para mejor servir; obedecer*, *para mejor reinar,* deben parecer claras á todo hombre que tiene el sentimiento de su deber y de su derecho, á toda mujer que tiene respeto á su marido y á su propia dignidad. La sola diferencia entre la realeza constitucional y el matrimonio es: que aquí no hemos hecho sino evidenciar el órden mismo de la naturaleza, mientras que allí, no se trata aún (y salva mayor información) que de una creación del entendimiento, de una teoría pura, de una ficción. Hasta el presente, señoras, parece que mis observaciones no carecen de exactitud, ni de justicia mis argumentos. En todo caso, no pueden ustedes acusarme de parcialidad y quejarse de que causo perjuicio á su sexo, puesto que siempre, ante una prepotencia masculina, hago constar una preeminencia femenina; que, en cambio de la abnegación que pido a la mujer, impongo al hombre la obligación de una abnegación todavía mayor ¿Que és, pues, lo que ofusca á ustedes? Si ustedes no reclaman verdaderamente más que su derecho, héle aquí: igualdad de fortuna y de honor; deselvolvimiento y triunfo de las más preciosas facultades de ustedes; proporcionada influencia; menos iniciativa en las cosas de la política y de la economía, pero también menos responsabilidad; en suma, el reinado, sin las fatigas y los peligros de la conquista. ¿Qué más les falta á ustedes? Y ¿á qué tanta cólera?

Cuando, resumiendo en dos palabras, reunidas por una disyuntiva, la teoría del matrimonio, el des-

© Biblioteca Nacional de España

tino de la mujer, he pronunciado, contra ciertas tendencias de nuestra época, y á modo de conclusión, esta enérgica palabra: *cortesana ó mujer de su casa*, lo único que debian hacer ustedes era aplaudir. Cuando, despues, en mi creciente indignación, añadí esta fórmula imprecatoria: *antes la reclusión, que esa pretendida emancipación para la mujer!* debían ustedes (á tener el menor respeto á su sexo), corregirme y decir, como dijera Lucrecia: ANTES LA MUERTE! Cuando, por fin, decidido á vengar el pudor público de los ultrajes de algunas emancipadas, las llamé *impuras á quienes el pecado ha vuelto locas,* debían ustedes callarse y no dar motivo al público de pensar que el calificativo era para ustedes.

En vez de esta conducta, la única que conviene á mujeres honestas, les ha placido á ustedes (sostenidas por las excitaciones de algunos castrados literarios) aceptar el reto; y lo más curioso del caso es que se pretenden calumniadas: «hénos aquí dos, que no somos impuras, ni locas, y que afirmamos, reivindicamos y perseguimos el emancipamiento de la mujer. Desafiamos á quien quiera que sea, que lo niegue.»

¡Ah, señoras! Nada de equivocos, si gustan. No se den ustedes por más ofendidas de lo que están, ni á mí por más insolente de lo que soy. A ninguna de ustedes conocía cuando escribí mi libro, y tampoco las conozco más hoy. Quiero creer que la virtud de ustedes no ha franqueado cierto foso, que ya no se vuelve á pasar: tocante á usted, señora J*** L***, me remito á aquél á quien la ley del matrimonio erigió en guardián y fiador de sus costumbres; ojalá hubiese guardado tan bién la pluma de usted!... y en

© Biblioteca Nacional de España

cuanto á usted, señora Jenny de H***, fío en su palabra y la dispenso de aducir sus pruebas. Mas fácilmente creo en el extravío de su espíritu, que en la corrupción de su corazón. Posible es que entre las promotoras de la emancipación femenina haya otras en igual caso que ustedes: que tomen también para ellas nota de mi declaración. Yo juzgo las disposiciones, no los actos. Dicho esto, permítanme ustedes, señoras, que las lleve al pensamiento que dá mi crítica y que ha motivado este epíteto de *impuras*, sobrado bien justificado por la mayoría de las mujeres célebres de nuestro siglo y del precedente y contra el que protestan ustedes en vano. Este pensamiento es: que toda mujer que sueña *emancipación*, ha perdido, *ipso facto*, la salud del alma, la lucidéz del espíritu y la virginidad del corazón, y está en vía de pecado; y no digo más. Y en atención á que á ustedes les agrada la franqueza, y á ella me constriñen sus provocaciones, me atreveré á decir á ustedes que sus dos publicaciones, sin son de ustedes, confirman la regla. La cual voy á desmostrarles muy luego.

© Biblioteca Nacional de España

IV

Fisiología de la mujer emancipada.

La naturaleza es toda potencia y toda armonía. Pero sus obras, según la exacta observación de Rafael, no siempre son tales como ella quiere; y llevan muy á menudo el sello de la debilidad y de la fealdad. Es una de las razones porque la naturaleza creó al hombre: á la vez que glorificándose de la producción de esta obra maestra, se ha dado, en ella, un admirador y un crítico, asáz inteligente para apreciar las leyes de la creación y concebir su ideal: asáz fuerte para reparar sus defectos y curar sus heridas, pero, sin embargo, demasiado débil de cuerpo y de espíritu para cambiarla y destruirla. El hombre mismo, último nato de la naturaleza, encargado de dár la última mano al órden del mundo, el hombre, tal y como se manifiesta, no es, como tampoco las demás criaturas, perfectamente confórme á su tipo. Así, su obra de reparación empieza y acaba por su propia persona: el progreso de la justicia en la humanidad es el principio y el fin de todas las cosas.

Lo que hace la creación del hombre, de conformidad con su tipo, más difícil que otra alguna, es

© Biblioteca Nacional de España

la manera como la naturaleza lo ha constituído en este doble elemento: fuerza y belleza. En la totalidad de la especie, la fuerza y la belleza están en proporciones iguales. Pero la especie humana no obra solamente como sér colectivo, sino que obra también, y sobre todo, por sus divisiones. Hay varones y hembras, razas, naciones, familias é individuos.

El sexo masculino tiene más potencia; el sexo femenino manifiesta más belleza y más ideal: ¿en qué proporciones, uno y otro? Excesiva dificultad, por no decir temeridad grande, sería determinar este punto.

En ciertas naciones, los hombres parecen más fuertes que en otras, y las mujeres más mujeres: de ahí esta expresion de los etnógrafos: que el *elemento masculino* está más desarrollado en un punto, mientras que en otro lo está el *elemento femenino*. El doctor Clavel, en su erudita obra sobre las *Razas humanas*, manifiesta que el carácter inglés peca por exceso de virilidad, y el carácter francés por exceso de femenización. El tipo germánico, según como lo describe aquel escritor, parecería ser uno de los más equilibrados en su doble elemento. Estas desigualdades débense á dos causas: la influencia de los medios, cuya ley es preponderante en la creación y el desenvolvimiento del reino animal, y la influencia de las instituciones, que á su vez obran como los medios mismos.

Síguese de ahí que una nación, después de haber comenzado con viril energía, puede *afeminarse* y por lo mismo, decaer: asi aconteció á los Persas despues de Ciro, á los Griegos despues de la guerra del Peloponeso, y á los Romanos mismos, á conse-

© Biblioteca Nacional de España

cuencia de sus inmensas conquistas y de sus guerras civiles. Por idéntica razón, si una raza puede afeminarse, puede tambien, por el trabajo, la filosofía y las instituciones, virilizarse más: así aconteció á los franceses del Estado llano, en el período, para siempre glorioso, que se extiende de la muerte del cardenal de Fleury (1743) á la de Luís XVIII (1824). No podría decirse que este movimiento se haya sostenido igualmente desde 1825 á 1860; pero la labor puede reanudarse.

Esta oscilación del elemento masculino al elemento femenino, ó en otros términos, de la fuerza á la belleza, de la política al arte, del derecho á lo ideal, indica los límites del poderío del hombre sobre sí mismo, la esfera de su acción, y los dos extremos entre los cuales debe hallar su justo temperamento.

Asi como el hombre, en sus manifestaciones no está siempre fortalecido con una virilidad suficientemente acentuada, asi también la mujer no siempre es bella: en lo moral, como en lo físico, está sujeta á mil fealdades, A menudo cae mas abajo de su nivel, y es *cobarde, blanda y necia*, como dice Jorge Sand. Diríase, entonces, que abusa del permiso de la naturaleza que la quiere, no inepta, sino relativamente más debil y por ende más bella que su compañero. A veces, prodúcese también un fenómeno contrario. Mientras el hombre se envilece sumergiéndose en las *delicias de Cápua*, la mujer se *emancipa*, toma, según dice la Biblia, el traje del hombre, afecta las formas, el lenguaje y las maneras de la virilidad y aspira á ejercer sus funciones.

Por do quiera y en todos tiempos vénse algunas de esas criaturas excéntricas, ridículas en su sexo é

© Biblioteca Nacional de España

insoportables al nuestro: son de varias especies. En una, ese *chic* masculino es efecto del temperamento y de un gran vigor corporal: á estas se las llama *marimachos*. Son las menos terribles; no allegan prosélitos y basta la crítica de las otras mujeres, para volverlas al órden. En otras, la tendencia á la emancipación procede de un capricho del espíritu, ó de la profesión que ejercen, ó finalmente del libertinaje. Estas son las peores: no hay fechoría á que no pueda arrastrarlas la emancipación. En ciertas épocas, interviene el espíritu de secta; el desfallecimiento de las de las costumbres públicas viene á complicar el mal; la cobardía de los hombres se hace auxiliar de la audacia de las mujeres; y vemos aparecer esas teorías de *emancipación* y de promiscuidad, cuya última palabra es la *pornocracia*. Y entonces, acabóse la sociedad.

La pornocracia se combina perfectamente con el despotismo y hasta con el militarismo: de ello dió ejemplo el imperio romano en Heliogábalo. La pornocracia se une igualmente con la teocracia: así lo intentaron los Gnósticos en los siglos I y II de nuestra Era, y á ello tendian los místicos en pleno siglo XVII. En nuestros días, se ha visto á la pornocracia aliada con la bancocracia! Malthus y Enfantin son la doble expresión de la decadencia moderna. Mas, pasó la hora; y el mundo que vé indiferente el hundimiento de la teocracia papal, vuelve la espalda á la pornocracia malthusiana.

No se quejarán ustedes, señoras, de que trate sus ideas como cosas de exigua importancia, como quien no hubiera sondeado y medido el alto alcance de sus doctrinas. Ya sé que espíritu es el de ustedes, y no

© Biblioteca Nacional de España

tengo la menor dificultad en confesar que ese espíritu, espíritu de lujuria y de desvergüenza, espíritu de confusión y de promiscuidad, ha sido, desde hace treinta y cinco años, la peste de la democracia y la causa principal de las derrotas del partido republicano. Por ello tengo empeño en que el público juzgue á ustedes, *intus et in cute*.

Empecemos por los casos que no ofrecen duda.

Parent-Duchâtelet, en su libro de la *Prostitución* observa que las mujeres públicas son glotonas, dadas á la borrachez, insaciables sanguijuelas, inmundas, perezosas, camorristas é insoportables parlanchinas. Por tales rasgos se conoce á la mujer recaida en estado de naturaleza, ó de simple hembra. ¿De dónde viene esta decadencia? De la frecuentación excesiva de los hombres, que les hace perder, con la reserva, la timidez, la diligencia, la cualidad esencial de su sexo, la que constituye el alma y la vida de la mujer honrada: el pudor. Parent-Duchâtelet hubiera podido añadir que la fisonomía de estas mujeres se altera en igual sentido que sus costumbres; las prostitutas se deforman, adquieren el mirar, la voz y los modales de los hombres, y no conservan de su sexo, así en lo físico, como en lo moral, sino el ordinario material, lo extricto necesario.

¿Qué hay de común, van á decirme ustedes, entre nosotras y esas prostitutas?

Ante todo, preguntaré á ustedes, señoras, qué significa en boca de ustedes la palabra *prostituta*? Adviertan que esas mujeres, al fin y al cabo, no hacen mas que ejercer el amor libre; que, si más de una de ellas comenzó por la seducción, la masa obró por elección; que aún, desde el punto de vista de la de-

© Biblioteca Nacional de España

mocracia amorosa, dan prueba de filantropía y de caridad, según lo entendían los Gnósticos; y que por lo demás, y siempre según las máximas de ustedes, la delectación erotica nada tiene en sí de inmoral, es lícita y natural, forma el mayor bien y la mayor parte de la humanidad, y de consiguiente, una linda mujer que, para felicidad de un hombre tocado de amor, consiente en sacrificarle un día de su existencia, tiene perfecto derecho, decía J. B. Say, á recibir, en cambio, un resarcimiento. Y tanto más tiene este derecho cuanto la mujer, por el ejercicio de la función amorosa, se deteriora insensiblemente y se degrada. No hay, no puede haber amor gratuito, ¿oyen ustedes?, á no ser el que se abdica, en nombre de la conciencia, en el matrimonio. De consiguiente: ó el matrimonio, (por el cual los amantes se unen para siempre, según la ley de la abnegación y en una esfera más elevada que el amor,) ó la remuneración: no hay término medio. ¿Acaso las emancipadas, que viven en concubinato, tendrían la pretensión de darse por nada? Al menos, menos, han recibido el *placer*, y la prueba es que, desde el momento en que la cosa ya no les *place*, se han reservado el derecho de retractarse. La enamorada que se dá gratis es un fénix que solo en poesía existe; por la propia razón que se dá (fuera de matrimonio) es libertina, es prostituta; tan perfectamente lo sabe que sí, más adelante, halla ocasión de casarse, se presentará como viuda; y mentirá; á la impudicicia añadirá la hipocresía y la perfidia.

He aquí lo que hace de una mujer el comercio con los hombres, ó sea el libre amor; la devasta, la desnaturaliza, la disfraza y la trueca en una apariencia de varón, fea á la vista. Ahora bien, y sépanlo

© Biblioteca Nacional de España

ustedes, toda frecuentación exagerada de los hombres, aunque sólo se limite á simples conversaciones de salón, de academia, de mostrador, etc., es mala para la mujer, á quien desflora é insensiblemente corrompe. Diré más: es imposible que una mujer, sin frecuentar á los hombres más de lo conveniente, se ocupe habitualmente en cosas que no atañen á su sexo, sin que su gracia natural se resienta y, según los casos, sin que su imaginación se encienda, sus sentidos se inflamen y la puerta del pecado se abra ante ella de par en par.

La relación que enlaza el hecho con la idea es tal, que siempre será posible, en un hombre que niegue con perseverancia un punto de moral, hallar un comienzo de infracción á este punto de la moral. Es imposible, por ejemplo, profesar en teoría el despotismo y ser, en la práctica, francamente liberal; imposible en economía política, sostener la arbitrariedad de los valores y no incurrir, por poco que sea, en el agiotage y la usura; imposible preconizar el libre cambio, sin favorecer, poco ó mucho, el contrabando. Igualmente digo que le es imposible á una mujer pasar su vida entre hombres, entregarse á estudios ó á ocupaciones viriles, profesar, por ejemplo, la teoría del libre amor, sin que en su exterior deje de adquirir algo del *marimacho* y en el fondo de su corazón deje de sentir un asomo de libertinaje.

Moliére, en su comedia: *Les Femmes savantes*, ha discernido perfectamente este principio. Nos presenta á una madre de familia, Filaminta, honesta en su vida, *pero cantando más fuerte que el gallo* (como dice la sirvienta), por efecto del más aborrecible carácter, tirano de su marido y de su hija; y al fin, la

© Biblioteca Nacional de España

más miserable boba. Junto á Filaminta se vé á su hermana Belisa, vieja gazmoña, ocupada en ahuyentar de sí el amor, pero creyendo á todos los hombres enamorados de ella y no por ello guardándoles rencor. Que alguién con ella se atreva, y no hay duda que ella cometerá un disparate. Vése, por fin, á la hija mayor de Filaminta, la señorita Armanda, que no quisiera más que jugar todo el día con el amor, pero que no puede decidirse á *acostarse con un hombre verdaderamente desnudo*. El espiritualismo de Descartes le sugiere semejantes ideas, de las que no se preocupa poco ni mucho Enriqueta, el ama de gobierno, que no sabe filosofía, ni griego. Moliére, tan eminente moralista, como insigne cómico, conocía á ustedes muy á fondo. Sabía lo que valen la razón, la virtud y las delicadezas de las emancipadas. Ustedes no sólo quieren ser hombres; ustedes buscan á los hombres; así lo ha evidenciado Moliére en sus comedias: *Les Femmes savantes* y *Les Précieuses*.

He hablado, precedentemente, de las cantineras. Lejos de mí el pensar, ni el querer hablar mal de esta clase interesante de ciudadanas. Todas son casadas; y en su mayoría, fieles, sin duda. Pero son medio-soldados; viven en el cuartel; figuran en las revistas, y se hallan inscritas en los registros de los regimientos bajo un número de órden. Ignoro si su servicio es absolutamente indispensable; pero quisiera, por respeto al bello sexo, alejarlo de la milicia. La *Cantinera* de Beránger me ha parecido siempre, y me parece todavía una canción magníflca. Confesemos, sin embargo, que esta composición no debe su explendor á las gracias de Catín. Lo mismo digo de las verduleras, más terribles que sus maridos los faquines.

© Biblioteca Nacional de España

Ningún gobierno se ha atrevido hasta hoy á desembarazar el mercado parisiense del privilegio de esas señoras; diríase que las tales llevan una revolución dentro de sus faldas.

He residido largo tiempo cerca de un hospicio donde se daba un curso de partos: era una verdadera escuela de prostitución y de proxenetismo. En verdad, hay honestas matronas en la corporación de las parteras; algunas he conocido, y usted, señora Jenny de H***, es de ello buen ejemplo. Pero no puedo ménos de creer que cuando ustedes peroran sobre partos combaten entonces mucho más por la clientela, que por la emancipación. De buena fé ¿como quieren ustedes que una mujer jóven repase en su cerebro ciertos asuntos, sin que su imaginación arda, y se exalte su cabeza? Lo menos que ocurrirle pueda, casándose cuanto antes, es el *llevar*, como se dice, *los pantalones*. ¿Conocen ustedes á un hombre de gusto, á una mujer que se respete, que quiera, para su hija, un oficio semejante, y semejante porvenir?

Muy erradamente, señora, quisiera usted hacer que considerásemos el empleo de los comadrones como un síntoma de relajación; y el zelo que manifiesta usted sobre el particular en sus publicaciones prueba, sencillamente, el deseo que la anima de interesar en su tésis el pudor de las parturientas. Eso es táctica; y nada más. Mucho podría yo decir acerca de las comadronas, tanto en los campos, como en las ciudades; pero me abstengo, por miedo á difamación. Desde el momento en que las mujeres, en una sociedad llegada á un alto grado de civilización, no pueden ya parir por sí solas, como parían antaño las mujeres de los Hebreos en Egipto, y como paren

© Biblioteca Nacional de España

hoy todas las negras y salvajes; desde el momento en que, por el desenvolvimiento de la sensibilidad nerviosa, el parto ha venido á ser caso patológico, vale más. en interés de la honestidad pública, acudir al médico, que hacer instruir á jóvenes campesinas en ciencia tan escabrosa. Entre el médico y la parturienta, rodeada de su familia, el pudor no queda más interesado, que entre el soldado herido y la hermana de caridad. ¿Querrán ustedes también, á pretexto de pudor, expulsar á las mujeres de los hospitales? Nó, no tal; la mujer, como el médico, está en su sitio á la cabecera del enfermo: ante el peligro, el pudor se retira bajo el ala de la caridad. Sólo se muestra aquí la abnegación: abnegaciòn del hombre á la mujer, abnegación de la mujer al hombre. Aquí gobierna la ley del matrimonio, ley que el falso pudor de usted no comprende, porque es usted una emancipada. En cuanto á mí, declaro que prefiero mil veces, en pró de la moral pública y de la moral doméstica, el riesgo del doctor al de las comadronas, incluso las *titulares*.

Esa historia de médicos-comadrones, sobre la que mueve usted tanta algazara, me recuerda otra que voy á referirle, aún á riesgo de que la señora J*** L*** me tache de *tendencia á la obscenidad*. Seguro estoy que me agradecerá la anécdota:

Conocí á un empresario de reemplazos militares, en la época en que las sustituciones eran objeto de comercio, cuya mujer, en ausencia del marido, practicaba la visita corporal de los individuos. Auscultaba, palpaba su mercancía, hacía que anduviese unos pasos: *¡Tosa usted!* les decía... Por lo demás, brava mujer, á quien nunca se sospechó de galante-

© Biblioteca Nacional de España

ría. Ejercia su oficio filosóficamente. A sus ojos, los substitutos no eran hombres: eran carne de cañón. Una mujer semejante, en el mundo de las emancipadas, sería un modelo; pero ¿qué hombre se acercará á ella sin asco?... He visto en el campo á hijas de colonos, propietarias del toro banal, y las cuales, en caso necesario, hallándose ausente su padre, desémpeñaban la tarea sin la menor perplejidad. *Honni soit qui mal y pense.* Lo que hacían con sus manos aquellas vírgenes rústicas, es indescriptible. Y, cosa rara, no parecían conmoverse lo más mínimo; muy al contrario. En cuanto á mí, zagal á la sazón, puedo decir y asegurar que jamás sentí la menor inclinación á tales mozas.

Todo esto no pasa de grosero y de exígua consecuencia: si lo menciono es á fin de que quede establecido, contra las gazmoñas que se tapan los ojos con la mano y miran por entre los dedos, que hay que hacer, positivamente, una distinción entre las atribuciones del hombre y las de la mujer; que la paz doméstica y una parte considerable de la moral pública dependen de la definición que se haga de unas y otras, en atención á que, cada vez que la mujer sale de los límites que le asigna la naturaleza, se deprava, y envilece otro tanto al hombre, y que muy lejos de usurpar las funciones de éste, su mayor temor debe ser el asemejarle.

He citado la hija del colono del toro, la mercadera de hombres, la comadrona con título, la cantinera, la verdulera, la cortesana, la erudita: ¿llegué al cabo? Un diccionario pudiera hacerse sobre ello. Ciñámonos á las dos categorías principales: las *artistas* (como así las llaman), y las *despreocupadas.* *(esprits forts).*

© Biblioteca Nacional de España

La mujer, expresión del ideal, á quién naturaleza dió en predominio la belleza, tiene disposiciones estéticas que no intento negar, pues incurriría en contradicción conmigo mismo. Pero aquí, como por doquiera, la cuestión está en la medida, cosa de que ustedes, señoras inmoderadas, no quieren que se les hable. A más de que ninguna mujer llegó nunca, ni aún de lejos, á la altura de los grandes artistas, como tampoco de los grandes oradores, ni de los grandes poetas, todavía hay que considerar, en el empleo de los talentos femeninos, las conveniencias del sexo y de la familia, que lo dominan todo.

En la antigüedad, los papeles de mujer eran desempeñados por hombres. La razón era, desde luego. que los antiguos creían imposible representar bien el amor sin hacer el amor, y no admitían en escena este paso de la ficción á la realidad; además, hubieran considerado el oficio de actriz, ú otro análogo, como una *publicidad* ó *publicación* oficial de la mujer, cosa que le repugnaba á la honestidad municipal. Nosotros hemos cambiado eso; posible es que el teatro haya salido ganancioso; pero ¿y las costumbres? Reflexiónese: todo honrado padre de familia que frecuenta el teatro, es más ó ménos fautor de prostitución si lleva á su mujer ó á su hija... No adelanto más la inducción. Es un hecho: que la mayoría de las mujeres de teatro cultiva el amor libre; en cuanto á las que se contentan con sus maridos (y aseguran que las hay) habría que ver si, en el interior de sus hogares no pretenden, en todo y por todo, valer tanto como sus *camaradas*. O la subordinación de las mujeres, garantizada por la reserva de su vida, ó el envilecimiento de los hombres:

© Biblioteca Nacional de España

hay que escojer. Bien me sé que la naturaleza, que por doquiera crea séres *ambiguos*, como decía Fourier, parece haber predestinado á ciertos machos á servir de caperuza á sus mitades. ¡En hora buena! A mujer emancipada, marido bendito. Paz y tolerancia á esos bravos sacrificados. Pero que no se les convierta en modelos, ni, sobre todo, se erija su ejemplo en máxima de derecho civil y político. En resúmen, yo no pido el cierre de los teatros, pero, sí digo que nos falta mucho todavía para su moralización. Sobre este punto nadie ha contestado todavía satisfactoriamente á las objeciones de Rousseau y de Bossuet.

Pasemos á las escritoras. He reconocido en la mujer una función de educatriz; no creo, con ello, haber hecho concesión alguna á mis adversarios. La mujer, por la cualidad de su espíritu, está colocada entre su marido y sus hijos como un reflector viviente, para concretar, simplificar y transmitir á tiernas inteligencias el pensamiento del padre. Viviendo el hombre en sociedad, y formando las familias la ciudad por su unión solidaria, creo que la mujer que posee en alto grado las aptitudes de su sexo, puede extender la esfera de su irradiación sobre la comunidad entera. Así como la belleza de algunas aprovecha á todas, la virtud eminente, el talento sin par de otras puede aprovechar también, no sólo á todas, sino á todos. Admito, en su consecuencia, que la mujer comparta, hasta cierto punto, con el hombre, la función de escritor; pero siempre á condición de qué, hasta cuando escribe, hasta cuando se presenta al público, quede siendo mujer y madre de familia: de otra suerte, no la tolero. Ahora bien, aquí está

© Biblioteca Nacional de España

el punto delicado. Es muy difícil que la que toma la palabra ante la asamblea no la use un poco alta en su hogar. De consiguiente, cuanto más talento muestra una mujer, tanto más necesita de virtud doméstica. ¿Estamos? El público, por sus aplausos indiscretos, es el primer autor del desórden. Hasta diríase que hace mediano aprecio de la que, con el talento más positivo, observa una conducta reservada y modesta. Una puntita de escándalo acrecienta la celebridad de la *literata* y le dá todo su perfume. La señorita Meulán, la señorita Amable Tastu, empiezan á caer en olvido. La señora Necker de Saussure sólo es conocida de las institutrices. ¡Cuántas otras, más audaces, no han visto extinguirse su reputación con sus galanterías!

Consiento, pues, en que una mujer, dado el caso, escriba y publique sus obras; pero pido que, ante todo, sea garantido el respeto á la familia. «La mujer, dice el Código, no puede dar, enagenar, hipotecar, adquirir, prestar testimonio, sin autorización de su marido.» ¿Cómo no ha visto el legislador que el caso es mucho más grave, para la dignidad del marido, para su seguridad, cuando se trata de la publicación de un escrito, ó de otra cualquiera exhibición de su mujer? En Francia los hombres son los que mayor ahinco muestran en dar importancia á sus mitades. Poco antes de la Revolución de Febrero, en 1847, asistí á una sesión política y socialista donde una mujer, muy bella por cierto, hacía su estreno oratorio, bajo la protección de su marido. Nada había que oponer, ya que éste se hallaba allí, sirviendo de ujier á su consorte. La improvisación rayó muy por debajo de la medianía: la señora no estaba en voz: No po-

© Biblioteca Nacional de España

dría decir lo que sufrí por aquella pobre mujer, exibida por un hombre imbécil. Creo que, á ser yo el amante, la hubiera hecho volverse en seguida á casa, y habría dado de bofetones al marido. Una mujer que escribe no debería ser conocida del público sino de nombre: una mujer que perora debería ser encerrada en su casa.

Hallábame yo en la sesión de las cinco Academias, donde la señora doña Luísa Colet-Révoil acudió á recibir el premio de poesía por su composición sobre el Museo de Versalles. Han pasado desde entonces más de veinte años: la señora Colet-Révoil debe ser ya vieja; y desde aquella fecha no ha producido cosa que valga. Irritábame el ver á una joven casada expuesta á las miradas, embriagándose con los aplausos del público, mucho más sin duda de lo que la transportaran la aprobación de su marido y las caricias de sus hijos. Parecióme entonces que si hubiese sido yo el cónyugue responsable de aquella laureada, le habría dicho, al venir á presentarme su corona: «Señora, usted ha enviado sus versos al certámen, á pesar de mis ruegos; usted ha asistido á la sesión de la Academia contra mi voluntad. La vanidad ciega á usted y dará orígen á nuestra común desventura. Pero no beberé yo el cáliz hasta las heces. A la primera desobediencia, y en cualquier sitio donde se refugie usted, la reduciré á la imposibilidad de exhibirse de nuevo en público y hacer que se hable de usted...» Y tal como lo dijese, lo habría hecho. En una sociedad donde la ley no proteje la dignidad del cabeza de familia, al cabeza de familia incumbe protegerse á sí mismo. En casos tales entiendo, como el Romano, que el marido tiene derecho de vida y de muerte sobre la mujer.

© Biblioteca Nacional de España

La peor especie de emancipada es la mujer filósofa, ó que quiere filosofar, la que con lós habituales extravíos de la emancipación, el horror contra el matrimonio, une las pretensiones de una doctrina, el orgullo de un partido, la secreta esperanza de una decadencia en masa del sexo masculino.

En la mujer artista, ó confeccionadora de novelas, la emancipación llega por la imaginación y los sentidos. La seducen el ideal y la voluptuosidad. La bayadera de la India, la almea de Egipto, las mujeres de las casas de thé en el Japón son también artistas. Una frase salida del corazón, una palabra cariñosa, y á menudo, pan, son cosas que bastan para cambiarlas. Por lo demás, son mujeres más bien alocadas que emancipadas. Por ello muchos hombres las prefieren á las estóicas, en quienes la virtud reviste carácter de autoridad.

El filósofo hembra, esa gallina que *canta como el gallo*, según dicen los campesinos, es intratable. El desarreglo del espíritu y del corazón, en ellas, es general. En la crítica que hice de las señoras Roland, de Staël, Necker de Saussure y Jorge Sand, en quienes he señalado, á grados diversos, la presencia de la enfermedad, hice también resaltar así los principales síntomas:

«Por la misma razón de que una mujer, á pretexto de religión, de filosofía, de arte ó de amor, se emancipa en su corazón, sale de su sexo, quiere igualar al hombre y gozar de sus prerrogativas, ocurre que, en lugar de producir una obra fisiológica, un poema, una obra maestra de arte, única manera de justificar su ambición, hállase dominada por

© Biblioteca Nacional de España

un pensamiento fijo que desde entonces ya no la abandona, y le hace las veces de génio y de idea. Y es que en todo, razón, fuerza y talento, la mujer vale tanto como el hombre, y si no ocupa el mismo lugar que éste en la familia y en la sociedad, hay violencia é iniquidad para con ella.

«La igualdad de los sexos con sus consecuencias inevitables, libertad de amores, condenación del matrimonio, envidia y ódio secreto al hombre, y para coronar el sistema, una lujuria inextinguible: tal es, invariablemente, la filosofía de la mujer emancipada...»

Y añadía, para terminar:

«Sería cuestión de repetir siempre lo mismo. Seríame preciso mostrar siempre á la mujer, cuando la manía de igualdad y de emancipación se ha apoderado de su espíritu, perseguida por esta manía como por un espectro, envidiosa de nuestro sexo, menospreciando el suyo, no soñando para sí misma sino una ley de excepción que le confiera, entre sus semejantes, los privilegios políticos y domésticos de la virilidad; si es devota, retirándose en Dios y en su egoismo; si es mundana, dominada por el amor, y apurando vergonzosamente todos sus caprichos y sus figuras todas; si escribe, subiéndose sobre zancos, ahuecando la voz y haciéndose un estilo de encargo, donde ni se encuentra el pensamiento original del hombre, ni la reproducción de este mismo pensamiento graciosamente reflejado por la mujer; si compone una novela, contando sus propias debilidades; si se mete á filosofar, incapaz de tratar con energía un asunto, de profundizarlo, de deducirlo, de formar una síntesis; comunicando

© Biblioteca Nacional de España

en su impotencia metafísica, su pensamiento, con frases breves; y si se mezcla en política, excitando por sus chismes las cóleras, y emponzoñando los ódios.»

En resúmen: la mujer atacada de semejante manía tiende á separarse, en corazón y espíritu, de su sexo, desdeñándolo y tomándole tirria precisamente en lo que tiene de mejor, y á la vez envidiando, denigrando y empeñándose en igualar ó hasta suplantar al nuestro, sin poder, no obstante, expresarlo nunca, ni siquiera comprenderlo. De todo ello resulta para la desventurada una especie de hermafrodismo idiosincrático que le hace perder, con las gracias de su sexo, el verdadero sentimiento del amor, haciéndole odioso el matrimonio y precipitándola, de pensamiento, y demasiado á menudo de obra, en un erotismo cada vez más excéntrico. Depravadas las afecciones, descompónese á su vez la inteligencia; las obras de la mujer emancipada se distinguen por una excesiva desigualdad, una palabrería interminable, y una mescolanza de puerilidades femeninas y de afectación de masculinidad. No hablaremos ya de raciocinio, ni de razón: palabras desviadas de su sentido, ideas tomadas al revés, visible ahinco en apoderarse de los pensamientos y expresiones del adversario para trocarlos en argumentos á su propio favor; la costumbre de contestar á la última palabra del discurso, en lugar de contestar al discurso mismo; mentís contra la evidencia, fórmulas halladas por doquiera, y aplicadas con razón ó sin ella, retruécanos, despropósitos, caricaturas; en una palabra, la confusión de todas las relaciones, la anarquía de las nociones,

© Biblioteca Nacional de España

el cáos! Hé aquí por lo que se distingue el intelecto de una mujer emancipada. Estos rasgos, que en mi Estudio me limité á señalar en algunas de las celebridades del siglo, los tengo observados en centenares de sujetos. Toda vez que á ello me autorizan las publicaciones de ustedes, no llevarán á mal, señoras, que las haga figurar á su vez en mi galería y que, descartando las personas de ustedes, evidencíe, por sus libros, lo que es su entendimiento.

¡Ah señoras! ya sé lo que van ustedes á decirme: que las ideas que defienden no son las suyas. que datan de fecha muy anterior á ustedes; que todo cuanto han hecho en ellas ha sido aplicarles su sello y que, por ende, las consecuencias que me propongo deducir de esta autopsia, carecen de fundamento. Usted, señora J*** L***, desciende en línea recta del Padre Enfantin; y usted, señora Jenny de H***, forma parte de otra rama del san-simonismo que, hace algunos años, tenía por órgano una *Revista* á que se daba el título de *filosófica y religiosa.* Todo eso sé, y estoy dispuesto á no atribuir á ustedes ninguna invención é iniciativa. Nadie pretendió que la mujer que se emancipa del hombre pueda producir sin él un sofisma, como tampoco un bastardo. Pero, que sus teorías de ustedes vengan de *afeminados* ó de *emancipados* ¿deja de ser siempre, en el fondo, la misma cosa, primeramente en cuanto á esas teorías en sí mismas, cuyo principio es la promiscuidad de las nociones, y su fin la promiscuidad de los amores; y luego, en cuanto á ustedes mismas, que se erigen en sus pitonisas? ¿Qué importa, en efecto, para el estado mental de ustedes que

© Biblioteca Nacional de España

su espíritu no pueda producir ó asimilarse sino licoperdones? Es vicio propio de la tésis de ustedes no poder refutarla, sin evidenciar al mismo tiempo la ulceración de su cerebro.

© Biblioteca Nacional de España

V

¿Sabe usted, señora J*** L***, lo que hay en el fondo de sus *ideas antiproudhonianas* sobre *el amor, la mujer y el matrimonio?* Seguro estoy de que ni siquiera lo sospecha usted. Desde luego, su folleto de 196 páginas, parece obra de varias manos. Partes hay que son verdaderas catilinarias: ahí, sobre todo, aparece el génio de la mujer; otras trascienden á profesorado desde una lengua. Habla usted con fácil verbosidad, capáz de asustar á los ignorantes, en metafísica, en síntesis, en antinomía: lo obsoluto, lo ideal, lo concreto y lo abstracto retozan bajo la pluma de usted, cual los amorcillos en el cinturón de Vénus. Aquí se vé á la pedante que repite, palabra por palabra, su lección de la víspera, y eso á no ser que su profesor le haya escrito su tema. ¡Pues bién, señora! por penoso que sea decirle á una mujer instruida, dotada de ingénio natural, que no vé gota en las cosas de que habla, me es forsozo resignarme á tan cruel extremidad. Su folleto, así como los dos volúmenes de la Señora Jenny de H***, es lo mejor que he encontrado hasta la hora presente para demostrar, con el ejemplo, esta proposición, que forma todo el fondo de mi respuesta:—LA PROMISCUIDAD DE LAS NOCIONES TERMINA EN LA

© Biblioteca Nacional de España

PROMISCUIDAD DE LOS AMORES y *vice-versa*.—Aquí está el carácter de nuestra época, de la que todos los escritores de alguna importancia se hallan acordes en señalar la analogía con la que marcó el fin de la civilización pagana y que señala el advenimiento del Cristianismo.

Ha seguido usted á un mal guía, señora, á M. Enfantin, abandonado, desde veinte años há, por cuantos espírutus vigorosos y conciencias lúcidas contaba la escuela san-simoniana, y cuya doctrina ha apreciado perfectamente, á mi entender, la policía correccional, si bien sea de lamentar que no haya dejado á la moral eterna (negada por él, no ahogada) el cuidado de allegarse defensores. M. Enfantin es uno de esos hombres de memoria fácil y de imaginación complaciente, que no produciendo ideas por sí mismos, tienen el talento de malear todo lo que tocan. Desde unos años acá, su costumbre es mantenerse tras cortina; paréceme, por el contrario, llegado para él el momento de ocupar un elevado puesto sin el auxilio de mujercillas, y exclamar: Héme aquí!...

Examinaré el libro de usted, señora, fría, grave, y como desea usted sin duda, doctrinalmente. A ejemplo de los teólogos, descartando lo accesorio, me ceñiré á extractar las *proposiciones* que forman el armazón de sus ideas, y sin las cuales no habría ideas enfantinianas, ni muy en breve más mujeres libres. Un poquito de paciencia: no seré largo.

1.° A propósito de mi última obra sobre la Justicia, le ha parecido á usted chistoso decir que mi libro es un nuevo viaje en busca de lo *absoluto*. Yo, que actualmente soy tan conocido por la guerra que hago á lo *absoluto*, como lo fuí antaño por mis ataques

© Biblioteca Nacional de España

á la *propiedad*, estar convicto de buscar lo absoluto bajo otro nombre, era, en efecto, poco hábil. También á propósito de buscar ese absoluto de que me he infatuado, no deja usted de acusarme en alta voz de *desenseñar* al pueblo la justicia. La acusación es grave: si estoy convicto de absolutismo, héteme sospechoso; no merezco ya que se me oiga, ni tengo ya, entre otros, el derecho de hablar de matrimonio, ni de mujer. Era inquietante, á la verdad.

Examinando sobre ello, no mi conciencia, que en hechos de absoluto nada me reprocha, sino la de usted, me he preguntado si sabía usted lo que decia al hablar de justicia y de absoluto. Y hé aquí lo que he encontrado: es bastante curioso y para su gran sacerdote, gravísimo.

Si por ABSOLUTO se entiende lo *cierto*, entonces seguramente creo en lo absoluto y lo afirmo, puesto que creo en ideas ciertas, en ideas de certeza absoluta, como por ejemplo: las verdades matemáticas, la ley de série, la sucesión del tiempo, la relación de causalidad, la noción de equilibrio, etc. Si por ABSOLUTO se entiende tambien lo *universal*, tambien respondo que soy partidario de lo absoluto, puesto que creo en *ideas universales*, puesto que admito, como se dice, universales ó categorías, y que de todas esas ideas, la más universal á mis ojos es la JUSTICIA.

Pero nunca, que yo sepa, se han considerado como sinónimos los términos: universal, cierto, absoluto, á no ser cuando se aparejan de este modo: *eso es de absoluta certeza*, siendo entonces *absoluto* un adjetivo que se aplica á toda suerte de ideas y de objetos, para marcar su más alta potencia, idealidad ó realidad.

© Biblioteca Nacional de España

Cuando rechazo lo absoluto, entiendo, con todos los lógicos (tal creo) una esencia ó entidad que reuniría en sí á la vez, y en grado infinito, toda potencia, toda vida, toda belleza, toda verdad, toda justicia, etc. Lo absoluto se toma entonces en una acepción lógica; ontológica, estética, jurídica: nada más evidente.

A tenor de esta explicación, claro es que la Justicia, que yo tomo por base de mi filosofía, no es lo absoluto, bien que sea para mí de absoluta realidad y certeza. La prueba es que, si de la noción de Justicia puedo deducir toda la legislación humana y toda la moral, no puedo, sin embargo, con esta misma noción, dar el sér á una mosca, ni descubrir el sistema del mundo, ni esculpir una estátua como la del Gladiador, ni inventar el álgebra, etc. Ni siquiera, con esta sola noción del *derecho,* improvisaré una constitución política, ya que, para aplicar el derecho, hay que conocer á fondo otras relaciones que no dependen directamente del derecho: relaciones políticas, económicas, geográficas, históricas, etc., lo cual no impide, en modo alguno, que la Justicia sea absolutamente cierta por su naturaleza, en todos los tiempos y en todos sus decretos, absolutamente como la ciencia aritmética es cierta en toda su extención, ya se límite á la formación de los números, ya se extienda hasta los logaritmos.

Usted, señora, por el contrario, y su patrono el señor Enfantin, no entienden así la justicia, ni lo absoluto, ni lo universal, ni la certeza.

Para ustedes, nada es cierto, nada es universal, nada es de por sí, justo. TODO ES RELATIVO, *mutable, variable*, la justicia, la belleza, la dignidad, como las

© Biblioteca Nacional de España

olas. Sostener lo contrario, esto es: admitir ideas ciertas, nociones universales, principios de justicia inmutable, es buscar lo ABSOLUTO, es depravar la moral: la sabiduría consiste en saber tomar las cosas según las circunstancias y en el punto de vista que parece más provechoso. Hoy república, mañana monarquía; antaño matrimonio y familia, después libre amor; ora democracia socialista, ora feudalismo industrial y propietario: cristiano en la Edad Media, protestante con Lutero, deista con Rousseau, malthusiano, agiotista en el siglo XIX. Atrévanse ustedes á hablar más claro, en el supuesto de que vean claro; digan qué agravio tienen, y que se les juzgue. Lo que usted califica y descubre en mí de *absoluto*, es, señora, la razón, la verdad, la realidad, la justicia, la certeza, toda la moral, toda ley de naturaleza y de sociedad; y lo *relativo* de usted es el pirronismo, la destrucción de toda razón, de toda ciencia, de toda moral y de toda libertad. Para usted, para M. Enfantin que lo ha probado, así como sus discípulos, de diez años acá, la sociedad es lo arbitrario en el poder, el agiotage en economía, el concubinato (me valgo de la palabra más decente) en la familia, la prostitución de las conciencias, por doquiera la explotación de la credulidad, de la avidéz, y de todos los malos instintos del hombre. ¡Ah! su folleto de 196 páginas, que muy pocos han leído, es un signo de la época: nos demuestra que la corrupción ha descendido, por el espíritu, por el corazón y por los sentidos, hasta las mujeres; mañana habrá llegado hasta los niños!

Ahora que hemos apreciado á usted en su lado fuerte ó en su lado débil, podremos seguirla. No ca-

© Biblioteca Nacional de España

rece usted, ni M. Enfantin, de cierta lógica; verdad-es que ésta no les cuesta grandes esfuerzos de cabeza, porque es la lógica de la confusión, la lógica del cáos, la lógica, como llevo dicho, de la promiscuidad. Con usted, señora, caminamos á grandes pasos hácia la pornocracia.

Toda verdad de conjunto implica armonía, simetría, série entre varios términos, es decir: *relación*. En cuanto la armonía se rompe, se mutila la serie y ya no hay relación; lo *relativo* no existe.

Otra causa del error de usted: ciertos séres, ciertos conjuntos se producen por *acrecentamiento continuo*; por ejemplo, los serés vivientes, por ejemplo, la justicia.

Dicen ustedes, en su lógica especial: la esclavitud vale más que la antropofagia, la servidumbre es mejor que la esclavitud, el proletariado mejor que la servidumbre, etc. De consiguiente, concluyen ustedes, la esclavitud es relativamente buena, el proletariado relativamente bueno, etc.; y como no podría llegarse á lo perfecto, á lo absoluto, todo es relativamente bueno y malo.

Pero todo ello es lógica de miopes, de gente que raciocina por aproximación, ó que toma frases de *convención* por máximas dialécticas. La verdad lógica, filosófica, exacta, severa, es muy diferente. Esta verdad, héla aquí: la justicia, verdadera en sí, en todas sus partes, se desarrolla *progresivamente* en la humanidad. A medida que se realiza este progreso, la humanidad se eleva sobre la condición animal, para entrar en el estado de sociedad ó de justicia. Resulta de aquí que la esclavitud, por si misma, no es más verdadera, ni en sí, ni relativamente, que

© Biblioteca Nacional de España

la antropofagia; es todavía, como ésta, animalidad; la servidumbre, el proletariado son animalidad, fatalismo, progresivamente reducidos por la acción de la libertad y de la justicia.

Lo mismo digo del desenvolvimiento de las instituciones políticas y religiosas.

Así, pues, el escepticismo de ustedes no reposa absolutamente en nada, sino sobre la confusión de sus ideas y la arbitrariedad de sus definiciones: su filosofía, lo repito, es caotismo, es promiscuidad, y diré á ustedes muy luego, que es prostitución.

2.° Habla usted de *relativo*, de verdad *relativa*, y opone esta palabra á lo *absoluto*.

Y aquí tambien siguen ustedes fuera de lo verdadero, y solo ven confusión. Toda verdad es verdadera, bajo su doble punto de vista: en sí, y considerada individualmente, y como parte integral ó cons tituyente del sistema de las cosas, cuya plena inteligencia nos daría, en efecto, una faz de lo absoluto.

Así, cada proposición de Euclides es verdadera en sí misma, y abstracción hecha de toda la geometría; y es verdadera, como término serial de la geometría, cuyo conjunto es tambien verdadero.—La teoría de las mareas es verdadera, independientemente del sistema copernicano;—la circulación de la sangre, el sistema de las funciones de nutrición son hechos verdaderos en sí mismos, independientemente de toda teoría de la reproducción, lo cual no les impide ser verdaderos también, en sus conexiones con la generación, el sistema cerebral, etc. Hé aquí lo que son lo absoluto y lo relativo; y ustedes hablan por imaginación, por un vislumbre incierto, cuando los oponen uno á otro: subsisten juntos, y aún, si conside-

© Biblioteca Nacional de España

ramos que cada idea, cada fenómeno, cada sér creado, tomado á parte, forma un todo, un universal, un *absoluto*, (muchos filósofos no vacilan en aplicar aquí este término) reconocerán que lo *absoluto* y lo relativo son también idénticos.

Así, la verdad tiene doble faz; y la faz más luminosa es la de *relación*, puesto que cuando se conoce una proposición en sí misma, no se conoce su verdad en toda su extensión; solo se sabe de ella algo, más no todo.

De donde resulta que 'las ideas de relación que, en ustedes, no son verdades, son las mayores de todas: lo cual prueba que ustedes toman la palabra en contra-sentido.

La causa de su error, aquí, es que ustedes hacen el *error*, la *desarmonía*, la anomalía, sinónimos de *relativo*, lo cual es un contra-sentido también.

Así, toda su metafísica, tan orgullosa, tan ligera, se reduce á una profunda ininteligencia, no solo de los términos, sino de las conexiones y de las nociones. Tan poco saben ustedes qué es lo *absoluto*, como lo *relativo*; para ustedes no existen certeza, ni realidad, ni universales, ni categorías; hállanse ustedes en el estado de un ídolo que tiene ojos, y no vé, oidos, y no oye, un entendimiento, y no comprende impresiones ni relaciones. A ello se reduce la fuerza especulativa de M. Enfantin; y por ello sedujo á usted y á todas aquellas en quienes ciertas disposiciones masculinas han obliterado el sentido moral y destruido el sentido común. En todo ello, M. Enfantin ha sido el hombre de su época, el digno apóstol de la religión de la carne, representante de la destrucción de los principios y de la disolución de las conciencias, cuya preparación tué el reinado de Luis-Felipe.

© Biblioteca Nacional de España

3.° Ahora que tenemos el secreto de su *doctrina*, podemos seguir á usted y explicarla á sí misma. No pretendo endilgarle *un curso de lógica;* ni sería oportuno, ni me comprendería usted.— Le he prometido una autopsia, la autopsia de su alma, y voy á cumplir mi palabra.

Descartada por usted la justicia como *absoluto*, ¿cuál será su punto de partida? Porque bien es fuerza dirigir á usted en su escepticismo. No le hablo á usted de *principios*, usted no los reconoce: los principios la conducirían á la idea universal, á la certeza, á lo que usted llama lo absoluto. Le es menester á usted una ley, cuando menos convencional.

Esta ley rectriz, esta luz tiene por nombre: lo *ideal*. Pero, consecuente usted consigo misma, quiero decir, fiel á las tinieblas que la asedian, se apresura usted á decir, que este *ideal nada tiene de absoluto*. Sobre lo cual detengo á usted de nuevo, para demostrarle: 1.° que no sabe usted de que habla, cuando habla de *ideal*; 2.° que, si usted lo conoce, cae usted en el más triste de los errores, cuando lo hace guia de su razón y dios de su corazón.

«No es cierto, dice usted, que lo ideal esté fatalmente consagrado á lo absoluto.»

Y acto seguido explica usted como toma un ideal *ad libitum*, ya en sí misma, ya en la naturaleza, sin jamás atribuirle ni la infinita bondad, ni la suprema perfección, ni nada que recuerde lo absoluto.

Todo ello significa que para usted, señora, que hace profesión de cultivar lo ideal, no existe realmente ideal; solo hay objetos que atraen más ó menos el deseo, la concupiscencia. *Ideal*, para todo hombre que se entiende consigo mismo, es una palabra

© Biblioteca Nacional de España

por la cual se expresa la *conformidad* de un sér con su tipo. Dícese también de la facultad del espíritu por la que, en vista de las realidades, (todas las cuales, como dije antes, según Rafael, son más ó menos defectuosas), nos remontamos por el pensamiento al modelo perfecto que suponemos invenciblemente existente en el pensamiento de la naturaleza creatriz, en la razón de Dios. En este sentido, lo *ideal*, cosa no real, pero perfectamente inteligible, es un absoluto, pues reune la verdad, la armonía, la exactitud, la proporción, la fuerza y la belleza. A él no alcanzamos, en verdad; pero obramos según él, salvo los derechos de la justicia que quedan aquí reservados; y nos depravamos cuando otra cosa seguimos. La renuncia á lo ideal es un signo de nuestra decadencia.

Usted, por el contrario, niega *a priori* este ideal, ya que lo niega usted en concepto de absoluto y que, en su mente, *absoluto* es sinónimo de verdad, de ley, de certeza. Para usted, lo repito, no hay ideal; y lo que llama usted con tal nombre, es todo lo que le place. Es lo feo. Ideal es una palabra que debe borrarse del diccionario de usted, lo mismo que *absoluto*, *relativo*, *cierto*, *universal*, porque nada, absolutamente nada significa para usted. Hay que reemplazarlo por otra voz que en latín se llama: *libido*, y en francés: *fantaisie* (capricho, antojo).

Aquí, encuentra usted parentela numerosa, pero que la honra muy poco. En literatura, en poesía, en pintura, en arte dramática (inútil citar la danza) nos encontramos en la escuela *fantasista*, última palabra del romanticismo; y vemos lo que produce. Lo mismo ocurre en moral; y el resultado es siempre el mismo: la prostitución, ¿está usted? Lea usted los folleti-

© Biblioteca Nacional de España

nes de T. Gautier, toda esa masa de novelas, dramas, versitos, etc. que ilustran nuestra época.

Uno de los efectos de esta substitución de la fantasía á lo ideal es que ya no tengamos, en Francia, teoría del arte, ni por consiguiente, arte. Obras de disolución, de libertinaje, y nada más. Antaño tenía por objeto el arte reproducir, ya sea lo ideal, en cuanto le es dado á la imaginacion apoderarse de él según los datos de la inteligencia, ya sea lo real, pero como antítesis ó expresión más ó ménos completa de lo ideal. Rafael es el representante de la primera manera; y la escuela flamenca, de la segunda. Estos dos objetos diversos del arte son igualmente legítimos, tan legítimos como la *comedia* y la *tragedia*. Tanto arte hay en representar lo real, como lo ideal. Los antiguos conocían esta doble teoría. Hoy, la multitud de los artistas y de los literatos solo conoce una cosa: la fantasía, y, por la fantasía, se aleja igualmente de lo *real* y de lo *ideal*. En sus obras no hay verdad, ni sublimidad: son mercancía á la moda, artículos de pornocracia.

Pero todavía no hemos llegado al fin. Ustedes se equivocan de cabo á rabo sobre el carácter de lo ideal; después de negarlo en concepto de *absoluto,* hacen ustedes de él su DIOS, lo cual se comprende perfectamente en una religión sin principios, sin ley, sin certeza, sin ideas universales, sin noción, sin justicia, sin costumbres, en un siglo en que todas estas cosas se hallan reemplazadas por la *fantasía,* lo cual implica una inconsecuencia, una contradicción.

En la teoría que intento dar del progreso, he explicado cómo el progreso tenía su principio en la justicia; como, fuera de la justicia, todo otro desenvolvi-

© Biblioteca Nacional de España

miento político, económico, literario, filosófico, se hacía subversivo y disolvente; como lo ideal nos era dado para llevarnos á la justicia, y como, por fin, si este mismo ideal, en vez de servir de auxiliar y de instrumento al derecho, se tomára intrínsecamente por regla y objeto de la vida, resultaba inmediatamente decadencia y muerte para la sociedad. En una palabra: á la justicia he subordinado lo ideal, cuya idea, desde el punto de vista de la razón especulativa, es menos universal; y cuyo sentimiento, desde el punto de vista de la razón práctica, es menos social que el del derecho.

Usted, por el contrario, subordina el derecho á lo ideal, á ejemplo de los idólatras politeistas, cuya decadencia he narrado: en lo cual se halla usted completamente acorde con la moderna bohemia, cuya máxima, como usted sabe, es: *el arte para el arte.*—Ahora bien, el principio del arte para el arte conduce á corolarios de toda especie, que naturalmente entran en el catecismo de usted: el poder por el poder, la guerra por la guerra, el dinero por el dinero, el amor por el amor, el goce por el goce. Cuando le digo á usted, señora, que todos sus pensamientos conducen á la prostitución; que usted solamente tiene en el cerebro (no digo en el corazón, pues usted es la esposa del señor L***, á quien considero para usted como un salvador, un redentor, un Cristo)—la prostitución, y todo ello por haber prestado oidos á ese magnetizador de M. Enfantin!

La escuela de la fantasia, de la que usted, sin saberlo y por el solo hecho de la perturbación de su cerebro y de la enfermedad de su alma, nos dá la absurda metafísica, es el *goce*, es el *vicio*, la

© Biblioteca Nacional de España

inmoralidad, la *degradación política;* es la PORNOCRACIA.

4.°—Me echa usted en cara el confundir perpétuamente lo *concreto* y lo *abstracto*; y aquí niega usted la existencia de las colectividades y de sus atributos. Sobre esto tendré el honor de observar á usted, señora, que antes de reprocharme el confundirlos, hubiera debido usted cerciorarse de que usted misma sabía distinguir, lo cual, por desdicha, no es cierto.—Su noción de lo *absoluto* es inexacta, y más todavía, la que forma usted de lo *concreto*.

Repite usted, con los viejos nominalistas, que la sociedad es una palabra, que no hay ente social fuera de ó sobre el individuo, hombre ó mujer; que la pareja resultante de su unión no es más que una creación moral, y nó una creación real; y á mayor abundamiento, que no podrían atribuirse á esta pareja, como á un sér positivo *sui generis*, cualidades, atributos ó funciones, de las cuales se argumentará después, para, contra ó sobre los individuos, el hombre y la mujer.

«Fenomenalmente, el ente social es nada. No podría influir sobre nuestros sentidos; pero considerado abstractivamente, es resultado de las cualidades propias del hombre y de las cualidades propias de la mujer.» Así dice el maestro; así repite la discípula.

Esa es harina de otro costal. Hace poco negaba usted, bajo el nombre de lo absoluto, las ideas universales, la certeza; desconocía usted lo *relativo;* destruía usted lo *ideal*, sustituyéndole la fantasía; eliminó usted la justicia. Y ahora niega las colectividades, las existencias generales y por ende las ideas generales, las leyes generales, lo que equivale á decir: la

© Biblioteca Nacional de España

naturaleza misma y la Sociedad. Del caotismo caemos en el nihilismo; de la pornocracia en la muerte. Es lógica, en cuanto la palabra lógica puede aplicarse á las tinieblas, á la muerte, á la nada.

Una idea se dice *abstracta* cuando sirve para representar una simple relación, independientemente y hasta con exclusión de toda realidad. El número 5, por ejemplo, es una idea abstracta, el número 7, otra. La fórmula $5 \times 5 = 25$ es abstracta, y por la misma razón $7 \times 7 = 49$ es una fórmula abstracta. Si, generalizando más, y descartando los números particulares 5, 7, 25, 49, digo $A \times B = C$, la fórmula será todavía más abstracta que las otras dos.

Hay ideas abstractas de toda suerte; basta este ejemplo.

Pero las ideas de colectividad, de grupo, de género, de especie, son muy distinta cosa que ideas abstractas; son diametralmente lo opuesto. Éstas, como acabamos de decir, excluyen la idea de materia; aquéllas, por el contrario, la suponen esencialmente. Cuando pronuncio el número 5 ó sus múltiplos 25, 150, 250, 2.500, 25.000, etc., es evidente que no sobreentiendo hombres, ni caballos, ni árboles, etc.; pero cuando digo una colmena, un rebaño, una nación, un bosque, es evidente también que sobreentiendo abejas, animales, hombres, árboles, sea cual fuere por lo demás su número: las palabras colmena, rebaño, nación, etc., nada sin esto significarían.

La idea abstracta y la idea colectiva, idea de grupo, género y especie, son pues diametralmente inversa una de otra, cosa en que ni usted, señora, ni su maestro, M. Enfantin, han parado nunca mientes. Imposible hubiera sido su caotismo si esta distinción,

© Biblioteca Nacional de España

bien aparente, no obstante, hubiese entrado en el espíritu de ustedes. Pero aun hay más.

Las colectividades, grupos, géneros, especies, no son puras ficciones de nuestro entendimiento; son realidades tan reales, como las individualidades, mónadas ó moléculas que las constituyen, y con igual título que éstas. En efecto, ¿qué es un árbol, un hombre, un insecto? Un sér formado de partes relacionadas unas con otras y dando lugar, por esta relación, á una unidad de orden superior que se llama árbol, hombre, insecto. Sér simple, no lo conocemos: para nosotros es lo absoluto, ese absoluto que usted, señora, rechaza. Ahora bien, una nación, una sociedad, una colmena, una roca, un mineral, un gás, un bosque, todos los órdenes, géneros y especies de plantas y de animales, son unidades de orden superior, existencias positivas, formadas por la conexión de unidades inferiores, y teniendo propiedades, cualidades y facultades especiales. Demasiadas veces he tratado este punto, y me créo dispensado de insistir en él.

De hecho, no conocemos, no apreciamos, vemos, tocamos, palpamos, ni medimos sino colectividades, grupos, volúmenes, conglomerados: la unidad elemental no se deja sorprender en parte alguna. Lo real es lo múltiple, la série, la síntesis; lo abstracto, lo absoluto es el átomo. ¿En qué consiste, señora, qué, buscando lo real, lo concreto y lo ideal, y evitando lo absoluto, llegue usted constantemente en su filosofía, á equivocar la dirección, tomando siempre lo absoluto, por lo relativo, lo concreto por lo abstracto, y *vice-versa*? ¿Cómo no vé usted que lo que hace, para nuestra inteligencia, la realidad de los séres, es la relación de sus partes; que, por consiguien-

© Biblioteca Nacional de España

te, siendo el hombre y la mujer complementarios uno del otro, como las partes del cuerpo humano son complementarias unas de otras, el hombre y la mujer forman por su unión un organismo muy positivo, muy real, muy concreto, de ninguna manera abstracto, pero de órden superior; y que lo mismo ocurre con la familia, la ciudad, y la nación?

Durante cierto tiempo, el espíritu humano titubeó sobre esta proposición; la lucha de los realistas y los nominalistas es de ello un monumento. Preciso es un grado más de atención para percibir la conexión de las partes separadas, y muy distantes á veces, que para apreciar la de los miembros de un cuerpo viviente: esta debilidad de percepción es uno de los rasgos que caracterizan la infancia del espíritu humano, el entendimiento de los niños y de las mujeres. Menester ha sido la teoria de Newton para comprender que el sistema planetario es tan ciertamente una cosa, como el sol y cada uno de los planetas.

¿Quiere usted ver, ahora, á donde conduce la confusión de las ideas abstractas con las ideas generales; y la negación que hace usted, por consiguiente, de la realidad de las existencias colectivas? Voy á decírselo en dos palabras.

Para mí, la sociedad humana es un sér real, en igual concepto que el hombre, que de ella forma parte. Este sér, formado de hombres, pero que no es lo mismo que un hombre, tiene su vida, su fuerza, sus atributos, su razón, su conciencia, sus pasiones. De ello he apuntado algo en mis Estudios IV y VI (1)

(1) Consúltese, también la *Teoria del Impuesto*, ó Balance de la libertad individual y de la libertad politica.

© Biblioteca Nacional de España

—De consiguiente, también tiene sus leyes propias, leyes y conexiones que la observación nos revela, y que el solo conocimiento orgánico y fisiológico del individuo no daría. De ahí, para mí, todo un mundo de conexiones, cuyo conjunto forma lo que yo llamo derecho público, derecho económico, derecho de gentes, absolutamente como, del estudio de las facultades del hombre, resulta la moral privada é individual.

Para usted por el contrario, para usted que en la sociedad solo vé una abstracción, y que de consiguiente, no le reconoce atributos, ni funciones, ni relaciones; en una palabra, nada de lo que constituye la existencia y la vida, para usted, el estado social no es más que el resultado de las relaciones que le ofrecen los indivíduos, relaciones, á su entender, esencialmente variables. No hay constitución de la sociedad, ni derecho internacional, ni sistema económico; todo se rije por la fantasía, á tenor de las circunstancias y según la prudencia de aquellos á quienes el azar, el capricho de la muchedumbre, la corrupción ó la fuerza propusieron á la gestión de los intereses generales. Cito palabras de usted:

«La sociedad no es una autoridad *sui generis*, una potencia externa; no tiene esfera propia; es el *medio* en que los séres sociales funcionan, como el éter es el medio en que las esferas celestes realizan su revolución.»

Para ciertos centralizadores, la sociedad ó el Estado es el todo; el indivíduo, nada; la primera absorbe al segundo.— Para usted, la sociedad es nada; sólo existe el indivíduo, macho ó hembra, la sociedad es una palabra que sirve para designar el conjunto de las relaciones de los indivíduos entre sí (como si los

© Biblioteca Nacional de España

individuos pudiesen sostener relaciones, y no crear *ipso facto*, un todo concreto, una realidad superior que les sobrepuje!) Los primeros convergen al comunismo, como si dijéramos, al despotismo; los segundos á la anarquía ó á la fantasía; pero como la fantasía y la anarquía son impracticables por esencia, preciso les es á estos nominalistas hacer un llamamiento á la fuerza; y así, partiendo de los dos puntos extremos del horizonte, se llega á la tiranía.

Siempre la mescolanza, siempre la promiscuidad, gobernada por los goces, por el idealismo de las voluptuosidades, apoyada, caso necesario, en la fuerza.

¿Está usted, señora? Su maestro M. Enfantin, no osaría sostener hoy el sistema comunista, contra el cual la opinión ha fallado sin remisión. Pero es evidente que, negando la realidad del sér social, no admitiendo sino una justicia variable y arbitraria subordinada á lo ideal, es decir á la fantasía de los goces, cae fatalmente en el comunismo, en una promiscuidad, en una pornocracia general.

Una postrera cita lo demostrará.

5.° El folleto de usted termina con una série de preguntas y respuestas que usted intitula: *Resúmen sintético*. La palabra sintética figura aquí con intención. Ha querido usted oponer la síntesis de M. Enfantin, á mi *antinomia*, de que hace usted burla, acá y acullá, muy graciosamente. Usted misma lo declara; «El error fundamental de M. Proudhon ha sido estudiar dos términos en sus conexiones, sin querer referir estas conexiones á un TERCER TÈRMINO que determine su expresión, su significado verdadero.»

M. Enfantin puro. ¡Pobre mujer! ¿cómo ha tenido usted valor de engolfarse en esa discusión trinitaria, donde el mismo M. Enfantin ha sobrepujado de cien

© Biblioteca Nacional de España

codos en ridiculéz, ya colosal, al mismo padre de la Triada, el bueno y honrado Pedro Leroux. Digo *bueno* y *honrado*, á pesar de las chanzonetas que Pedro Leroux se ha permitido para conmigo: por más que muerda, no hace daño; no tiene dientes.

¿Será menester que le demuestre á usted, señora, para vindicta de la filosofía, de que hace usted tan asombrosas caricaturas, que su pontífice la indujo miserablemente en error con su pretendida síntesis; que su dialéctica es una parodia de la de Hégel; que la antinomia no se resuelve; que los términos opuestos no hacen jamás sino contrabalancearse; que el equilibrio no nace entre ellos de la intervención de un tercer término, sino de su *acción* recíproca; que ninguna potencia podria *fijar* el valor; que esta fijación es una *convención* de los cambistas, aplicable solamente al instinto del cambio; que así no hay unidad natural ó patrón de peso, de medida, de valor, y que lo que con este nombre se llama son puras convenciones; que su teoría de la banca es la del agiotaje, etc.? Todo ello sería muy largo y no se haría más inteligible para usted. Prefiero proceder, por ejemplo, dejando á un lado la demostración: será más divertido para usted, la impresionará más, producirá más efecto. Es interesantísimo; va usted á ver como M. Enfantin llega por la *síntesis*, ó sea la Triada, â la PORNOCRACIA.

Recuerdo que cierto dia, en 1848, en una reunión donde exponía yo los principios del Banco del Pueblo, Pedro Leroux intentó refutar mi sistema, demostrándome que aquellos contradecían, de cabo á rabo, las *leyes de la Triada*. Impaciente yo, quise observar al filósofo que la Triada, en materia de finanza, de

© Biblioteca Nacional de España

descuento, era inaplicable, en atención á que todo gira aquí, como en contabilidad, sobre dos términos: *debe* y *haber*, *activo* y *pasivo*, *venta* y *compra, consumo* y *producto*, etc.: «La economía política de usted, exclamó P. Leroux, es falsa; su contabilidad, falsa; dígole á usted, yo, en nombre de la Triada, que la Teneduria de libros debe llevarse por partida TRIPLE, y no por *partida doble*, la cual es absurda!» Entreví el momento en que P. Leroux iba á acusar á la Teneduria de libros por partida doble de haber engendrado la miseria y el proletariado.

La manera como M. Enfantin entiende y practica la síntesis es exactamente igual á la de P. Leroux; no comprendo como hayan podido reñir estos dos reformadores.

Pensar es pesar, dice M. Enfantin.— Esto lo sabemos desde el colegio; pero como el peso no es más que una forma de comparación, nosotros diríamos: si en el pensamiento no entrase nada más que la comparación que pensar es *comparar*, la fórmula seria más general, y por ende, mejor.

La acción de comparar ó pesar implica dos términos: *no puede compararse nada con nada*, es un axioma de lógica, etc. M. Enfantin no se contenta con dos términos; necesita TRES.—Podrian concedérsele cuatro, y ciento y mil, puesto que el resultado de la comparación es tanto más elevado cuanto mayor es el número de objetos á que se aplicó. Pero aquí hablamos de una operación de lógica elemental, operación que se trata, por consiguiente, de reducir á su expresión más sencilla posible. Preguntaré, pues, si la comparación implica á lo menos tres términos, ó sólo dos?

M. Enfantin aduce como ejemplo la *balanza*. Y

© Biblioteca Nacional de España

dice por boca de su intérprete, la señora J*** L***:

«En el hecho de comparar dos cuerpos pesados en sus relaciones de peso, es cierto que hay los dos platillos de la balanza que dan lo más ó lo menos; pero, para determinar la diferencia, para expresarla y convertirla en hecho, preciso es un criterio de gravedad que forma parte de la balanza ó que se le anexiona en el acto de la operación (como las pesas) pero que, en su norma unitaria, es anterior y superior al hecho del peso, y se refiere á la ley general de gravedad. En esta operación, se ha sometido ese fenómeno á su ley propia, se ha reducido á la unidad; se han comparado dos cosas entre sí en sus relaciones con una ley general, y se ha formulado un hecho nuevo. ¡Pues bien! nuestro entendimiento, procede igualmente; sólo que, nuestro entendimiento, que es viviente, es á la vez el agente y el instrumento de la operación. Como la balanza, tiene sus platillos y su medida propia.»

¿Verdad, señora, que usted nada comprende de tamaño galimatías? Pues yo tampoco. Lo que sí puedo afirmarle, cuando menos, es que el tercer término es una nube sita en el cerebro de M. Enfantin, y pare usted de contar. La balanza, por ejemplo, es una aplicación de la gravedad que tiene su tipo en el sistema planetario. La *tierra* y la *luna*, en este caso, atrayéndose una á otra, pesando una sobre otra, contrabalanceándose, forman una balanza. Ahí no hay tercer término, porque aún cuando el sol y todos los otros planetas no existiesen, no por ello dejaría de existir el fenómeno entre la tierra y la luna. En la balanza de que se sirve su vecino de la esquina, el lonjista, las cosas ocurren de idéntica suerte: los dos

© Biblioteca Nacional de España

objetos cuyas masas se quieren comparar, se contrabalancean entre sí como la tierra y la luna; y nada más. Solo que, como la operación ocurre en la superficie de la tierra, que atrae á sí los citados objetos, y destruye, digámoslo así, por su atracción *superior*, la atracción mútua de aquellos, se les coloca sobre los platillos de una báscula y se juzga entonces, por comparación, cual de ellos pesa más, no sobre el otro, sino sobre la tierra que los lleva á entrambos. El fenómeno, como vemos, se ha complicado, pero no por ello es menos dualista en su forma elemental; y la prueba es que, en la operación de pesar, se hace abstracción de la tierra, cuya atracción ha cambiado la forma del experimento.

Lo que aquí alucina á usted, señora, así como á M. Enfantin, es que, cuando el marchante pesa su mercancía, no la compara con el primer objeto que á mano viene; para ello se vale de una PESA, contrastada por el Estado, con sus múltiples y sub-múltiples, y á la que cada cual ha convenido en referir la masa de todos los objetos. Así, en vez de decir que un gallo es igual, en peso, á un conejo, á tantas docenas de huevos, á tantos granos de trigo, dícese que pesa tantos kilógramos, (tomando aquí por unidad el kilógramo ó el decímetro cúbico de agua: es la tercera potencia de M. Enfantin), pero ello no pasa de una convención que se puede reemplazar por tantas convenciones semejantes cuantos cuerpos pesados, mensurables y comparables hay en la naturaleza: lo cual viene siempre á decir que la acción de pesar ó comparar es doble, que implica dos términos, ni más ni ménos. Hacer del kilogramo ó del decímetro cúbico de agua destilada á 0° de temperatura el regulador y

© Biblioteca Nacional de España

el prototipo de la balanza, es bueno para la práctica del comercio, pero es nada en filosofía, y ni siquiera en economía; es un juego de niño menor de siete años.

M. Enfantin razona sobre el cambio, la moneda, y la banca, lo mismo que sobre el peso. Según él la comparación de los valores implica también tres términos: 1.° dos objetos diferentes, que se compara, por ejemplo: un sombrero y un par de botas, y un tercer efecto que expresa su precio: la MONEDA. Pero también aquí es claro que la moneda, como el kilógramo, es un signo de convención, elegido entre todas las mercancías, para facilidad y rapidéz de las transacciones; no hay tres términos, sólo y siempre hay dos: el análisis económico nada deja que desear sobre este asunto.

Los dos ejemplos anteriores bastan para mostrar la singular lógica de M. Enfantin. Pasemos á las aplicaciones. Son curiosas. La filosofía *sintética* de M. Enfantin podría llamarse la filosofía de lo *intermedio*.

En cuanto al peso, por ejemplo, no bastan, dice, los dos platillos de la balanza, es menester la *pesa*, expresión de la *unidad de peso*. Esta unidad se define por el Estado, órgano de la ley general, según la cual se comparan y aprecian los dos cuerpos colocados en la balanza. El Estado, inventor de las pesas y medidas, es, pues, el intermedio obligado de todo peso: así el peso, en ciertos casos, era una función pública, y la balanza un instrumento público por el que se pagaba cierto derecho. Todavía subsisten de ello vestigios. Yo digo que todo ello es ficción y que nada debe pagarse.

Lo mismo en cuanto al cambio:

© Biblioteca Nacional de España

«En el hecho de cambio, dice, (siempre por la pluma de la señora J*** L***), no bastan dos potencias individuales, un vendedor y un comprador, sino que además se requiere una tercera potencia, la cual, fijando el valor, haga la unidad entre las partes y enlace el hecho particular de cambio con una ley general reproducida en el órden social. Esta tercera potencia representa, pues, la intervención de la sociedad, y tiene por instrumento la moneda.»

De ahí, como ha poco, un derecho percibido por la sociedad sobre las ventas y compras, derecho de circulación, de patente, de licencia. Los antiguos reyes de Francia llegaban al extremo de pretender que no siendo la moneda más que un signo, tenían el derecho de dar á una pieza del calibre de 1 franco el valor de 5 francos, de 10 francos, de 50 francos; y se hacían monederos falsos.

Digo yo, por el contrario, que la moneda es un hecho de pura convención; una manera de abreviar la multiplicidad de los trueques; que, en el fondo, los *productos* se cambian por los *productos*; que la moneda no es más que un producto, á pesar del privilegio de que goza; las sociedades primitivas lo pasaban perfectamente sin ella; tambien podríamos sin ella pasarlo en nuestros dias; y en todo caso, el comercio es por su naturaleza gratuito, y no tiene que pagar derecho á nadie.

Lo mismo en cuanto á la banca. Aquí, M. Enfantin, defendiendo su *síntesis*, combate por su altar, por su hogar.

Puesto que en el *peso* es necesaria la intervención de un tercer término, ocurriendo lo propio en el hecho de *cambio*, lo mismo deberá acontecer en las

© Biblioteca Nacional de España

operaciones de *crédito*, que no son otra cosa que una aplicación más complicada del empleo de la moneda y del cambio. La intervención de un tercer término será, pues, necesaria aquí, esta intervención será la del Banco de Francia, autorizado por el Estado, de las sociedades de Crédito hipotecario y moviliario, igualmente autorizadas, de los Agentes de cambio privilegiados, etc., etc. Por todos estos servicios se percibirá un derecho: *descuento*, *agio*, *comisión* ó *interés*, palabras que expresan los diversos matices de una sola y misma cosa: del derecho de intervención.

Digo yo, por el contrario, que el establecimiento de un banco social no ha menester, ni mucho menos, de la intervención de una tercera potencia; que esta tercera potencia es ficción pura; que el Estado no representa aquí, sino la *mutualidad* de los ciudadanos, la cual no supone originariamente sino dos términos, como la contabilidad misma: *débito* y *crédito*, prestamista y prestatario; que así se organiza el *crédito mútuo*, del que Bélgica nos ofrece numerosos ejemplos; y que, de consiguiente, el crédito, como el comercio, puede y debe un día ejercerse sin otro cánon, que los *gastos* mismos de la operación.

Sabido es como, en estos últimos años, ha procedido la escuela san-simoniana. Esos apóstoles, que debían abolir el proletariado y curar la miseria, habiendo encontrado, después del 2 de Diciembre, ocasión favorable, y hecho aceptar sus servicios, han realizado un inmenso movimiento de capitales y, como intermediarios de crédito, comenzaron por adjudicarse antes de toda producción efectiva, enormes lucros. El honor del apostolado exijía que enrique-

© Biblioteca Nacional de España

ciesen primero á la mesa, y que su parte fuese la última, así como, en una retirada, el general ocupa la última fila, y como, en un naufragio, el capitán es el último en salir del buque. M. Enfantin y los sintetistas retiraron su comisión; todos ellos son millonarios. ¿Es por ello más rica Francia? Lo pregunto á la plebe, cuyos salarios no han aumentado por cierto en proporción de la carestía de los productos; lo pregunto á la pequeña clase media, arruinada de *tres cuartas partes*. Solo la *gratuidad de los servicios* puede devolver el bienestar, la libertad, la igualdad á Francia: M. Enfantin profesa el principio diametralmente opuesto.

Nótese que, recordando tales hechos, no pongo en duda el desinterés de M. Enfantin: una vez, por todas, declaro á usted, señora, que tengo á los hombres y á las mujeres por mejores de lo que aparentan.

M. Enfantin está firmemente convencido de la necesidad de un principio de autoridad. Cree en la prepotencia del Estado y en la jerarquía social. Cree que la potencia social, esa potencia sintética que forma el fondo de su metafísica, es anterior y superior á los términos que une; que, de consiguiente, esa existencia es sagrada y que pasa ante todo. Así, pues, como no desespera de llegar á ser el pontífice supremo y de convertir el mundo á sus doctrinas, se ha dicho que, para constituir el nuevo sacerdocio, era indispensable el dinero; que, con el dinero, vendría el poder; y se han dado prisa, él y los suyos, á hacer fortuna. Tenía en esto tanto menos escrúpulo cuanto que la manera de hacer fortuna él y sus amigos era una aplicación de su metafísica: en principio y en

© Biblioteca Nacional de España

práctica se ha juzgado irreprochable. ¡Ah! ¡si lo conoceré yo al bueno del Padre Enfantin! entre él y yo nada de calumnia, ni de envidia; únicamente guerra á muerte!

Visto está en lo que consiste la filosofía de M. Enfantin: á eso se le llama, en lógica: *realizar una abstracción, una convención;* crear, en consecuencia, una tercería, que no es otra cosa, en política, que lo que antaño se llamaba derecho divino; y en moral, sacerdocio. Así M. Enfantin es esencialmente gubernamental y sacerdotal, á despecho de la Revolución del 89, que cambió radicalmente el antiguo derecho y refutó de antemano la síntesis enfantiniana.

Según los principios del 89, el hombre es para sí su propio señor, su propio iniciador, su propio príncipe, su propio juez, su propio sacerdote. Ya expliqué, en otro tiempo, por la teoría del trabajo, del cambio y del crédito, cómo, por la mutualidad, era el hombre su propio prestamista, su propio comanditario, su propio patrón, su propio obrero, su propio servidor.

No lo entiende así M. Enfantin: en todos estos casos, hace aparecer un intermediario, una *tercera potencia*, que destruye la libertad, la igualdad y la autonomia: con el bien entendido que el *derecho* pagadero por esta perpétua mediación nunca queda olvidado.—¿Qué es el juez, según él? un intermediario superior que dice el derecho de las partes, que interpreta sus convenios y que por ello recibía, antaño, especias. Yo digo que el juez tiene sus poderes de las partes que le llaman, que todo hombre es justiciero, y que la función del magistrado es, en el fondo, la de un testigo; y no más.

Inglaterra, America, Bélgica, Suiza, etc., afirman

© Biblioteca Nacional de España

el *self-gobernment,* y prueban su dicho por la más feliz aplicación. La ley, dicen, es la expresión de la voluntad general; para manifestarse solo necesita un debate contradictorio, un voto, hecho lo cual, es puesta en ejecución por el ministerio. No necesita de intermediario alguno.—La Revolución del 89 dijo lo mismo: por esto las diversas constituciones, llamadas monárquicas, que de ella surgieron, han querido que el rey, director ó presidente, no fuese más que el encargado de ejecutar la ley, y al efecto solicitada para formar el ministerio, pero no su autor, su revelador!—Ciertos partidos, inspirados por antiguos recuerdos, han intentado aumentar el poder personal del rey, la prerrogativa de la corona; en una palabra, rehacer del rey constitucional un intermediario á la manera de M. Enfantin y del antiguo régimen. Pero semejante tentativa se frustró, por razones que es inútil recordar. Se ha dicho que la ficción de la irresponsabilidad, la del príncipe, no arraigaba en Francia; sin duda, si el príncipe sale de sus atribuciones. Pero todavía no ha habido ejemplo de un gobierno que se ciñera á sus atribuciones legales; todos quieren hacer la ley; todos se erigen en autoridades. Por lo visto M. Enfantin y su escuela no son precisamente liberales.

En cuanto al trabajo, siempre el mismo método. M. Enfantin explica así la máxima san-simoniana: *á cada cual según su capacidad, á cada capacidad según sus obras.*—¿Quién juzgará, dice, la capacidad? ¿Quién, la obra?—No será el individuo capáz; ni el productor, interesado en exagerar su mérito; ni el que le paga, interesado en rebajarlo.—Preciso, es, pues, una *tercera potencia*, intérprete y órgano de la ley

© Biblioteca Nacional de España

general, que distribuya las funciones y las remuneraciones, que asigne los rangos y las aptitudes. ¿Ocurrirían así las cosas en Menilmontant?

Veamos, ahora, el ramillete.

El Catolicismo, religión de derecho divino, que afirma la necesidad de un sacerdocio, que hace del sacerdote un intermediario entre la conciencia del hombre y su libertad; del juez, un intermediario entre las partes; del banquero, un intermediario del comercio; del príncipe, un intermediario de todas las relaciones sociales y políticas. El Catolicismo jamás había llegado á suponer, en el matrimonio, la existencia de intermediario alguno. El sacerdote daba la bendición á los cónyugues, pero les dejaba en libertad de elegirse ellos mismos, y no aparecía en la unión. Lo mismo digo del oficial municipal encargado del matrimonio civil: recibe la *declaración* de los cónyugues y la inscribe en el Registro á fin de que todo el mundo sepa que fulano y zutana son marido y mujer.

M. Enfantin no guarda igual reserva. El hombre y la mujer, dice, son los dos primeros términos de la ecuación. Pero, ¿dónde está la tercera potencia que les una? Esta potencia es todavía la sociedad, añade, es decir, el príncipe ó pontífice, depositario de sus poderes. No solo, pues, este intermediario hace constar la unión, sino que la forma; él es quien, en las teorías enfantinianas, juzga de la *aptitud* de los esposos, de su *conveniencia* mútua; en una palabra él es quién distribuye á los maridos sus mujeres, y á las mujeres sus maridos, á tenor de la ciencia cierta que tiene de sus simpatías y de sus antipatías; él es quién, luego decreta su separación, cuando su mútuo amor

© Biblioteca Nacional de España

se extinguió; quién los une en nuevos lazos; es, en resúmen, el sacerdote andrógino, que hace y deshace las uniones amorosas, y determina su duración. Porque todo es *relativo,* porque el ideal *cambia*, no lo olvidemos; porque, en fin, el amor es LIBRE.

Ahora bien, si suponemos que aquí, como en banca, como en política, el *tercero* tiene derecho á percibir una tasa, ¿qué puede llegar á ser semejante tercería? Hasta el presente, nos hemos hallado en la pornocracia; ¿qué nombre le daremos, ahora, al príncipe-pontífice encargado de la providencia de las mujeres y de los maridos? ¿Qué dicen ustedes de esta síntesis? En el lenguaje de la prostitución tiene un nombre.

Deténgome: he dicho lo bastante para dar á comprender al que lee estas páginas que la metafísica de usted, que la metafísica de M. Enfantin no es otra cosa sino confusión, barullo, caotismo, realización de abstracción y negación de realidades; que ustedes no comprenden el sentido de las palabras: *abstracto*, *concreto*, *absoluto, relativo*, *certeza, verdad universal*, *ley*, *tesis*, *antítesis* y *síntesis ideal*, *justicia, progreso;* que toda la filosofía de ustedes se reduce á una promiscuidad de nociones, y que la promiscuidad de las nociones les conduce á la *fantasía pura* en el *derecho*, la *ciencia*, el *arte* y las *costumbres;* á lo arbitrario en el gobierno, al agiotage en los negocios, á la concusión en la justicia, á la prostitución y al proxenetismo en el amor; y para decirlo todo de una vez: á la PORNOCRACIA.

¿Necesitaré, tras lo dicho, responder á sus críticas sobre mi teoría del matrimonio? Son objecciones, son consecuencia del trastorno intelectual que la

© Biblioteca Nacional de España

distingue á usted: ¿Puedo, acaso, contestar á una persona que no se comprende y que hace profesión de enredo, de embrollo?

Niega usted que la pareja conyugal sea el órgano jurídico, el elemento primitivo de la sociedad humana dado y constituido originariamente por la naturaleza; y se comprende. Usted no reconoce justicia, para usted, justicia no pasa de ser una idea variable, que no vive en la conciencia del individuo y que para llegar á ser algo, necesita de una tercera potencia, Dios, príncipe, ó pontífice, que la haga prevalecer.

En cuanto á la pareja conyugal, que usted reconoce, niega usted su realidad colectiva, porque el intelecto de usted no sabe discernir las existencias colectivas; y hace usted de esta pareja una máquina amorosa.

Rechaza usted la indisolubilidad del matrimonio, y es consiguiente. Expresando el matrimonio, á mi ver, el primitivo código de la conciencia, debe ser indisoluble, porque la conciencia es inmutable. Los votos son una simbólica del matrimonio; el hombre, tomándose á sí propio, nada tiene que hacer ya del símbolo. Segun usted, por el contrario, la justicia no es más que una relación variable, está subordinada á lo ideal que, á su vez, tambien es variable; por otro lado, el matrimonio, ó más sencillamente, la unión de los sexos, es el órgano del amor, el ideal por excelencia y el más poderoso, pero siempre variable, susceptible de más y de menos. ¿Cómo concedería usted esta indisolubilidad?—Á tal propósito, endilga usted este extraño raciocinio: el Estado ha abolido los *votos perpétuos*. Ahora bien, el matrimonio indisoluble es

© Biblioteca Nacional de España

un voto perpétuo, que cada uno puede hacer á su guisa, pero que el Estado no debe ya recibir. ¡Y no vé usted que los votos perpétuos en religión fueron instituidos á ejemplo del matrimonio, que es perpétuo!

Rechaza usted la familia, y es tambien muy consiguiente. No uniéndose los esposos, bajo la ley de la abnegación, para la práctica, la realización y la propagación del derecho, no forman una creación jurídica, que se acrecentará con el nacimiento de los hijos y más adelante con sus matrimonios. Es una sociedad de amor, dominada por una tercera potencia, que se sugiere entre el esposo y su esposa, á la cual se puede confiar momentáneamente la educación de los hijos que produce, pero que no tiene derecho alguno de justicia, ni de propiedad sobre los citados hijos, los cuales dependen de la tercera potencia, más aún que de sus padres.

Rechaza usted la herencia: es natural, puesto que no reconoce usted ni el valor jurídico del matrimonio, ni el de la familia, ni el de los hijos, ni el de la paternidad y de la filiación, y que toda propiedad, todo trabajo, toda riqueza dependen, según usted, de una tercera potencia, anterior y superior al hombre, al ciudadano, al trabajador y al propietario. Yo, que tiendo á eliminar cada vez más la acción del gobierno, créo lógico, natural y moral que los bienes se transmitan de padres á hijos, sin más forma de proceso; prefiero exponerme á los errores de la naturaleza, que á la arbitrariedad de una administración. Usted, por el contrario, que todo lo mira desde arriba, en virtud de la máxima *á cada cual según su capacidad*, hace intervenir incesantemente la

© Biblioteca Nacional de España

autoridad pública ó sacerdotal juez de la capacidad y de las obras.

Por el hecho de que el hombre y la mujer, representando en predominio, aquél la fuerza, ésta la belleza, son en fuero interno, equivalentes, usted los proclama iguales, en fuero externo, y reivindica de consiguiente para la mujer similitud de funciones, de trabajos, de industrias, de atribuciones. — Es una confusión evidente, pero es lógica; y además necesaria. Negada la familia, descoronado el hombre, rebajada la mujer al nivel de la concubina, reducido el matrimonio al amor, la educación de los hijos á mandato de la autoridad pública, y la vida formada, por ende, reducida á nada, fuerza es que la mujer se haga funcionario público, sopena de no ser nada ya. Entonces, á despecho de la naturaleza y del buen sentido, se vé usted obligada á buscar para la mujer atribuciones fuera de su sexo, á crearle músculos más gruesos, un cerebro más ámplio y nervios más fuertes; la convierte usted en hombre, la desnaturaliza, la afea, en una palabra: la *emancipa:* repito que esto es lógico; la confusión hasta el fin.

Admitiendo posible esto, es el desórden; no más familia, no más justicia, no más virtud, no más amor. La justicia ya no es una religión.

¿Por qué, pregunta usted, no serían el hombre y la mujer equivalentes en fuero externo, como lo son en fuero interno, si es verdad que *fuerza y belleza* sean equivalentes?—Á lo cual ha contestado que la fuerza y la belleza eran cosas inconmensurables; que los servicios de uno podían venderse; la otra, no. Es la aplicación del principio mismo de la

© Biblioteca Nacional de España

estética, que pone fuera del comercio la verdad, la belleza y la justicia, y las declara no venales, á diferencia de las obras de la industria, únicas que caen en el cambio. Pero usted, que todo lo hace con ayuda del *tercer término,* no es de la misma opinión; y dice: *Entre la fuerza y la belleza hay compensación;* lo cual significa que una puede muy bien pagar á la otra y lo cual constituye por consiguiente la venalidad de la mujer. La fuerza es el dinero;—la belleza, el cuerpo;—la tercera potencia, el *lupanar.* Y de ello no saldrá usted, mientras haga usted el *amor para el amor,* mientras busque *lo ideal para lo ideal,* y mientras no reconozca más que verdades relativas, derechos relativos y afirme, como solución, su síntesis: la autoridad.—Para una idealista (me admiro de que usted no comprenda esto) es una de las cosas que más tachan á su sexo.

Sí, contesta usted, saldré con la mía; haré productora á la mujer, lo mismo que el hombre.—Entonces cambiarán producto por producto, amor por amor.

Bueno, si la mujer trabaja realmente! pero, ¿y si no trabaja, como en América? Caso extremo: se truecan los papeles.

Habla usted de *igualdad.*—Conviene desechar este equívoco.

Usted no quiere igualdad; usted es un aristócrata. Menester le son á usted *casas-cunas, asilos,* para ocupar á sus maestras, á sus *presidentas,* á sus *juezas,* etc.

Para ustedes, los dos sexos, como sexos y como personas, son iguales ó equivalentes, es cierto; más de ahí no se sigue que todos los individuos, varones

© Biblioteca Nacional de España

ó hembras, sean iguales entre sí; muy al contrario. La jerarquía san-simoniana reposa sobre la no-equivalencia.

Se embauca á los imbéciles, diciendo: Un don Fulano se llama igualitario, porque tiende á la igualdad entre todos los hombres; mucho más lo somos nosotros, que tendemos á la igualdad entre los *hombres* y las *mujeres*.

Muy distinta es mi opinión.

Todos los individuos, los hombres de la misma raza, son iguales ante la ley, y el fin de la educación es hacerlos equivalentes por la ciencia, la industria, el arte y el trabajo.

El hombre y la mujer son iguales en foro interno, como personas; pero, atendida la diferencia de sus facultades, el hombre queda superior en el trabajo y la vida de relación;—la mujer no recobra su dignidad sino por el matrimonio y el cumplimiento de los deberes que éste la impone. Cualquier otra igualdad es falsa.

Dice usted: la fuerza, la inteligencia, el talento, en el hombre como en la mujer varían hasta lo infinito. ¿Quién sabe si, por un cambio de régimen, no se llegará á igualarlo todo entre los dos sexos? ¿Quién sabe si la mujer no puede volverse tan vigorosa, tan ágil, tan capáz de ciencia, como el hombre? ¿Quién sabe si este no puede adquirir la belleza, la gracia, la ternura de la mujer?

De esta súerte razona la impotencia obstinada. Aférrase á los *quizás*. Estos *quizás* estriban tambien en la confusión de sus ideas. Es como si dijere usted: Todo es relativo en mi entendimiento, todo varía, todo cambia, y todo baila. ¿Quién sabe si no ocu-

© Biblioteca Nacional de España

rre lo mismo en la naturaleza? ¿Quién sabe si la encina no está en vias de convertirse en caña, la paloma en erizo y reciprocamente? ¿Quién sabe si la tierra, después de haber dado vueltas durante cien mil años alrededor del sol, no caerá dentro del mismo?

Razone usted con personas pues que le contesten *quizás*. Haga usted leyes en prevision del fin del mundo!... Negación de la fijeza de las leyes y de los tipos de la naturaleza: signo de enfermedad mental. —La encontramos en la señora Jenny de H***

¿Qué será, pues, el progreso? objeta usted.—«La hembra del gorila no es mucho menos fuerte que el macho, y éste, no es mucho menos bello que su compañera. Entre Adan y Eva la diferencia no es mayor.» Y seguidamente cita usted versos de Voltaire.

Usted, señora, es quien ha escrito esto; usted quien manifiesta tan escaso respeto á sus antepasados, lo cual no la impide reprocharme en otro pasaje, y muy inoportunamente, el haber comparado á la mujer (la mujer emancipada sin duda) con la mona.

¡Pues bien, señora! usted confunde dos cosas: el progreso y la escala de las razas. Todos los pueblos, hoy día civilizados, han atravesado diversos grados de civilización: salvagismo, barbarie, patriarcado, etc., pero cada uno de ellos ha quedado fiel á sí mismo: el Germano, el Griego y el Celta nunca fueron Niam-Niamsses; el Indo y el Ariano jamás fueron comparables con los Patagones y los Esquimales; como tampoco puede establecerse comparación entre un Semita y el natural de Nueva-Holanda. Nunca la Venus Hotentota dió á luz *amorci-*

© Biblioteca Nacional de España

llos. Las razas fuertes y bellas absorberán ó eliminarán las otras: es fatal; y usted se prevale de una falsa apariencia, que dá claro testimonio del obscurecimiento de su espírltu.

Usted invoca la historia, y dice: La humanidad se perfecciona á medida que la mujer, haciéndose más libre, adquiere mayor influencia en la sociedad.—¿Qué pretende usted decir con ello? La libertad de la mujer ¿es la causa ó el efecto del perfeccionamiento general, ó de ello es tan solo un RASGO particular? Usted no distingue nada, y cada palabra que sale de sus labios es una bocanada de humo. ¡Pues bien, señora! he aquí lo la que historia nos enseña: En el principio, las uniones eran fortuitas, transitorias; hombres y mujeres no eran, por ello, más libertinos; ni usaban refinamiento ni malicia. Después, formáronse las parejas: poligamia y concubinato. Por fin, se constituyó el matrimonio: *facta est santificatio ejus*. Privilegio del patriaciado, fué reconocido más adelante por la plebe;—el cristianismo, á su vez lo elevó á sacramento. Así estamos. Le parece á usted que el progreso concierna al amor ¿libre?...Mas de una vez, las costumbres de familia se han debilitado entre las naciones; éstas han recaido en la promiscuidad, y han perecido. ¿Qué opina usted de este síntoma? En cuanto á los apuros domésticos, tan reprochados al matrimonio, claro está que provienen del sistema económico, de esa mala organización del trabajo y del capital, que usted pretende consagrar y desarrollar todavía por su famosa *síntesis*; demasiado ultrajante es acusar al matrimonio del daño que le causan precisamente sus enemigos.

Niega usted, á carcajadas, el derecho de la fuerza.

© Biblioteca Nacional de España

Sin duda, señora, solo la persona humana tiene derechos, porque solo ella es libre, moral y respetable. Esto no nos impide decir, clasificando los derechos del hombre según sus facultades, que hay un derecho de la inteligencia, un derecho del trabajo; usted misma reconoce, en favor de la mujer, un derecho de la belleza. ¿Por qué no había, también, un derecho de la fuerza? ¿No recite usted, pues, como un niño sin discernimieuto, sus fábulas de La Fontaine: *La razón del más fuerte es siempre la mejor!* Cuando se ha dicho esto, se cree haberlo dicho todo.—No tal, contestaré yo, la razón del más fuerte no es siempre la mejor; pero lo es algunas veces, no lo olvide usted.

No tengo para con usted, señora, el derecho de la fuerza; de no ser así, puede estar usted convencida de que en su vida habria tocado usted una pluma. Pero tengo el derecho de la crítica, y lo uso sin misericordia. El folleto de usted es un ataque; muy poco velado, pero profundamente hipócrita, al matrimonio y á la familia. Para hacerlo pasar, ha atacado usted al hombre á quien la policía correccional, por motivos que no quiero discutir, ocaba de condenar como culpable de ataque á la moral pùblica y religiosa ha procurado usted interesar en su causa á todas las mujeres, haciendo girones mis obras y presentando, como dirigidas á todas las mujeres, palabras que solo caían sobre usted y sus semejantes.—Se ha rodeado usted de equívocos, ha cubierto usted sus pensamientos con expresiones jurídicas, y ha hablado usted del matrimonio con una afectación de respeto, como si lo vengara usted de una absurda teoría. Ha preconizado usted el perfecto amor, tan grato al corazón de las

© Biblioteca Nacional de España

mujeres, y ha procurado usted deslumbrar á sus lectores, ora por el chiste y el sarcasmo, y ora por una afectación de metafísica que no podía menos que imponer á los bobos.

. . . .

. . . .

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

NOTAS Y PENSAMIENTOS

Citas de Cornelio Agrippa sobre la mujer, extractadas de «Margarita de Borgoña, regente de los Paises-Bajos», por Altmeyer: *De feminei sexus præcellentia*: traducción de Guendeville.

«El hombre es Adán: es la naturaleza, la carne, la materia. La mujer es Eva, es la vida, el alma, el misterioso tetragrama חדקח ó חןח de la inefable omnipotencia divina. Así, la mujer es el complemento de la creación; después de haberle dado la existencia, Dios descansó como fatigado de una obra tan perfecta. La mujer tuvo por cuna el Paraiso; el hombre recibió la vida en medio de los animales. La mujer es superior al hombre, tanto por el espíritu como por la belleza, ese reflejo de la divinidad, ese rayo de la celeste luz; más aún, la mujer es el mismo Dios.»

«En este libro extraño, prosigue el citador, encuéntranse varios pasajes donde el autor emite ideas justas y muy avanzadas sobre la condición de las mujeres; porque todo lo que existe en nuestra so-

© Biblioteca Nacional de España

ciedad carece de esa blandura de formas, de esa suavidad, de ese encanto que, sin embargo, se pide á todo: ¿Y por qué? Es que solo el hombre ha puesto su callosa mano en la obra y no ha dejado hacer cosa alguna á la mujer, es decir: á la gracia, que todo lo completa. ¿Quién ha edificado, esculpido, escrito, pintado? Los hombres; nunca las mujeres. El arte no tiene más que un sexo; es masculino; siendo así que debería reunir, y día llegará en que los reuna, el vigor del sexo, evidentemente más fuerte, y la tendencia del sexo más débil. Entonces habrán llegado los tiempos deseados para la belleza de la expresión ideal.»

¡Ay! si el hombre lo ha hecho todo, es que la mujer carece de génio y de iniciativa. La mujer no *sabe*! Por lo demás ¿para qué? ¿No es el arte femenino por su naturaleza, si bien los que lo ejercen son hombres? No tiende ya demasiado á la afeminación? Entrométanse en él las mujeres, y será insulso, y se mancillará.

Altmeyer reconoce, por otra parte, que la tésis de Agrippa no pasa de ser una paradoja al abrigo de la cual éste las emprende contra la Biblia, sus historias escandalosas, y sus dogmas... En otra obra se expresa Agrippa con menos galantería acerca del bello sexo: *De incertitudine et vanitate scientiarium atque artium declamatio*.

Por regla general, según Agrippa, todas las artes, todas las ciencias, todas las profesiones de la vida nó convergen sino á un resultado desgraciado ó inútil.

«Todas las verdades de la vida, dice, me han inclinado á mirarla con disgusto. La verdad de la cien-

© Biblioteca Nacional de España

cia me ha llenado de tédio; la verdad de la amistad me ha mostrado la sombra, rehusando la realidad; *la verdad del amor me ha hecho conocer á las mujeres, menos para ser feliz con ellas, que para aprender cuando dista el amor de la felicidad.»*

* * *

¿Que no CONOCEMOS á las mujeres?

Y ¿qué se entiende por conocer?—Nadie las conoció mejor que Fenelon, cuya inocencia jamás fué puesta en tela de juicio.

Conocer, es observar en la vida privada, y en todos sus actos y manifestaciones y condiciones.

Es seguir, en la historia, desde el estado de naturaleza, hasta el más alto grado de civilización.

Es estudiar lo físico y lo moral; medir las fuerzas, juzgar las producciones, los libros, el trabajo, el estilo.

Es interrogar las observaciones hechas ya por los escritores anteriores, por los filósofos, los viajeros, los naturalistas, los frenólogos, los poetas, las actas de la justicia criminal.

Conocer, es haber recibido la confesión de toda clase de personas, jóvenes, ancianos, maridos, amantes, solteras y casadas.

Conocer, es haber sentido, á su vez, las afecciones de familia, el amor bajo su doble faz: la familia, la paternidad; haber sido hijo, hermano, amigo, confidente, padre, etc.

Conocer, es haber estudiado la higiene, y la patología del amor, sino por experiencia, al menos por observación.

¿Está obligado el médico á tener calentura para conocerla, ó inocularse la peste para tratarla? ¿Es

© Biblioteca Nacional de España

preciso haber sido mordido por la víbora ó extrangulado por el león, para conocerlos?

(¿Qué no conocemos á las mujeres?) Impertinencia de niña, de joven fátuo ó de innoble disoluto.

Pero, puesto que no se admite más que la *experiencia actual*, hay que decir desde luego que, hasta la extrema vejez, el sentimiento amoroso se sostiene; que únicamente se debilita, pero que no se extingue; que el hombre de cincuenta años se encuentra en el mismo estado que el de veinte, salvo la luenga experiencia que tiene de más, y la voluntad de acabar apesar de todo; de manera que, el mejor juez es aquel que ha visto más.

* * *

No todas las mujeres son bonitas.—Objeción de MUCHACHUELA.

Nosotros razonamos del sexo, tomado en su universalidad, de la mujer, en el conjunto de sus facultades físicas, morales é intelectuales.

Según ello, la belleza de unas sirve á las otras, y como es lo menos importante, como depende de toda mujer adquirir instrucción, buenos hábitos, mostrarse diligente, afable y prudente, tengo razón al decir que la belleza es para todas.

* * *

¿De qué tienen, pues, que quejarse las mujeres?.. Sí, por cierto, hay criaturas que tienen motivo para estar descontentas, pero su causa no es la de su sexo, como tampoco el triunfo de sus mantenedores el del derecho.

Las mujeres buenas tienen la debilidad, en cuanto

© Biblioteca Nacional de España

se habla de su sexo, de hacerse solidarias de las malas. ¿Se habrá de repetirles cien veces lo mismo? Admitido está, por mí como por los demás, que las mujeres, incontestablemente inferiores en cuanto á fuerza física, genio, industria, filosofía, política, arte y negocios, adquieren cierta ventaja en la práctica de las virtudes domésticas, en esa moralidad de todos los momentos, más difícil acaso que el heroismo. Ello estriba en la sensibilidad natural, en la pasionalidad de su sexo, en su idealismo, en su ternura. Desgraciadamente, forzoso es añadir que esta superioridad especial que alcanzan sobre nosotros se contrarresta por una fuerza de inmoralidad igual, á la que nosotros, los hombres, no llegamos. De donde resulta que, formando las mujeres buenas la flor de su sexo, flor poco numerosa, anegada en la masa, hay que considerar la moralidad media de su sexo, apoyada sobre el sentimiento solo, como inferior á la moralidad media de los hombres.

Esto no es una calumnia inventada á capricho; es la conclusión lógica de los hechos. ¿Qué puedo hacerle yo?...

¿Es usted mujer honrada, mujer de bien, usted á quien mis palabras sublevan?—La canonizo á usted, hago más: me arrodillo ante usted, la adoro y la AMO. Y tenga usted por cierto que esta última palabra en mi boca es la más fuerte de que valerme puedo para testificar mi modo de sentir; porque, si sólo miro á las medianas, fuerza me es confesar, ¡oh mujer honrada! ante la cual prosterno mi corazón y mi razón, que no amo mucho á su sexo y aún menos caso hago de él.

¿Qué quiere usted, pues, de más y de mejor? La

© Biblioteca Nacional de España

mujer en estado primitivo, edénica por naturaleza, puede muy bien excitar en nosotros la sexualidad, como las naturales de las Islas Pacíficas; pero tiene poco derecho á nuestro afecto y á nuestra consideración. Y cuanto menos se aleja la mujer civilizada de aquel estado primitivo, tanto menos derecho tiene á ejercer un imperio cualquiera, á no ser el de la carne y de los sentidos. Sea usted lo que de usted se pide: dulce, reservada, adicta, laboriosa, casta, temperante, vigilante, dócil y modesta, y no solamente no discutiremos los méritos de usted, sino que la colocaremos en un altar, y nos entregaremos á usted en cuerpo y alma.

Y no la asuste la enumeración de tantas virtudes; en el fondo siempre es la misma: sea usted MUJER DE SU CASA, frase que lo dice todo. Ni el amor, ni el amor propio perderán nada en ello; yo se lo aseguro.



Creo que es elevar á demasiada altura á la mujer, llamándola *compañera del hombre.* Feliz y loable la que puede merecer semejante título; pero pequeño y poco digno de estimación el que no se encuentra muy superior á esta compañía!—La mujer no es una criada, ni una mercenaria, como tampoco una concubina. Llamaríala yo de buen grado una pupila, cuya vida es una emancipación perpétua, que acaba por la muerte. Por ello, en principio, ninguna mujer deberá ser reputada *sui juris sui compos:* se la supone eternamente bajo tutela de padre, hermano, tío, marido, y hasta de amante, allí donde el concubinato está reconocido por la ley. A falta de tutor nato, la ley debe señalarle uno entre los

© Biblioteca Nacional de España

personajes designados oficialmente para formar el consejo de familia: alcalde, juez de paz, jefe de taller, etc.

Y digo esto, no tanto á causa de la debilidad de su sexo, como para su seguridad. Las mujeres no se hallarán muy lejos de gozar de toda la libertad que necesitan, cuando se hallen así colocadas bajo la protección social, cuando cada una de ellas tenga su protector nato ó legal, obligado á aconsejarla, etc.

* * *

Mujeres reinas.— Han representado muy triste papel en Polonia.

Rixa, Bona, las arquiduquesas María Grisilda, Luisa de Gonzaga, María de Arquien, fueron otras tantas malvadas. Las únicas exentas de censura son las que no han hecho hablar de ellas en la historia.

Uno de los vicios esenciales de la monarquía, á diferencia de las otras funciones del Estado, es el de hallarse representada por una pareja: hay un rey y una reina.—Seguramente, todo funcionario público, todo magistrado puede ser abordado por su mujer: así lo prueba el proceso de Beaumarchais. Pero ¡qué diferencia! El sistema constitucional ha reducido la influencia de las mujeres; pero se ha conservado considerable y, sin salir de mi país, atrevóme á decir que esta influencia no ha sido buena.

Una mujer reina puede sostenerse en dos casos contrarios: en un Estado constitucional donde el rey no legifera, ni gobierna, ni decide cosa alguna, tal como Inglaterra;—ó bien, en un despotismo absoluto, donde el capricho es ley, donde la obediencia es pasiva.—Todos los periódicos ingleses reconocen hoy

© Biblioteca Nacional de España

que el príncipe Alberto fué consejero íntimo y guía de la reina Victoria. ¿Habría manejado mejor el timón público en la posición de una Catalina II, de una Semiramis, de una Zingha?—Y además, ¿quién nos dice que estas famosas reinas no fueron unos títeres en manos de sus amantes? La mujer Zenobía, más casta que Isabel, marchó bien mientras tuvo al lado á su consejero Longino, y se mantuvo libre. Vencida por Aureliano, pierde su serenidad y entrega á sus amigos.

***

Igualdad de los sexos.—Este sofisma se acredita en ciertas épocas de fatiga, de extenuación, sobre todo de *opresión* y de *explotación;* cuando la masa de los varones ha sido transformada en bestia de carga; cuando la iniquidad hace poco lucrativo el trabajo, difícil la vida, peligroso el matrimonio, engorrosa la generación, y la familia imposible.

Entonces el matrimonio es deshonrado por el interés; la ley de *sucesión* considerada como una expoliación, y la familia abandonada para el Estado. Todo el mundo se abalanza sobre el Estado. La libertad se niega. No más justicia; se ha debilitado en las almas; apélase á la fuerza.

Se atribuyen al matrimonio los males y las miserias que son efecto del órden social; y se huye del matrimonio y de su espíritu de abnegación, de sacrificio;

Vuelta al amor para el amor, voluptuoso, mutable;

Se pasa á la unión concubinaria; pero no subsiste largo tiempo;

© Biblioteca Nacional de España

Amor de mariposa, poligámico y poliándrico;

Comunidad, promiscuidad, confusión de los sexos;

Degradación del hombre, que se afemina;

Degradación de la mujer, que se prostituye;

Disolución del cuerpo social, que degenera en tiranía y sodomía.

¿Se reconocen ustedes ahora?

Esta deducción final, la he apoyado en hechos:

He demostrado, por el ejemplo de los antiguos y de los modernos, de los gentiles y de los cristianos, por teorías de los filósofos y por las de la Iglesia, que las cosas ocurren así, exactamente;

He dicho que en el momento actual, setenta y dos años despues de la Revolución del 89, nos hallamos en la misma situación que en el siglo primero;

He encontrado en las sectas de la época, icarianos, humanitarios, san-simonianos, falansterianos, en toda esa bohemia artística y literaria, las mismas tendencias, el mismo espíritu, la misma depravación que en los gnósticos.

Llevando el exámen hasta el último detalle, he demostrado, por ilustres ejemplos, que la mujer que se aleja de sexo, no sólo pierde las gracias que le dió naturaleza, sin por ello adquirir las nuestras, sino que recae en el estado de hembra, charlatana, impúdica, perezosa, súcia, pérfida, agente de disolución, envenenadora pública, una Locusta, una peste para su familia y la sociedad.

He dicho esto y lo repito: he acusado, pues, y acuso de la corrupción contemporánea, de la decadencia francesa y de una parte de la Europa, entre otras causas, á las ideas puestas en circulación sobre la mujer.

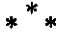
© Biblioteca Nacional de España

La nivelación de los sexos converge á la disolución general.

Sin una disparidad radical de atribuciones, no hay familia, ni matrimonio.

Sin matrimonio y sin familia, nada de justicia, nada de sociedad: egoismo puro, guerra civil, bandolerismo.

El corazón del hombre debe estar lleno de la voluptuosidad de mandar en su casa; sin ello, el hombre desaparece.



Hice la crítica de San Pablo, y dícenme que copio á San Pablo.—Mala fé. Lo que yo condeno en San Pablo es el razonar del amor y del matrimonio, exactamente como M. Enfantin, menos la subordinación, que este no admite.



¡Censurarme por ignorar tal ó cual hecho! ¿Qué le importa esto á mi razón?—Es como si me reprocharan ustedes las faltas de gramática y de sintáxis que pululan en mi libro; ¿qué le importa esto á mi estilo?



Dicen que cuanta más libertad y respeto han obtenido las mujeres, tanto más ha progresado la sociedad.

La inversa es lo positivo: cuanta más inteligencia, capacidad y fuerza ofrece una raza de hombres, tanto más respeto ha manifestado al otro sexo y

© Biblioteca Nacional de España

tanta menos libertad le ha dado... Ejemplos: razas *germánica*, *griega* y *latina*.

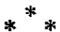


No se intervierten las atribuciones.

No se cambia de sexo.

El hombre que tal hace se vuelve innoble, miserable, impuro.

La mujer que tal hace se vuelve fea, loca, zorra, mona, etc.



Usted se tiene por casta, y por un raciocinio suyo, pretende usted que las faltas que se permite el hombre contra la pureza no son más reprensibles en la mujer.



MM. Lemonnier, Fauvety, Marsol, Guepin, Brothier, Renouvier, Antonio Franchi, etc., forman el personal de la *Revue philosophique* y son amigos de usted. Así, pues, tengo razón al suponer que las opiniones de usted son las de ellos; pues, ¡que hablen, qué se expliquen! ¡Nada de hipocresía! Salgan á luz todas las opiniones; prodúzcanse las doctrinas todas. Estamos en tiempo *revolucionario;* ¡ACABEMOS PRONTO!

Si usted tiene tres cuartos de loca, les acuso á ellos.



Son ustedes una iglesia de proxenetas y de desvergonzadas. Tal es mi última palabra.

© Biblioteca Nacional de España

El san-simonismo, ó la pornocracia, hace aborrecible hasta la mujer.

*
* *

La influencia femenina fué, en 1848, una de las pérdidas de la República. J. Sand, mujer y artista, componiendo con J. Favre, otro artista, los boletines famosos, era la República recaida en hembra.

¿Dónde estaba el hombre en el gobierno provisional?

Lamartine, artista; Crémieux, artista; A. Marast, artista; Luis Blanc, artista; deténgome. El elemento femenimo se hallaba aquí en mayoría. Arago era un hombre, así lo creo, pero, á causa de ello, relegado á marina, como un instrumento, un útil.

*
* *

Peor especie de emancipadas: las *esprits forts*, las que se entrometen á filosofar y que á sus extravíos añaden la pretensión de una doctrina, el orgullo de un partido, la esperanza de una depravación de la sociedad.

Signo particular: *trastorno de la razón*, que lleva consigo el desvanecimiento del pudor y la pérdida del sentido moral.

En las artistas dramáticas, líricas, coreográficas, la emancipación viene por los sentidos y la imaginación. La verdadera cortesana, en el sentido antiguo de la palabra, era una artista, y hasta una sacerdotisa: las bayaderas, son artistas.

El *esprit fort* hembra es todavía otra cosa.

Es una gallina que canta como el gallo: idea fija, copiar, calcar, é imitar al hombre, á tontas y á locas.

© Biblioteca Nacional de España

¡Aún no se han cansado de pasearnos de tiranía en tiranía!—Los hijos, para la sociedad; aparentemente los funcionarios públicos, *bonnins* y *bonnines*, valdrían más para los hijos, que sus autores!... ¿Es esto razón?

Ensueño de utopista célibe y de emancipada soltera.

La naturaleza hizo para nosotros la mejor parte de la tarea, y nosotros la contrariamos en sus leyes.

***

Por instruída que esté la mujer, pronto verás que no sabe gran cosa y que su cháchara es más insoportable, que la palabrería de la ignorancia.

***

Ví á una mujer pronunciando un discurso. Su marido estaba en sus glorias. Parecía como si le dijera al público: *¡qué hombre soy!* ¡marido de una mujer que improvisa!.....

***

Contra las mujeres emancipadas.

Ustedes nos desagradan así; nos parecen feas, nécias, y venenosas. ¿Qué replican á esto ustedes? ¿A quién se proponen agradar? ¿Al cabrón de las brujas, á Belfegor, á sus *Kings-Charles?*... Adelante, pues; y cuando el pudor haya vuelto á los varones, las ahogarán á ustedes con sus amantes en un charco.

¿Replican ustedes que nosotros las *desagradamos* también? Bueno; eso es la guerra. Cuestión de fuerza.

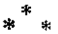
***

© Biblioteca Nacional de España

¡Qué rara pretensión la de esas criaturas; querer que las amemos, cuando no las encontramos amables!

¡Qué las tratemos como á Vestales, cuando sabemos exactamente lo contrario!

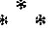
El Cristianismo ha canonizado á tres ó cuatro mujeres galantes: Magdalena, Thais, Afra, — pero después de su penitencia, nótese bien. Y hoy se quisiera que las incensáramos impenitentes!



Será preciso creer que las fatigas cerebrales obran sobre la matríz á modo del *agnus-castus* ó de cantáridas. ¿No es lo bastante para que el padre de familia, el marido, el amante, las prohiba á su hija, á su mujer, ó á su novia?



Supliqué á uno de mis amigos que recogiese notas para una biografía de nuestras autoras: desde la primera série, me he desesperado.



Una mujer no puede tener ya hijos cuando su espíritu, su imaginación y su corazón se preocupan de las cosas de la política, de la sociedad y de la literatura.

* * *

No bastan ellas ya, para su tarea, y pretenden ser jueces, doctoras, boticarias y gobernado-

© Biblioteca Nacional de España

ras: ¿qué se yo? Guardias civiles también, y coraceras!

* * *

Nótese que las mujeres, á quienes se dispensa del lavado de las ropas, de la panadería, de la custodia del ganado, abandonan también la *calceta* y la *costura*.—Todo esto lo hacía mi madre. Amasaba, pasaba la colada, planchaba, cocinaba, ordeñaba la vaca, iba al campo á cojer hierba, hacía media para cinco personas, y zurcía la ropa.

* * *

Misión de la mujer.—*Nodriza* y *gestatriz*.

¿De dónde viene que el hijo se parezca á la madre?

La explicación nos la dan las abejas: influencia de la nutrición. Las abejas producen, á voluntad, con el mismo huevo, una *reina*, un *macho*, una *obrera!*

Quid vero, si la nutrición primera del germen es la propia substancia de una mujer? de un sér viviente?

No hay más generaciones, que generaciones EXPONTÁNEAS.

Es expontánea en la célula de la planta; es expontánea en la planta zoospórea; es expontánea en el rotífero; es expontánea en el pólipo, donde no se distingue del acrecentamiento; es expontánea en el hombre, el cual forma el germen!

Todo esto es grande, sublime y bello.

* * *

© Biblioteca Nacional de España

Nada tengo que hacer, yo, de *frenologia*, de *anatomia,* de *fisiologia*; á curiosos investigadores de la materia atañe buscar en el organismo qué parte corresponde á tal acto de la *conciencia* ó del *espíritu*.—Sin duda, es interesante ver confirmarse así, por la observación cranioscópica, fisiognomónica, los datos puros de la razón y de la conciencia; pero el filósofo no procede de esta suerte.—Como el género humano, procede por intuición, *á priori,* de la abundancia del corazón y de la plenitud de la idea.

* * *

Posible es que el hombre no difiera de la mujer sino por un grado más de *calor*, que produce el animálculo.

* * *

Con la naturaleza del hombre y de la mujer, síguese el matrimonio; fuera de esto, la pornocracia.

Véase la razón de la monogamia:

1.° Igualdad numérica de los sexos; ahora bien, los varones, iguales entre sí, tienen derecho cada cual á una.

2.° Razón de *non-voltige:* la dignidad del hombre y su INDIVIDUALIDAD.

En suma, la sociedad es, para el hombre, tanto un medio, como un fin.

* * *

El matrimonio es una *constitución natural* indicada, en lo físico y en lo moral, por las aptitudes diversas de los dos sexos, apreciada prontamente por la conciencia de los pueblos, en el orígen de las na-

© Biblioteca Nacional de España

ciones, pero luego, oscurecida por las preocupaciones y las pasiones, y hoy día, casi no comprendida.

Se ha llegado á considerarle como la causa primera de todas los dificultades sociales.

Magna tarea sería devolverle su *verdadero sentido*, y despues restablecerlo.

Fuera de ahí, muerte social.

El matrimonio, órgano natural y fundador de la justicia, es base de la sociedad: produce la libertad y la República.

La pornocracia, su antagonista, es la última palabra de toda usurpación y tiranía.

El hombre, antes de sus veintiseis años cumplidos, y la mujer antes de sus veintiun años cumplidos, no pueden contraer matrimonio.

Prescríbenlo diferentes motivos:

Motivos de salud;

Motivos morales;

Motivos de filogenitura;

Motivos de economía pública;

Motivos de economía doméstica y de educación de los hijos;

Motivos de duración y de inviolabilidad de la unión conyugal.

El error sobre la persona, la familia, la calidad, la moralidad, la fortuna, la salud: todo engaño, en una palabra, es causa de nulidad.

Tres meses de esponsales, cuando menos.

La negativa de consumar el matrimonio es tambien una causa de nulidad y, además punible con multa.

***

© Biblioteca Nacional de España

Menester sería poder saciar de una vez la curiosidad, que pide incesantemente ver objetos que no deben ser vistos. Así, por ejemplo, los pormenores sobre los misterios de la concepción, del parto, etc. Todo esto es muy feo, excepto para el fisiólogo-filósofo, que vé en ello otra cosa.

Pobre mozo: nada tienes que ver en eso.—Tu razón nada tiene ahí que aprender.

Léase en la Botánica de M. de Jussieu la descripción de la *reproducción;* esto basta; nada más.

Ved una vez, en un tratado de partos, el pormenor de las operaciones;—hecho esto, se sabe todo.

En cuanto á los demás, asunto de imaginación, de voluptuosidad, de corrupción secreta, siempre es la misma novela, que se relée y á la que se piden excitaciones vedadas.

¡Pues bien! hay que desetenderse de eso, y de una vez, volviéndolo á lo real.

* * *

La juventud debe estar plenamente instruida sobre el amor, y eso vale muchísimo más que la falsa y demasiado precóz experiencia que á sí propia se dá.

Nada de *ilusión* acerca de las mujeres.

Pero tampoco nada de aversión, ni de desprecio.

* * *

Lecciones para el joven:

Hasta en amor, debe ser amo.

Si tomas una querida ¿tolerarás el sér su juguete, su complaciente ó su esclavo?—Imposible.—Todo cuanto te degradará á tus propios ojos, disminuye la voluptuosidad.

© Biblioteca Nacional de España

Si vas á visitar á una cortesana, y la tratas con indulgencia y buenos modos ¿tolerarás que te falte que se haga tu igual?—Nó, pues disminuirías tu dignidad y por consiguiente tu goce. En el matrimonio, la dominación es de otro órden: adoras á tu mujer, y continúas siendo amo.

* * *

Tertuliano: *Export. ad cast.*, citado por Vattel: *Videtur esse matrimonii et stupri differentia, sed utrobique est comunicatio.—Ergo, inquis, et primas nuptias damnus? Nec immerito, quoniam et ipse constant ex eo quod est stuprum.*

Como buen protestante, indígnase Vattel de esta asimilación. Pero el protestantismo, que ha restablecido el divorcio, ha probado que el matrimonio no era también para él sino un medio de *aliviar la naturaleza.* La novela de J. J. Rousseau y sus *Confesiones* explican cómo entiende el protestantismo el matrimonio: y lo mismo, la historia de *Sofía.* Sabido es que los señores ministros protestantes, aùn cuando casados, cultivan la galantería; y en general nada hay más lujurioso que el marido protestante, mientras obedece al protestantismo. Lutero hizo, sobre el particular una profesión de fé nada equívoca: la consulta en favor del Landgrave lo demuestra.

Pretende San Jerónimo (Vatel, citando este pasaje, no dice de donde lo toma): *Hanc tantum esse differentiam inter uxorem et scortum, quod tolerabilius sit uni esse prostitutam quam plurimis.*

Es claro. En todo amor hay mancilla y prostitución del cuerpo, dice el verdadero cristiano. Por esto,

© Biblioteca Nacional de España

la bendición nupcial no es más que una absolución prévia.

* * *

El Cristianismo, llevando el amor del cristiano, como su pensamiento, hácia el cielo, ha organizado, por decirlo así, la disolución social.—Cosa que hubiera sorprendido al buen sentido antiguo, en la misma sociedad donde el concubinato y la simple fornicación se consideran delitos contra las costumbres: una ley contra el celibato parecería arbitraria. La ley del cristiano no protege la familia, sino una continencia monacal, anti-social. Y sin embargo, sabemos, por la misma experiencia que lo enseñó á los antiguos, que «los padres de familia son mejores ciudadanos, más adictos al bien público, que los solteros.»

* * *

Nada vale: cada cual, en nuestro mundo, trabaja á porfia en separar lo que la naturaleza quiso unir: la Iglesia multiplica cuanto puede los conventos; el Estado aumenta sus ejércitos y sólo deja al matrimonio los lisiados y los tísicos; la literatura y las sectas preconizan el amor libre. Así, pues, no estando ya sostenida la sociedad por la familia, el derecho público por el derecho doméstico, fuerza nos es recurrir á la fuerza; después de haber instituido el sufragio universal, nombramos un emperador.

* * *

¿Por qué no ha de haber un diploma de matrimo-

© Biblioteca Nacional de España

nio?—Todo individuo del sexo masculino, *omnis masculus adaperiens vulvam*, como dice la Biblia, que no justificara una capacidad industrial suficiente, y cierto grado de fuerza muscular, no debería considerarse apto para el matrimonio.—La potencia de engendrar no es más que una condición; y hay otras muchas.

* * *

Todo comunismo acaba en ruina de la familia.

Todo ataque á la familia acaba en tiranía.

Todo amor libre lleva consigo la debilitación de la conciencia conyugal y la disolución de la sociedad.

Si la naturaleza quiso establecer la sociedad humana sobre los principios de la justicia, de la igualdad y de la libertad cívica, de la responsabilidad de los funcionarios públicos, del contraste de los poderes y de la libre manifestación del pensamiento, ha debido hacer lo que digo que ha hecho.—La mujer partícipe del derecho. Aquí está su igualdad.

Sí, por el contrario, quiso establecer los principios de autoridad, de comunidad, promiscuidad ó absolutismo, debió hacer á los sexos semejantes en todo, salvo el órgano del amor.

* * *

Entre el amor y la justicia, en otros términos, entre el matrimonio y la sociedad ó el Estado, existe una conexión íntima, un lazo de solidaridad, que ha sido reconocido en todos los tiempos, en virtud del cual todo ataque á la justicia y á la libertad pública es destructor de la familia, y por ende, del amor

© Biblioteca Nacional de España

mismo; y recíprocamente, todo ataque al amor y al matrimonio es destructor de la sociedad y del Estado.

* * *

El hombre sano conserva hasta el fin su potencia generatriz y su genio, si bien la dignidad de la edad le ordena usar cada vez menos de aquélla, y moderar éste.

La mujer, en un momento dado, pierde la fuerza para concebir, pero no siempre el furor de amar; con esta facultad de concepción pierde su gracia juvenil; conviértese en una especie de mestizo, ni hombre ni mujer, cuya fisiología debe estudiarse y que necesita ser reprimida mucho más que la mujer joven.

Aquí la educación es omnipotente.

Ciertas mujeres, como Lucrecia,son capaces de morir antes que hacerse culpables; ó de matarse, si lo fuesen. Algunas he conocido, aunque muy escasas. Es una grande y preciosa virtud, por cierto, indicio de otras muchas virtudes, pero toda medalla tiene su reverso. En la mujer, una gran castidad, una virtud inflexible son indicio de una gran personalidad. Y semejantes criaturas no son para todos los hombres.

A una Lucrecia le es menester un marido dulce, paciente, prudente; un carácter apasionado no la convendría. Muchos, después de reflexionar, preferían algo menos de heroismo y algo más de sumisión. La mujer fácil es, á menudo, buena. Todo el mundo ama á María Magdalena; á muy pocos place su terrible hermana Marta.

* * *

© Biblioteca Nacional de España

Por su naturaleza y su destino, la mujer apetece la elegancia y el lujo: así ha de ser.

En una sociedad y un hogar bien ordenado, esta elegancia la obtiene con los solos recursos de la casa, el producto del trabajo del marido: este lujo es efecto de su administración y de su economía.

Pero si el amor y el idealismo vienen á erigirse en ley suprema, el trabajo y la sobriedad fatigan en breve; el hogar cae en desprecio, la unión se convierte en concubinato, y la mujer, ministro del ahorro y del bienestar, es agente de disipación y de ruina.

Entonces se pervierte y sufre la ley de todas las cosas del lujo: su perversión es la peor de todas.

Concubina ó cortesana: desolación del hombre.

* * *

Furor moderno del lujo en todas las capitales de Europa: París, Bruselas, Berlin, Viena, etc.

La ganancia de los maridos no es ya suficiente: hay que apelar á las deudas, la estafa, el abuso de confianza, la bancarrota, la prostitución.

Explotación cada vez más áspera de la plebe obrera, que se corrompe á su vez, se prostituye y renuncia al trabajo.

Entonces, la producción general comienza á bajar precisamente en el momento en que convendría que doblara, ó que el lujo se hiciera diluviano.

* * *

Aumento, á ojos vistos, del *precio de las cosas*. Desde la *lista civil* hasta el *préstamo* del soldado;

© Biblioteca Nacional de España

desde la *tasa* del descuento hasta el *pan* de centeno.

*
* *

Afeminación social ó pornocracia, fenómeno que se observa en todas las naciones.

*
* *

Tendencia general á hacer fortuna por *combinaciones;* derívase de la lascivia general, de la necesidad exagerada en elegancia y bienestar, sin lo cual nada de amor: *Sine Baccho et Cerere friget Venus.*

*
* *

Mas horror todavia á la frugalidad, que al trabajo: es natural, el ablandamiento del cerebro y del cuerpo reclama una nutrición más copiosa.

*
* *

En resúmen, Michelet dá recetitas para cultivar el matrimonio y la mujer, imitadas de los autores como Rousseau, Beaumarchais, etc.

Queda esclavo del *amor* que solo se domina por la conciencia: todo su libro lo demuestra de cabo á rabo.

Reconoce á cada paso la inferioridad de la mujer, y sin embargo, la proclama *igual* y SUPERIOR al hombre.

Me toma no pocas ideas, que se esfuerza en zurcir.

Como Rousseau y otros, pinta el matrimonio muy acomodado, si no rico (10.000 francos de renta, al me-

© Biblioteca Nacional de España

nos); nada puede para el hogar del obrero, y á mayor abundamiento, nada para los hogares inferiores.

La justicia le da miedo, ni comprende su dulzura, ni su beneficencia, ni su poderosa garantía, ni sus inmensos y firmes recursos.

Olvida, sobre todo, que la mujer, tratada por el amor, se hace cada vez más blanda, frágil y susceptible, mientras que, criada poco á poco en la justicia, al principio por una educación severa, y después por la unión conyugal, se vuelve aminosa, heroína, y esto con facilidad, sin enfasis ni esfuerzo, ni perplejidad.

* * *

La *conciencia!* la *conciencia!*

¿Dónde está la *conciencia?* ¿Es el corazon, el cerebro, el estómago, los riñones, ú otra parte cualquiera del cuerpo? No tal.

La conciencia es *común á todos los hombres;* es indivisible.

Pero la naturaleza, antes de qve hubiese sociedad, hubo de proveer por una creación especial ; á mi entender, es la dualidad andrógina en la *reciprocidad*, es en sumo grado el respeto mútuo superior, el sacrificio más completo.

* * *

La mujer es débil, pero bella; el hombre fuerte, pero rudo; la mujer es improductiva, pero sumisa, el hombre trabajador, pero dominante. Puede proseguirse este paralelo.

Esto es más que una alianza, es una asociación.

© Biblioteca Nacional de España

sin engranage, de las más curiosas, en que el orgullo y el amor quedan satisfechos.

* * *

Objétase: ¿cómo concebir un órgano de muchas personas? Por la teoría del ser, unidad colectiva. El más simple objeto basta.

Un HAZ de sarmientos, por ejemplo· Hay *haces* y *haces*.

Un HAZ es una cosa, y el sarmiento de que se compone, otra.

Desaten ustedes el haz, separen los sarmientos: han destruido ustedes una realidad, aún cuando no hayan aniquilado sus *elementos*.

Así con el sarmiento: podrá cortarse, dividirse, molerse, etc.; las partículas subsisten.

Se podrá quemar, recojer sus cenizas, aceite, gas; después, descomponerlo todavía: siempre se destruye una realidad, una cosa; pero nada se aniquila.

Si retroceden ustedes ante esta consecuencia, no más justicia: la sociedad se disuelve; para rehacerla se necesita volver al *derecho divino*, lo cual es comenzar otra vez.

* * *

La mujer casada ya no quiere hijos.

La mujer no casada ya no quiere matrimonio.

En mis paseos por las cercanías de Bruselas, he recogido esta frase dolorosa de una mujer del pueblo, viuda y con siete hijos. Su marido, simple jornalero, que ganaba 1 fr. 50 al día, sucumbió de resultas de un accidente. Muerto él, las casas de socorro, las juntas de damas, todo el mundo se había ocupado de

© Biblioteca Nacional de España

ella: habían colocado á su hija mayor; otros se encargaron de los dos siguientes; y pasábanse auxilios semanales á la madre, que todavia encontraba medio de ganar alguna cosa.

¡Y se consideraba feliz! más feliz que en vida del marido.

«El pobrecillo! decía ella refiriéndose al difunto; era menester cuidarlo; lavarle su camisa y su blusa cada domingo, darle cinco sueldos para que tomára dos vasos de cerveza, servirle con su pan un poco de pitanza!.. ¿Que nos quedaba á nosotros?... *Se acabó; un hombre cuesta más de lo que vale.*»

* * *

Joven, si tienes ganas de casarte, sabe que la primera condición para un hombre, es dominar á su mujer y ser el amo.

Si después de haber fijado tus miradas en una persona y haberla considerado bien, no te sientes, en el conjunto de tus facultades, *una vez más fuerte* al menos que tu mujer, no te cases.

Si te aporta fortuna y tu no la tienes, es indispensable que seas *cuatro veces* más fuerte que ella.

Si es cultilocuente, mujer de talento, etc., menester es que seas *siete veces* más fuerte que ella; de lo contrario, nada de matrimonio. No hay reposo para el hombre que se siente criticado, ni dignidad al ser contradecido; llega el peligro inminente del cornudismo, lo cual es la peor de las vergüenzas y de las miserias.

Antes la frecuentación de las cortesanas que un mal matrimonio.

Hay que tener razón, cuanta sea posible.

© Biblioteca Nacional de España

Y como es difícil que no te equivoques á veces, no sufrir jamás reproches, ni llamamientos al orden.

Si tu mujer te resiste de frente, hay que abatirla á toda costa.

* * *

No casar con una artista, por tres razones:

1.ª Porque pertenece al público;

2.ª Porque, si tiene talento, se atribuirá la superioridad;

3.ª Porque ganará la vida común, y nada le deberá á su marido.

Hay que dejar á los Talma casarse con *Georges*, *Mars* ó *Duchesnois;* también él es *del público*, y es más fuerte.

* * *

Es preciso erguir al joven cuanto su talla permita, enseñarle que raras veces, muy raras, su *primer amor* puede ir seguido de matrimonio, y que es conveniente para él que así sea; que no debe casarse antes de los veintiseis á los treinta y dos años, que debe esperar á estar *maduro*, tanto en lo moral como en lo físico, á que su idealismo haya pasado, á que pueda bastarse más á sí propio, vivir en sí y absorber la mujer.

Hay que enseñarle:

Que todo amor precóz engendra una nivelación funesta;

Que la mujer quiere ser dominada, y así lo prueba;

Que tiene tendencia á la lascivia, á la licencia, á lo verde, á lo lujurioso, y que un hombre fuerte la impone;

© Biblioteca Nacional de España

Que es fácil de sujetar mientras que joven y enamorada, dá hijos á luz; que, pasado este tiempo, se vuelve hombruna y que entonces importa como nunca que el hombre conserve la preponderancia, lo cual no se logra sino por *costumbre* arraigada; cosa que, sin embargo, no impide que haya sordos murmullos de rebelión.

Que los hijos coadyuven tambien, confundiéndose la madre muy gustosa con ellos, rejuveneciéndose con sus hijas; lo cual mantiene la autoridad paterna, fuera de la que ni hay paz, ni órden, ni decencia, ni honor, ni salvación; por el contrario, todo peloteras, todo escándalos;

Que el cabeza de familia se debe todo entero á los suyos; que todo egoismo debe de ser desterrado de su corazón, y que ha de multiplicar sus primicias, pero, al mismo tiempo, que es su guardián, proveedor é instructor responsable, y que en tal concepto no debe permitir jamás la menor infracción á su mando;

Que la mujer tiene constante tendencia á rebajar al hombre; lo rodea, lo enlaza quiere hacerlo su *compañero*, su *igual*: está en su naturaleza; lo hace sin advertirlo, conspirando así candidamente contra la jerarquía doméstica y contra sí misma;

Pero que, de vez en cuando, es preciso dar cuerda al reloj, prueba de decisión, de voluntad etc., y que al marido incumbe ver de qué modo debe hacerlo, en qué ocasión, sobre qué tono, etc.;

Tener siempre la vara muy alta, y recordar este atorismo: Que los hombres más amados de sus mujeres son los que saben hacerse respetar más, y hasta temer un poco;

© Biblioteca Nacional de España

No olvidar que la mujer tiende sin tregua á hacer de su marido su amante; pero que el hombre debe guardarse de esta debilidad como de una degradación.

Bueno es para el hombre que una mujer encuentre en el matrimonio su primer amor; con tal mira, debe, en lo posible, tomarla *virgen*. Suponiendo que su corazón haya suspirado ya por otro, la herida se cicatrizará. La mujer se une siempre al que le ha dado la primera forma.

Otorgar mucho, no por forma de transacción, sino de *liberalidad*. El hombre es amo, debe ser generoso, nó cambista.

Confianza; ha de ser absoluta de parte de la mujer hácia el marido; éste debe exigirlo; no puede ser más que ilimitada hácia la mujer. Todo hombre tiene secretos que puede confiar á un amigo y que no dice á su mujer.

Mucha indulgencia, porque la mujer es débil.

Jamás perdón para las faltas graves; élla despreciaría al marido.

Un marido engañado por su mujer, puede guardarla, á fin de evitar escándalo; pero debe separarse de élla, de cuerpo y de corazón; obrando de otro modo se envilece y se pierde.

El triunfo de la esposa es atraer á sí al esposo adúltero;

La degradación del marido es volver á admitir á la infiel.

No es malo usar de *vigor* si el caso llega: vigor de palabras, de voluntad, de acción, hasta de ademanes... El hombre tiene la fuerza, y es para usarla; sin la fuerza, la mujer le desprecia; y es tambien un medio de agradarla, de fascinarla, de seducirla, el hacerle sentir que uno es fuerte.

© Biblioteca Nacional de España

A la mujer pendenciera, quisquillosa, que espía las ocasiones y se considera feliz desmintiendo la razón marital; responderle poco ó nada; arreglárselas para tener la razón de su parte, y QUERER.—*Voluntad* es soberanía, es más que razón.

Finalmente, meditar bien que la mujer ha sido dada al hombre para su felicidad y para el desenvolvimiento de su dignidad y de su justicia, para el gozo íntimo de su corazón; pero á condición de que sepa hacerse dueño absoluto de ella, y de que la someterá á su razón; que ella vivirá de su vida, se confundirá con él, á la vez que sirviéndole de auxiliar, de pareja y de interlocutora.

Nada digo de la galantería y de sus formas.—Allí donde es admitida, figura entre las buenas maneras, como saber danzar, saludar andar, etc. Es cosa aceptada, en el gran mundo, que la galantería no puede servir de mayor precedente para la dominación de la mujer, que para sus favores. Es una fórmula de urbanidad, y nada más. En suma, las mujeres distinguidas prefieren la franqueza, la obsequiosidad simple y benévola á todas las gracias de la galantería.

En las relaciones con las mujeres, el mayor respeto y la más profunda deferencia, pero expresados de tal suerte que la mujer advierta que una parte, la mayor, se dirije á su marido.

Los hombres entre sí se deben ésto; las mujeres se prestan á ello; el mayor insulto para una mujer es dejarle entrever menosprecio hácia su marido.

En principio, no olvide el joven que todos nosotros estamos llamados al amor y al amor conyugal.

Que la abstención voluntaria no es imposible, y puede llegar á ser eminentemente loable, como todo

© Biblioteca Nacional de España

sacrificio, cuando es impuesto por un deber, por el trabajo.

Qué, fuera de ello, dejarse consumir en deseos es de suma indecencia é impele á la indignidad.

*

Sobre las relaciones amorosas:

Que las concesiones con la Vénus vulgar, no seguidas de crápula, son cosa venial, si bien poco digna y que no se soporta en un republicano amigo de las masas. Signo de miseria y de explotación.

La cortesana ó loreta, pozo de disolución.

El concubinato, ó relación libre, si la persona tiene mérito, se trasforma en un matrimonio, por consiguiente, no puede tolerarse, ó más bien excusarse, sino en cosas excepcionales.

Así pues, hay que venir al matrimonio.

Talentos: bailarina, música, literata. Si es por oficio, sea. Cosa peligrosa, pero aceptada, como modista, costurera, etc.

En este caso, el hombre, que en su mujer tiene á la vez una esposa y una asociada de comercio, hállase en una posición *compleja*.

*
* *

Guárdate de las *vírgenes locas,* de las *buenas chicas*. Dícese, de buen grado, para dispensarlas un poco, que tienen *buen corazón*. Sí, las tales os comen, os lamen, os deleitan; son lindas en la intimidad; serviciales, compasivas; se imponen, por entusiasmo, por sacrificios; son caritativas, empeñarán sus joyas, etc. Pero en todo ello, nada de solidez, ninguna cons-

© Biblioteca Nacional de España

tancia. Estas cualidades, de que se les alaba, y que apenas entran en cuenta en la mujer formal, adicta á sus deberes, están sujetas en ellas á tristes decadencias.

En el hogar, semejantes mujeres son buenas para nada, se fastidian pronto, tienen ánimo una vez por semana, su limpieza es equívoca, aborrecen la cocina, envian á sus maridos á vivir en el restaurant, y se fatigan en breve de la severidad doméstica. Necesitan que se les dé cuerda á todas horas por medio de recreos, visitas, veladas, paseos, espectáculos. El concubinato es su destino á menos de que compensen su medianía, como mujeres de su casa, por el ejercicio lucrativo de un oficio en cuyo caso han menester, cosa peligrosa, una suplente en el hogar.

* * *

Corazón de vírgen, corazón de mármol.

Nada más impertinente que la niña; nada más sospechoso, más frágil, más falso que la niña adulta.



La joven soltera no sueña, so color de matrimonio, sino con caer en brazos de un hombre.

Y lo ántes posible. Nada de esponsales: tiempo *divino*, dice Grünn.

Una vez hallado su hombre, queda en cinta y descompuesta, su vida acabó, á no ser que logre un amante!...

Dice Hégel que la dignidad de la joven soltera es dejar á su padre disponer de ella.

Fenelon, en el *Telemaco*, lo propio.


© Biblioteca Nacional de España

Desde Rousseau y su Eloisa, hemos cambiado todo eso.

* * *

¿De dónde viene la grandeza y la sublimidad del matrimonio?

De que es todo sacrificio y abnegación.

No se casan para hacer el *amor*.

El amor para el amor, el placer para el placer. Toda mujer que lo entiende así es una ramera.

* * *

Joven soltera, un solo consejo voy á darte.

Desde luego, no te cases muy tempranamente; guarda tu juventud y tu virginidad para tí, si puedes, hasta los veinticuatro años. Entonces, si encuentras un hombre mayor que tú de diez años, fuerte, inteligente, trabajador, animoso, de buena voluntad y te se ofrece, tómalo en seguida, aunque no sea guapo, ni elocuente, ni artista. Con él te verás honrada y tan feliz cual serlo puede una mujer de buen sentido. No olvides que el más galan y apasionado de los amantes es el peor de los maridos, un ente ridículo, que en breve te dará asco y á quien te expones á convertir en necio, aun cuando

* * *

Toda mujer hace cornudo á su marido, mucho menos por haber dejado de amarle, que por parecerle necio, ó débil, ó ridículo porque, á fuerza de jugar con ella al amor, ha perdido á sus ojos el respeto.

El hombre que nunca bromea y está dotado de

© Biblioteca Nacional de España

fuerza, jamás será ridículo y rarísimas veces cornudo.

* * *

Cada mujer tiene algunos buenos momentos en su vida: por esto es solicitada, esto basta para embriagar á algun desdichado que se encadena á su destino y que no sabe lo que ha hecho.

Ahora bien, suprimido el *voto* de matrimonio, reducíos al concubinato; la mujer está perdida.

* * *

Cuando uno se *consagra,* ofrécese á servir á la persona ó á Dios á quien se consagra, según sus facultatades y según las necesidades ó la ley de esta persona ó Dios.

La mujer que se consagra á un hombre promete seguirlo y obedecerle en todo, y cuidarle, como más débil, como sirvienta.

El hombre que se consagra á una mujer promete protegerla, alimentarla, defenderla, etc., como más fuerte, y ella más débil!

La abnegación no es cosa arbitraria; de consiguiente, supone condiciones naturales dadas *á priori.* —Excluye el capricho, como lo sería un pretendido matrimonio en que el hombre admitiera á la mujer como su igual, y cambiara con ella funciones, derechos y deberes.

Pero *quid* si la mujer niega esta relación, y pretende á la *paridad* y á la *igualdad?*

¡Pues bien! guárdate entonces de casarte con ella. Deja á esa bestia feroz entregada á sí misma, al imbécil que la quiera:—y si la unión se consumase, si vi-

© Biblioteca Nacional de España

nieron hijos, si tu desdicha es irrevocable ¡ah! entonces no vaciles. De grado, ó por fuerza, es menester que ella se doblegue.

No digas: La dejaré.—Eso lo hace un alma débil. —Menester es que, desde el primer día, se convenza ella de una cosa: que no la dejarás, y que ella se doblegará.

Un hombre inteligente y resuelto posée en sí lo necesario para dominar á esa rebelde. Solo un peligro hay: la conspiración de la sociedad contra el derecho marital.

Facilidad de los tribunales en admitir la querella de las malas mujeres, en ingerirse en la familia, en intervenir en el derecho doméstico; usurpación de autoridad y de atribuciones.

Algunos han hecho de sus funciones un medio de libertinaje.—Son hombres dignos de ser molidos á palos, como perros.

Hay que atajar, entonces, la dificultad.—Considerar á la justicia establecida como enemiga del reposo doméstico, y sostén de la inmoralidad y de la rebelión femenina.

* * *

Complicidad social: cobardes, dispuestos siempre á recojer á las disolutas y á las adúlteras. De tales está lleno el mundo.

* * *

Hay que obrar sobre la opinión, y por ella sobre la justicia y la legislación, á fin de que el padre de familia sea restablecido en su urisdicción doméstica, en sus honores y su autoridad. Si las mujeres no se

© Biblioteca Nacional de España

sienten contenidas en fuero externo como en el hogar doméstico, hay traición en los poderes del Estado: sería caso de decir que la insurrección de los ciudadanos es un deber.

* * *

El hombre, en la familia, magistrado; la mujer, sacerdotisa é idolo.

* * *

Contradicción aparente: *obedecer* para *reinar*.

La mujer que manda, humilla á su marido y, tarde ó temprano, le *pone el gorro*. La mujer que en el matrimonio busca el placer, no vale más. Es una rameruela, perezosa, glotona, parlanchina, gastadora, á quien su marido no basta largo tiempo.

De consiguiente: cortesana ó mujer de su casa, razón tuve al decirlo, y no me retracto. Antes la reclusión que la emancipación;—Lucrecia, Cornelia, Virginia, dirían: ¡Antes la muerte!

* * *

Casos en que el marido puede matar á su mujer según el rigor de la justicia paterna.

1.° Adulterio;

2.° Impudicicia;

3.° Traición;

4.° Borrachez é intemperancia;

5.° Dilapidación y robo;

6.° Insumisión obstinada, imperiosa, despreciativa.

El hombre, esposo, tiene derecho de justicia sobre

© Biblioteca Nacional de España

su mujer; la mujer no tiene derecho de justicia sobre el marido. Semejante reciprocidad es incompatible con la subordinación matrimonial; implica contradicción. La mujer maltratada, ultrajada, recurra al consejo de familia y por mediación de éste, á la justicia pública.

Todo hogar compuesto de un marido y su mujer, con ó sin hijos, ó de uno de los cónyuges viudo y los hijos, ó de hijos solamente, huérfanos de padre y madre, se compone naturalmente de los padre y madre, tios y tias, hermanos y cuñados, primos y primas, suegros y suegras, hijos y nietos mayores, reunidos en número de cuatro personas al menos: á falta de parentesco, de las personas legalmente designadas: el *alcalde* ó su *vicario*, el *juez de paz*, el *patrono*, el *jefe de taller* ó *jefe de oficina*, el *socio*, *cofrade* ó *colega;* el *capitán* de la compañía, si el alcalde forma parte de la guardia nacional ó del ejército; el *médico* de la familia, los *amigos* y *conocidos*.

El consejo de familia existe de pleno derecho para todo el mundo. Se convoca, de pleno derecho, á instancia de la parte querellante, por aquél de sus miembros que es su presidente natural, según el órden de parentesco ó de dignidad cívica.

Es una vergüenza para nuestra sociedad, una señal de decadencia, que la mujer pueda pedir el divorcio por *incompatibilidad de humor* ó *violencias del marido*. Mientras no haya ódio de parte de éste, inmoralidad, incapacidad, vicios graves y sin motivos, la mujer que se queja debe ser considerada culpable y devuelta á su hogar. Solo al consejo de familia incumbe formular, por ella, la instancia de separación.

© Biblioteca Nacional de España

El marido tiene la facultad de repudiación *ad libitum*.—La obligación, para el que tiene la autoridad, de vivir á pesar suyo con una esposa, implica contradicción. Solamente, el consejo de familia, y los tribunales despues, si ha lugar, fallarán sobre *restituciones* é *indemnizaciones*.

Si el hombre ha recibido la superioridad de inteligencia y de carácter sobre la mujer, ha sido para usar de ella. Inteligencia y carácter obligan. Si ha recibido la superioridad de la fuerza, fué para ejercer sus derechos. Fuerza tiene derecho, fuerza obliga.

***

La generación actual no está á la altura del matrimonio, la sociedad está amenazada de una recaída en el concubinato. En tal previsión, importa que el hombre que, en vez de mujer, tome querida, sepa conducirse.

Las relaciones libres no tienen otro objeto que el amor; partamos de este principio, sin inmiscuirle otro. En cuanto se le mezcla la amistad, negocios de interés, la educación de los hijos, los amantes pasan insensiblemente al matrimonio.

De consiguiente, nada de domicilio común entre los amantes, nada de hogar común, y el menor número posible de noches comunes.—La asiduidad, la cohabitación, hace insulso el amor; solo la dignidad conyugal comporta la vida común. Cada cual en su casa, á sus negocios: el amor, la voluptuosidad saldrán gananciosos, y las costumbres tambien. Si os veis arrastrados á reuniros, no regateeis: ¡casaos! Sois esposos, salvo el convenio oficial: es

© Biblioteca Nacional de España

inútil hacer oposición á la costumbre, y ofender la constitución por una especie de apuesta. Entrambos os resentiríais de ello: cesando el hecho de ser raro, y la paradoja generalizada, no siendo ya paradoja, vuestro concubinato no sería sino un matrimonio, sin las garantías legales, lo cual es absurdo.

Nunca un amante debe presentar su querida á sus amigos, ni conducirlos á su casa, ni exhibirla en sociedad.—Los honores y prerrogativas de la esposa no son para ella, y á esto se opone la naturaleza de las cosas.

Solo hay dos especies de amores que se exhiben: el amor conyugal y el amor prostituido. Son los dos extremos, la antítesis.—El amor concubinario se vela; el secreto es su regla, su ley.

La concubina que se exhibe, no siendo esposa, es una prostituta.—No escudándola el honor matrimonial, es descocada, es cortesana, es *impúdica.*

Se deben consideraciones á la querida, al amante que se ocultan y se disimulan; solo desprecio, y si llega el caso, afrentas á la que se exhibe.

Un amante debe á su querida afecto, protección, auxilio; pero nada más. Como no asume la responsabilidad de su conducta, carece de autoridad sobre ella; no ha de esperar de ella sumisión, sacrificio; recíprocamente, no le debe sacrificio alguno, y hace mal si compromete en algo, por ella, sus proyectos, su porvenir, su ambición, su fortuna, su existencia.

La servidumbre concubinaria es más ruda que la conyugal, por cuanto las servidumbres de la primera provienen de la carne, son servidumbres de amor y de voluptuosidad; mientras que el matri-

© Biblioteca Nacional de España

monio tiene por objeto, dando el amor, emanciparlo de sus servidumbres carnales y voluptuosas, y de no imponerle sino servidumbres de razón, de honor y de derecho.

El amor libre es un tirano; el tirano que todos los poetas han cantado; no lo olvideis!

Hombre, tú no darás libertad á la mujer sino á espensas de la tuya; mujer, tu no otorgarás licencia á tu amante sino á expensas de tu honor y de tu felicidad.

No fies tus secretos, ni tus negocios á tu querida, pues abusará de tu confidencia.

No la pidas servicios; se prevalecerá de ellos para tiranizarte.

No des nunca á una mujer libre, querida tuya, arma alguna contra tí: nada de compromisos, nada de promesas, nada de prendas. Manténla á distancia: pórtate con ella, en todo tiempo, como si debierais reñir al día siguiente.

Un hombre que se respeta puede acuchillar á su esposa infiel. No me atrevería yo á decidir que le esté permitido dar un pescozón á su querida infiel. Esta es *libre;* la quisistes libre; la libertad es el carácter del concubinato. En tal concepto, la querida libre comparte el destino de la cortesana, que es la mujer libre por excelencia: no tiene derecho á la puñalada.

Los celos son compañeros del amor libre; entre esposos, no se conocen. Aquí la infidelidad ofende, contrista, pero nada más. Allí, crea el escozor de los celos, las cóleras de la rivalidad; corroe, enfurece, impele al asesinato. En el concubinato, la infidelidad ataca al amor propio, la vanidad, el orgullo. En el matrimonio, al derecho.

© Biblioteca Nacional de España

Por ello la infidelidad de la querida es casi una reserva sobre-entendida por el contrato de libre amor, infidelidad que el amante no tiene el derecho de vengar;—mientras que el asesinato de la esposa infiel es un acto de justicia marital.

El amor conyugal es exclusivo, único, sagrado; por ello su violación es un crimen, punible con la muerte.—El amor libre no es, ni mucho menos, incompatible con la multiplicidad, como así lo ha visto Fourier y lo han comprendido los Orientales polígamos; por ello la promesa de fidelidad entre amante y querida es nula de sí: es el billete de la La Châtre.

Y por ello, la única venganza permitida al concubinario burlado es la separación y el desdén.

*
* *

La abnegación es superior al amor; la ley conyugal es más bien jurídica que erótica.

*
* *

Así como la civilización debe curarnos de la esclavitud, del proletariado, de la poligamia y de la prostitución, así también debe curarnos de la confusión de los sexos, dando al hombre una educación cada vez más masculina, y á la mujer una educación cada vez más femenina.

*
* *

El concubinato no podría ser reconocido, en democracia, como una forma legal de unión entre el hombre y la mujer. Pertenece exclusivamente á las costumbres aristocráticas.

Sin embargo, las relaciones íntimas, no acom-

© Biblioteca Nacional de España

pañadas de engaño, y continuadas de buena fé, crean en favor de la mujer y de sus hijos ciertos derechos y dan lugar á una acción contra el hombre. Auxilios, agradecimiento, etc.

* * *

AMOR: está extinguido; no mas calor: sentidos, sangre.

* * *

Del amor en el matrimonio,—Todo el mundo lo anhela, dire que es cosa apetecible y ni siquiera un moralista, ni siquiera un poeta ha advertido que el amor es cosa ASEGURADA, pero solamente entre personas honestas y razonables.

¡Se hace jueces de ello á las niñas y á los mozos de veinte años!

Como en la comedia. Allí reinan el *capricho* (la palabra se usa. «Ese hombre es *mi capricho*»), el instinto, la locura!

Ahora bien, los principios de las uniones felices son las siguientes:

1.° Que una buena educación y una razón suficiente hacen desaparecer en los individuos los malos hábitos, los *tics* desagradables, las exhorbitancias del temperamento, los extravíos de las pasiones, etc., y crean un estado medio qué, necesariamente, es susceptible de acomodarse á todo.—Así se disminuyen las incompatibilidades de humor, las antipatías de caractéres, etc.; que denotan en los individuos naturalezas mal desbastadas.

Que el hombre razonable y libre, advertido

© Biblioteca Nacional de España

por la experiencia universal, debe vencer en sí la lascivia y la incontinencia, vigilar su corazón, desconfiar de su imaginación, mantenerse en guardia contra las inclinaciones institutivas, que se atribuyen á revelaciones del cielo, á presentimientos misteriosos y que á menudo no son más que bestialidad;—tener por cierto que entre hombre honrado y mujer honrada el amor está asegurado y es de la mejor ley.—Los esposos se elegirán sin mirarse, por decirlo así, sino con los ojos del espíritu, diciéndose el hombre que su mujer será digna de él y preciosa si reune las siguientes cualidades:

Sana, juiciosa, casta, laboriosa, limpia, inteligente en los trabajos del hogar, amante del retiro y del silencio.

La mujer diciéndose, por su parte, que un hombre será digno de todo su amor, si es:

Sano y vigoroso, juicioso, trabajador, ordenado, exento de vicios excesivos, tales como: lujuria, borrachez, cólera,—estudioso, severo, dueño de sus opiniones y de sus hábitos;—no paseante....

Semejantes esposos se amarán mucho sin ser vistos nunca, se consagrarán uno á otro y su amor parecerá tranquilo y plácido como una noche de Junio.

* * *

La mujer limpia y casera no es la que toca la basura con la yema de los dedos; que, para arreglar su casa, tiene un trapecillo coquetón, ó que, arrastrando chanclas á pretexto de limpieza, vá cubierta de guiñapos inmundos. Es la que, ceñida en sus ropas, vestida de corto, *succinta*, con bata sencilla, y aún ordinaria, pero limpia, calzada sólidamente,

© Biblioteca Nacional de España

puesto el delantal y llevando en la cabeza gorra ó pañuelo, no teme sumerjir manos y brazos en la basura, remueve el estiércol, maneja la escoba y se ocupa en la cocina.

*
* *

Menester es, en absoluto, que un marido imponga respeto á su mujer, y para ello se le dan todos los medios: tiene la fuerza, la previsión, el trabajo, la industria. En ninguna de estas cosas sabria igualarle la mujer. Es menester además que tenga y dé prueba de valor, de voluntad, de justicia, de caridad; que sea bueno, adicto á sus amigos y á la cosa pública. En estos dos últimos puntos la mujer se halla tan distante, por naturaleza, de igualar al hombre, que antes bien censurará, que no alabará á su marido por su virtud. La virtud de la mujer tiene por medida su hogar, sin expansión al exterior. Lo que un hombre haga por sus amigos y por la república, lo reclamará ella *para sí misma* y para *sus hijos*; lindo pretexto de egoismo, al que un hombre jamás se ha de tomar la pena de contestar. Mucho mejor se le diría al hombre que no tiene derecho á sacrificar á los otros, á los extraños, ni sus hijos, ni su mujer, ni su bienestar, ni á sí mismo. Aqui es donde hay que comprender bien lo que dice Jesucristo: «Que la mano izquierda no debe saber el bien que hace la mano derecha.» La mano izquierda, es la mujer! Un verdadero hombre jamás le pedirá permiso para hacer el bien que se propone; ni tampoco le confiará su propósito. La lengua de la mujer es calumniadora de la virtud viril, en cuanto esta franquea la puerta del hogar.

© Biblioteca Nacional de España

Mas vale una mujer lisiada en el hogar que una coqueta andarina en el paseo.

***

No estimo otra voluptuosidad que la que se razona y me deja libre; que, para ser sentida, exije solamente corazón, franqueza, conciencia y la educación del gusto.

Fuera de aquí, hay exceso, corrupción, liviandad.

Inteligencia, gusto, probidad, libertad: tales son las cuatro condiciones esenciales de la felicidad, tal es la posesión de una mujer honrada, modesta y laboriosa.

Para ser feliz con una mujer, requiérese:

1.° Respetarla;

2.° Amarla, nó con pasión, sino con ternura;

3.° Ser superior á ella, en lo posible, por la fortuna, el genio, la industria, el valor, la fuerza, la abnegación.

En una palabra: es menester que reconozca que el hombre puede más que ella, y que en todos conceptos ella le es deudora.

La pasión amorosa no es nada, aquí.

Dulzura y sacrificio son el todo.

***

Un novelista, no sé quién, publicó una novela intitulada: *La Mujer de Treinta años*; y otro: *La Mujer de Cuarenta años*. Este hubiera podido hacer una obra útil si no hubiese tomado precisamente por lo serio las pasiones y extravios de espíritu que se apoderan de la mujer cuando se aproxima á la cuarentena.

© Biblioteca Nacional de España

En los matrimonios ordinarios, medios, las cosas van igualmente bien durante los diez ó doce, y á veces quince ó veinte, primeros años.

Después, de pronto, cuando los hijos han venido y van creciendo la mujer se vé atacada de una melancolía peculiar á su sexo y que es la crisis mayor de su existencia moral. Reflexiona sobra su vida, sobre la condición de la mujer en la familia y en la sociedad y se dice para sus adentros, que es una criatura sacrificada, de destino subalterno y que no tiene valor, ni existencia por sí misma, ni para ella misma. Rebélase su orgullo, agríase su carácter, y cae en la misantropía, en la hipocondría; tiene decaimiento, tédios de corazón inmotivados, llantos sin penas. Afecta la igualdad, y hace bromas tocante á su *amo*. Si su marido sale, tómase ella la misma libertad, etc.; hay que reprimir esto; no permitir la menor insurgencia.

¿Cuál es su significación en la tierra? Supongo que su destino haya sido de los más venturosos, digno de ser envidiado por todas; que la naturaleza y la educación le hayan dotado y colmado; que, nacida sin fortuna, haya sido distinguida, amada por un hombre de bien, leal, generoso, simpático á su corazón, y que con ella se casó. Supongo que haya gozado todas las fiestas del amor, todas las voluptuosidades de la fortuna, todas las distinciones sociales, todos los respetos domésticos, todos los goces de la maternidad: llegada la hora, se considerará infelíz. En suma, dice ella, no nací para mí sino para otro; no soy un centro, sino un radio; mi vida no es una vida, es un apéndice! ¡He sido amada; me he creido felíz; ilusión! Me tomó para ÉL,

© Biblioteca Nacional de España

no para mí! Soy una joya, un mueble, he sido admirada, distinguida, alabada; he tenido triunfos; pero todo le correspondía, como á un propietario. ¿No llevo acaso su apellido? Una mujer no tiene apellido, solo tiene nombre de pila.—Y yo, inocente, ciega, me dí á él; él me quiso, y me tomó. ¿Para qué ha servido lo más hermoso, lo más claro de mis años? Para hacerle feliz, para hacerle envidiado, para darle hijos. La mujer es una máquina de reproducción. Él manda; yo obedezco; él anda, y es forzoso que yo le siga, Y ahora, todo acabó; pasaron mis días juveniles: ¿qué soy yó? encadenada, gastada, eclipsada, solitaria, muy pronto abuela, objeto de ironía y de piedad. Mientras que ÉL ¿no parece crecer en autoridad, en fuerza, en consideración? No es más arrogante, más vigoroso, más estimado, más dueño de sí mismo y de los suyos, y de los otros, á medida que su rostro se arruga, sus piernas flaquean, su cuerpo se encorva y su cabeza se corona? La gloria del hombre aumenta hasta la muerte; la de la mujer declina desde el día del casamiento. Y no obstante, sin la menor duda, yo pertenezco al número de las afortunadas! ¿Qué será de las otras? ¡Irrisión!... ¡Ah! daría mi vida toda por un día de libertad, de independencia, de vida personal; porque, en suma, nosotras no somos personas. La personalidad de la mujer no se reproduce fuera de la familia, queda permanente en la indivisión.

Esta enfermedad mental afecta sobre todo á las mujeres de las clases acomodadas; á las que tienen ocios, educación; á las felices, á las envidiadas de la tierra. Es mucho más rara, y apenas de ella se en-

© Biblioteca Nacional de España

cuentran acá y allá algunos indicios, en las gentes del pueblo, en la campesina y la mujer del obrero, allí donde la actividad de la vida, la necesidad punzante no dejan lugar á las meditaciones.

La vida del hombre es un combate, sobre todo para el hombre del pueblo; la mujer es su *hetaria*, la compañera, la cantinera. Entre ellos trátase de muy distinta cosa que de disfrutar de preponderancia y de autoridad. Hay que combatir: los papeles distribúyense según las aptitudes de los individuos ninguno tiene tiempo sobrado para preguntarse si es eje ó rádio, sol ó planeta.

Los estragos de tal afección son á veces desoladores, unas mujeres se vuelven verdaderas insurrectas; otras, no sabiendo que hacer de su libertad, se lanzan al adulterio, y unas cuantas, en aborrecimiento al otro sexo, se encenagan en hetereogéneos amores.

¡Cuantos matrimonios, perfectamente unidos por espacio de doce ó quince años, no se han trocado en un infierno, sin que hubiese causa válida!

La mujer que se aproxima á los cuarenta, y que se vé asediada por este Asmodeo, lamenta su matrimonio: olvida marido, hijos, enlace, hogar; todo le disgusta, se le hace indiferente, insoportable; contra ella propia se queja; búscase á si misma y no se encuentra.

Trátase de atravesar este instante de crisis; de tí, hombre, depende salir sano y salvo de tal desfiladero y de curar á tu enferma. En cuanto por ciertos signos de impaciencia, por ciertos actillos independientes, por la amargura de ciertas reflexiones, reconozcas el principio del mal, debes adoptar una conducta friamente calculada y severa. Nada de ex-

© Biblioteca Nacional de España

hortaciones, de amonestaciones; ni una palabra de objeción; esta enfermedad no debe atacarse por la razón, por la lógica; todo cuanto dijeras solo serviría para agravar el mal. Claro es que no puedes, ni debes negar nada de lo que irrita á tu mitad; así es, y está bien. En vez de procurar suavizar para ella la situación hay que hacerla, por el contrario, no más ruda, sino más invencible, más inexorable. Tú, entonces, debes ser como el representante de la fatalidad. Mucho menos aún debes consolarla de sus penas, ofrecerle compensaciones, disimular tus prerrogativas, pues ella te miraría, con razón, como á un hipócrita, ó como á un espíritu débil; y le causarías repugnancia. Déjala alimentar su tristeza, sin una palabra, sin una reflexión; y sobre todo, ninguna prueba de ternura entonces. A la sazón, ella no es ya mujer, tu amor sería contra la naturaleza; sea tu regla la más absoluta continencia. Te perderías, y ella contigo. Por otros medios debes obrar sobre ese corazón desabrido y devolverle la energía y la moralidad.

Ante todo, velar sobre tí mismo y á la vez que absteniéndote escrupulosamente del lecho conyugal, observar la más exacta fidelidad. Ni una palabra, ni un ademán de galantería, ni á derecha, ni á izquierda. Enferma tu mujer, debes vivir, como si estuviera de parto, á modo de anacoreta. Tu valor, tu autoridad aumentarán otro tanto; y ella no dejará de advertirlo.

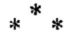
Secuestrado de todo amor y de toda ternura, debes redoblar tu actividad en el trabajo, primeramente en todas las cosas que te conciernen, luego, y más de lo que antes hicieras, en las cosas del hogar. Tu mujer sufre, su razón está afectada; su corazón re-

© Biblioteca Nacional de España

blandecido; sin que te escape el más mínimo reproche, haz como cuando se encuentra enferma; que te vea poner mano en los detalles domésticos, y reconozca que, en su ausencia, podrías salir de apuro.

Versen vuestras conversaciones únicamente sobre el porvenir, sobre la educación de los hijos y el dote de las hijas y los gastos que todo ello requiere, los esfuerzos que debes hacer, las medidas que han de tomarse, las luchas que deben sostenerse.

Insensiblemente, tu mujer reconocerá que vales más y mejor que ella; reflexionará que tú tambien te has esclavizado, que tu existencia está subordinada; pero que, mientras su corazón se hincha y llena de vapores, tú marchas resueltamente, sin queja, sin recompensa, por la vía del sacrificio, del deber. Tarde ó temprano se dirá ella esto, y sentirá remordimientos. Más adelante, la naturaleza femenina recobrará su imperio: despues de haber gemido y suspirado, advertirá que aùn le quedan amigas de sus primeros años; querrá cojer ese rebrote de amor, volver á ser jóven, agradar todavía: entonces, hétela salvada, y á tú más amo aún que antes.



Arguyo sobre las relaciones entre el hombre y la mujer, como sobre el derecho de propiedad.

Por la justicia personal el hombre puede motivar y legitimar su dominio territorial, el cual, en el fondo, no es más que una usurpación. Y como fuera de la propiedad, la sociedad humana es imperfecta, y la libertad incompleta, he deducido por consecuencia que la justicia es necesaria.

Así mismo digo que, fuera del matrimonio y de

© Biblioteca Nacional de España

la subordinación del sexo femenino al sexo masculino, la unión del hombre y de la mujer es imposible; y como la preponderancia del primero no puede legitimarse sino por la justicia, es menester que el hombre sea justo. Esta justicia para con la mujer, le será fácil por el amor.

Hombres, sed justos, y poseed en plena superioridad y soberanía la tierra; la justicia os hace á todos soberanos; la naturaleza entera es vuestro dominio.

Hombres, sed justos y poseed en plena superioridad á vuestras mujeres; la justicia, que es vuestra, es superior al amor, que es suyo; y sin justicia no podríais dignamente amar, ni ser amados.

Toda *doctrina* contraria es prostitución y negativa del derecho; debe ser perseguida y castigada. Pero no os asusten las reclamaciones incesantes de vuestras mujeres: su índole es tender sin tregua á la dominación y hasta diré que su derecho es poner á prueba, constantemente, nuestra autoridad y nuestra justicia, á fin de reconocer si somos dignos de su amor.

Por cuanto, no lo dudeis: á pesar de su frivolidad, lo que las mujeres aman en nosotros es la justicia, la fuerza, el trabajo. En cuanto al talento, siempre abrigarán la pretensión de tener más que nosotros.



No sé qué mujer se escandalizaba al ver que, nosotros, los hombres, creemos que una mujer ya sabe bastante cuando zurze nuestros calcetines y nos hace biftecs. A estos hombres pertenezco yo.

* * *

© Biblioteca Nacional de España

Niego radicalmente los genios femeninos.

Niego que el género humano, desde hace seis mil años, haya tenido que agradecer ni una sola idea al sexo femenino; exceptúo á Ceres, á Palas, á Proserpina, á Isis, á las diosas y á las hadas; pero...

He notado que en cada doce mujeres literatas, artistas líricas, dramáticas, ó eruditas ó filósofas, instruidas, hay pòr lo menos diez mujeres frívolas ¿Qué dicen á esto las señoras R.*** y de H.***?

He conocido, en cambio, á buen número de mujeres de gran corazón, de alma grande, de grande espíritu, que, durante cincuenta años, sin cansarse, ni quejarse, han hecho la cama á su marido, han lavado sus calcetines le han preparado las tisanas, etc. Todas ellas eran honradas, prudentes, animosas, limpias, etc.

Pregunto ¿qué hemos de ganar en el cambio?

Sin duda, ellas dirán que las mujeres tienen tanto derecho á *divertirse*, como los hombres.

Cuestión sobre la cual no estoy de acuerdo.

Pero, aunque así fuera, hay una cosa cierta y es que nosotros, los hombres, no queremos á ningún precio mujeres que se *divierten;* y como quiera que no estamos obligados á tomarlas, si esas damas, despues de haberse divertido hasta los cuarenta años, se mueren dc miseria y de abandono á los cincuenta ¿de quién será la culpa?

¿Acaso no somos dueños de nosotros?

*
* *

La Pornocracia moderna.— Se ha hablado del feudalismo nuevo, ó feudalismo industrial. Tiene un triste *pendant:* la pornocracia.

© Biblioteca Nacional de España

Hecha abstracción del gobierno, que casi no es otra cosa, en toda sociedad, sino el instrumento de los partidos, de las pasiones, de los vicios ó de los intereses, algunas veces de las libertades, de las virtudes sociales, y otras de todo ello junto, se puede considerar la pornocracia como la segunda potencia de nuestra época, despues de la del dinero.

Potencia oculta, desde ha largo tiempo denunciada, *todo se logra por las mujeres*. Desde treinta años acá, eso se acusa poco á poco por teorías, libros y un partido, que no es otro sino la *bohemia*.

Pornocracia y malthusianismo debían andar juntos. Eso se llama, se apareja, se une y se casa, como la causa y el efecto.

Una pide que no se hagan más hijos; y el otro enseña á no tenerlos.

La poliandria para las mujeres;

La poligamia para los hombres;

La promiscuidad para todos;

Hé aquí el secreto pedido por Malthus.

La vida es un banquete, dice Malthus; *bravo!* exclama el pornócrata: queremos el placer, el goce, la dicha!

Trabajar poco, consumir mucho y hacer el amor.

No hay salvación sin la libertad y el derecho.

Con la libertad y el derecho, no más *afeminación*.

El productor, rodeado de todas las garantías que en vano pide á la centralización, obligado á contar consigo solo. Fin de la influencia femenina.—La nación francesa guarda sus cualidades propias y les añade los de los otros pueblos.

Toda prostitución tiene su principio en el *sensualismo* y en el *idealismo:* puede definirse: la subalter-

© Biblioteca Nacional de España

nación de la voluntad por los sentidos ó lo ideal, lo cual significa: la prostitución del espíritu, de la conciencia y de la libertad á un objeto inferior, el goce ó deleite voluptuoso.

Toda doctrina que, en vez de saciar la imaginación y los sentidos, de someter la pasión á la justicia, tiende, por el contrario á lisonjearlas y satisfacerlas, inclina á la fornicación, á la pornocracia.

A este número pertenece la filosofía amorosa de J. J. Rousseau. Y tambien el naturalismo de Bernardino de Saint-Pierre.

Ambos escritores son excelentes moralistas en la mejor parte de sus obras; su intención no es tampoco acusable jamás; pero por las concesiones que uno y otro hacen *al amor* y á la voluptuosidad, hay en ellos una tendencia equívoca que, por lo demás, se observa en su vida...

Hay que colocar en la misma categoría á todos los *idólatras* antiguos y modernos, religiosos ó simplemente artistas y *dilettanti.* «La supremacia otorgada al principio estético sobre el principio jurídico y moral es el verdadero fermento pornográfico. Por ahí es por donde tantos llegan á la prostitución de la conciencia y al abandono del derecho, á la filosofía de Epicuro; sobrecójeles desde luego al deleite artístico, la adoración de lo bello; y en breve, el epicureismo y el sensualismo.

La gente literata y artística, salvo honrosas excepciones, es poco virtuosa, poco amiga del derecho, poco ejemplar en sus costumbres. De ahí, la *Vida de Bohemia* y tantas otras.

No fueron así Alberto Durero, Rembrandt, etc.

El mal debe achacarse á los reformadores pasio-

© Biblioteca Nacional de España

nalistas, sensualistas, etc. Helvacio, Saint-Lambert, etc., y en nuestros días, á los san-simonianos, enfantinianos, falansterianos y comunistas.

Enfantin pretende rehabilitar la carne; no comprende de otro modo la abolición del cristianismo, y el espíritu de la Revolución que lo abroga. Deifica la riqueza, el lujo, el amor, la voluptuosidad.

Fourier establece su sistema sobre el vuelo de las pasiones, sobre su libertad y el equilibrio que deben establecer naturalmente entre sí. No hay *sacrificio;* la *abnegación* es supérflua.

Pero entrambos quedan derrocados por el hecho de que la facultad de consumir y de gozar anda mucho más aprisa que la de producir; que el trabajo humano, con todos los esfuerzos imaginables, no puede llegar á dar á cada cual más que un modesto bienestar; que el atractivo de la voluptuosidad es muy distintamente poderoso que el del trabajo, y que si este último no está sostenido por una fuerza superior, severa, imperativa, que es la conciencia, hay en breve desorden y anarquía, y todo está perdido.



Lo *santo* y lo *ideal;* la misma categoría.

La religión propone á los hombres por principio, modelo y ley el Sér soberanamente perfecto, el Dios eterno, absoluto, infinito, etc.

Vicio de este método:

Mostrar oro, jarros preciosos, joyas ¿es *enseñar á hacerse rico?*

Exhibir soldados, pasar revistas, amenazar incesantemente á la Europa con 600,000 bayonetas, ¿es esto gobierno, influencia, fuerza?

© Biblioteca Nacional de España

Engañar, mentir, ser perjuro, traidor, ¿es política?

Hacer respirar el olor de los manjares, ¿es enseñar á cocinar?

Estar enfermo ó sano, ¿es ser médico?

Ostentar desnudeces, ¿es amor? ¿es matrimonio?

Similiter, adorar á un Dios perfecto, á un Cristo heróico, dulce, tierno, compasivo, no es la moral;

Hacer procesiones, erigir templos, fundir campanas, estátuas, cálices, no es tener religión;

Una constitución, códigos, procedimiento, etc., no es la justicia;

El idealismo cristiano es impotente;

Misterios, alegrías, mitos, no es la razón.

Nada más bello que Homero y Fidias, etc.; más esto no salvó á la Grecia; el Romano con su *jus*, más fuerte que el Griego.

* * *

Sí, cien mil veces sí, ante el derecho nada subsiste, todo es inmoral, reprochable.

La propiedad es el robo;

La comunidad, disolución;

La concurrencia, bandolerismo;

El comercio, agiotaje;

La autoridad, opresión;

El sufragio universal, anarquía;

La religión, decadencia;

Dios, Satanás;

Amor, libertinaje;

Lo ideal, pecado;

Lo absoluto, nada;

El trabajo, servidumbre.

© Biblioteca Nacional de España

¿Impide ello que estos diversos elementos formen partes necesarias de la constitución social?

No hay otros.

Son las *fuerzas* del mundo del espíritu, del órden económico.

¿Qué es lo que santifica, pues, y consagra estas fuerzas?

La justicia, que opera su balance, etc.

*
* *

Amor propio, principio de justicia.

Cuanto más bello me siento, más me respeto.

Cuanto más amo, más temo desagradar y todavía me respeto más; pero, cuanto más me respeto, más justo soy.

*
* *

¿Te juzgas sábio, porque conoces un lugar comun, viejo como el mundo, á saber: que el amor es señor de los hombres y de los dioses; que triunfa del héroe, como del esclavo, del sabio como del ignorante, y que su fuerza es irresistible, fatal?

¡Imbécil! otras muy distintas fatalidades hay. Y eso, ¿qué prueba?

Fatal es que comas y bebas: ¿será una razón para que tomes tu comida del árbol del vecino, de su marsustento de su bodega? Has de trabajar, de ganar tu sustento, y de ganarlo con probidad, y eso cada día!...

Sí, es amor de siempre; pero no robes el bien ajeno; sométete á las condiciones del amor normal, que son el matrimonio y sus obligaciones.

© Biblioteca Nacional de España

En el órden de la naturaleza, el concubinato es debilidad, es falta venial.

Pero al legislador incumbe proscribirlo, como le incumbe apropiar la tierra...

Y es positivo que á ello tiende la civilización.

* * *

Por la confusión de ideas y la anarquía del entendimiento se llega, en lo moral, á la disolución y á la prostitución.

De igual suerte, por la prostitución y la disolución de las costumbres se llega al caotismo intelectual, todo ello se enlaza; todo ello es recíprocamente causa y efecto.

El hombre de costumbres disolutas no tiene principios morales, filosóficos, ni religiosos; se amolda una razón conforme á su conveniencia. La lucidez del espíritu con las tinieblas de la conciencia son cosas incompatibles.

El desórden acarrea el desórden; el órden, por el contrario, llama el órden.

Y ambos se hacen recíproca guerra.

Haced luz en las inteligencias, y volverán á las buenas costumbres; haced luz en las conciencias, obligad á los corazones á creer en la justicia, y se harán, en breve, teorías, una doctrina, una filosofía, una ciencia universal.

Por eso la mujer cuyos modales, cuyos hábitos, espíritu ó costumbres son en sentido contrario á las aptitudes de su sexo, no tarda en perder, con todas las virtudes de dicho sexo, el sentido moral y el sentido comun. Conviértese en *una bestia*.

* * *

© Biblioteca Nacional de España

El pueblo francés es un pueblo mujer.

Tiene cualidades excelentes, superiores; es amable en sociedad, de concepción viva, de instrucción fácil, simpático á todos, fácil, sociable, nada avaro, sensible á lo bello, pronto al heroismo.

Produce genios superiores, escritores, pensadores, artistas, inventores, sabios, en tal suma como pueblo ninguno del mundo.

Andará siempre, en cuanto vea andar al mundo, y nunca querrá permanecer rezagado. Tiene la ambición de hacerlo todo mejor que los demás, y desdichado del gobierno de quien sospecha que le impide hacer bien y distinguirse.

Con todo ello, es positivo que el Francés, presto siempre á creer y á conmoverse, amotinarse y emanciparse, como las mujeres, no tiene el sentimiento elevado de la libertad, de la libertad civil y política. No la comprende, y le dá poca importancia, como las mujeres.

Déjase engañar facilmente de quien le adula, como la mujer.

Una vez movido, se entrega fàcilmente, se revuelca en su prostitución, como la mujer,

Necesita ser contenido por una mezcla de caricias y de autoridad, como los niños y las mujeres: la dignidad del hombre libre y el sentido moral no le bastan estos dones superiores son débiles en él, como en las mujeres.

Es vanidoso, como la mujer; cree á los charlatanes, como las mujeres. Como quiera que es una ley que el gobierno sea la expresión de la sociedad, ocurre que el gobierno, en Francia, pertenece á las medianías, á gremios que nada tienen de viril, que usan barbas postizas.

© Biblioteca Nacional de España

La Revolución del 89 produjo algunos verdaderos varones: la democracia no quiso de ellos, los ha mancillado, los reniega, los infama: Mirabeau, Dantón.

Pero ha adorado á Robespierre...

Nunca apreció la Francia francamente á Richelieu, á Colbert, ni á Turgot, prefiriendo á ellos, en todo tiempo, á los Fouquet, los Louvois, los Necker.

Esto se observa sobre todo en los clubs, en las profundidades del partido.

El periódico que tendrá más escritores será siempre el que se halle á nivel inferior á la medianía.

La Revolución francesa no es obra de la nación.

La ración resistió á Turgot; desconoció á Mirabeau, jamás comprendió á Montesquieu; no sabe qué cosa sea sístema constitucional; desconfía de los hombres de principios, pero siempre prodiga ternuras á los hombres de sentimientos.

La nación (hoy díaestá probado) se halla inferiór á su revolución.

Bonaparte, al hacer la Constitución del año VIII, pudo decir que el pueblo francés no estaba aún maduro para la libertad; ni lo estaba más en 1814, ni en 1830, ni en 1848; ni parece estarlo mas en 1860; el pueblo francés no madurará jamás.

No llegará á ser libre Francia por la consideración ó por efecto de la madurez; lo será porque, habiéndose hecho libre la Europa entera, y á ello subsiguiendo las reformas económicas, no será posible que Francia sea otra cosa sino libre, y permanecerá libre, porque no tendrá nada que pueda impedirle que lo sea.

Por sí misma, por la fuerza de juicio, por la energía de carácter, por altivez de ánimo, sentimiento del

© Biblioteca Nacional de España

derecho, religión de la legalidad, nunca Francia llegaría á ser libre.

Es incapaz de ello; su democracia se lo veda.

* * *

El culto del amor y de la voluptuosidad es el cáncer de la nación francesa.

* * *

El partido republicano ha adulado esta inclinación detestable.

Periódicos á cinco céntimos, del domingo. El pueblo repleto de novelas; embriaguez de lujuria por toda instrucción!...

Nación acabada: que no tiene ya misión, ni papel que desempeñar, que inaugura la nueva Babilonia con la música de sus 130 regimientos, que utiliza únicamente la fuerza, no como fuerza útil, industriosa, virtuosa, sino como fuerza de teatro, fuerza brutal, militar, estéril.

El informe de M. Delangle, sobre la estadística criminal en Francia de 1851 á 1860, y el artículo de la *Revue britannique belge*, 10° cuaderno, sirven para probar, contra las conclusiones del guarda-sellos, que la moralidad pública, en Francia, ha experimentado una aterradora depresión de diez años acá.

Disminución de los crímenes contra el orden, de los robos á mano armada, de los asesinatos, de todo lo que supone cierta energía; pero aumento de los delitos bajos, cobardes, viles:

Crímenes contra la honestidad, cometidos sobre todo en niños, de uno y otro sexo;

Infanticidios;

© Biblioteca Nacional de España

Fornicación general, adulterio (no perseguido), vagancia;

Delitos contra el honor, falta á la palabra, estafa refinada, no prevista por la ley: sustracción, agiotage, juego, soborno, venalidad, traición, ingratitud, concusión, bancarrota fraudulenta, deserción del trabajo, etc.

Hasta en el crimen mismo hay decadencia! Nación que recuerda á la Italia del siglo XVI.

* * *

Así como al culto del verdadero Dios se oponía la idolatría, en el pensar del monoteista judío y cristiano, así también á la justicia, respeto del culto de la humanidad, se opone la prostitución de nosotros mismos.

¡La prostitución! Sacrificio de la dignidad humana al *egoísmo*, á la avaricia, al orgullo, al placer, á todas las reducciones inferiores. En realidad, uno no se prostituye á otro; se prostituye á *sí mismo*.

El modo más ordinario de prostitución es la venalidad de la mujer. Una variedad, es la venalidad del talento y de la inteligedcia; la venalidad política.

Toda prostitución comienza por la fornicación *amorosa*.

La glorificación del amor y de la belleza, tal como la enseñan los novelistas, los dramaturgos, los poetas ligeros, es excitación á la prostitución.

Toda filosofía sensual y carnal, es prostitución:

Prostitución política;

Prostitución matrimonial;

Prostitución amorosa;

Prostitución vanidosa;

© Biblioteca Nacional de España

Todo converge al *goce*, cuyo modo más solicitado, más grato, más universal; el eje de los demás, en vista del cual los demás no existen, y sin el cual no son nada, es la voluptuosidad.

Tal vez, antaño, no se cometían muchas menos faltas. Pero la diferencia con hoy es grande.

Cedíase á la pasión, cuando se creía en el pudor; hoy día no se tiene pudor!

* * *

La esencia del pudor es la negación del amor por el amor.

* * *

Desde Juan Jacobo Rousseau el amor ha recobrado la superioridad sobre la justicia, y ya vemos el resultado.

* * *

He hecho mal en decir demasiado bien de las mujeres: he sido ridículo.

* * *

De la pornocracia y de la afeminación en nuestros tiempos.—Este contagio se prapaga por do quiera, en Bélgica y en Alemania, como en Francia.—Las nacionalidades se liman, se borran pulimentándose.

Francia quedó harta, bajo Luis XIV, de gloria militar y de oropel.

Veinte años despues de la muerte del gran rey

© Biblioteca Nacional de España

había perdido ya el recuerdo de sus derrotas y de sus miserias.

Despues volvióse *libertina*, con Voltaire, Montesquieu, Diderot, etc.

Luego se hizo sentimental con Rousseau: la voluptuosidad combatida por la lujuria.

Nuevamente saciada de militarismo, ramera de cuartel, bajo Napoleón.

Febril, más adelante, por el *dilettantismo,* el *industrialismo,* la *burocracia*, el *insulso jacobinismo.*

A medida que ha progresado en su depravación, han decaído sus facultades viriles.

Hoy día es una prostituta.

15 Junio de 1862.—He asistido en Bruselas, al *espectáculo del Parque;* representación dada por *Ravel*, artista del Palais Royal, antiguo camarada de Alcides Tousser y de Grassot.

Une fièvre brûlante;—Chez une petite dame;—La ferme de Prime-Rose.

Estas tres piezas son á propósito para evidenciar el lodazal de sentimientos, de ideas, el fondo de lujuria y de obscenidad que avasalla hoy á los autores. Y es lo asombroso que el público no comprende gran cosa, á pesar de su buena voluntad de corrupción.

La primera de dichas piezas, de un tal M. Mélesville, es una *satiriasis.* Es la pintura de un hombre de veinticinco años enamorado, ó más bien ávido de mujer, y retenido por una timidez igual á su furor sensual. Vésele en un monólogo perpétuo, que pone de relieve los incidentes más ó menos chistosos de la pieza, sumido en un ensueño de lascivia contínua, desesperar de su cobardía, exaltarse, quererse matar, odiar á las mujeres, adorarlas y por fin trocar-

16

© Biblioteca Nacional de España

se en bestia hasta el punto de caer en un acceso de bicantropía, y ladrar (de amor) como un perro!...

Todo ello, esmaltado de chistes, equívocos, escenas lascivas, etc.

¡Y en Francia hay censura!

El autor ha llegado hasta codearse con la promiscuidad de los sexos en dos escenas donde presenta á tres mocitas disfrazadas de hombre y acudiendo á invitar á su vecino; y después, á estas mismas mocitas, en traje de su sexo, y á las cuales el enamorado tímido continúa tomando por hombres, y jactándose de poderlas besar sin emoción!

Chez une petite dame: costumbres del *demi-monde;* es la menos inmoral de las tres.

Dans la ferme; tentativa de seducción de una jóven campesina por el príncipe de Gales, disfrazado de carnicero.—Esto es poquita cosa. Pero la jóven *miss* está de criada en casa de un colono, que la ama sin advertirlo, como á una hermana, y que para proporcionar buena vida á esta hermana, quiere casarse con una mujer que haga la faena pesada de la granja! —Siempre la *fraternidad* mezclada con el *amor*.

La menor ojeada sobre el teatro moderno basta para demostrar que los autores se sumergen en la vida de bohemio, donde olvidan la moral, la naturaleza y el amor; que, en sus fuerzas, sustituyen sin escrúpulo el espíritu de esas *señoras* al de la sociedad que confeccionan sobre su modelo, haciendo así funciones de proxenetes y de corruptores.

Los nombres más obscenos, los más viles, apenas bastarían para dar una idea de semejantes costumbres.

* * *

© Biblioteca Nacional de España

Prostitución.—Tiende, dice B***, á hacerse universal.

No es posible ya fiar en mujer, en soltera alguna.

Aquéllas, á quienes la fortuna se lo otorga todo en abundancia, y los que la necesidad no impele á una galantería mercenaria, se lanzan á ella por falta de ocupación, curiosidad del vicio, excitación de los sentidos y apetencia de voluptuosidad.

Háblase, en Spa, de las salidas nocturnas de las solteritas. Allí, las casas solo cierran con pestillo; y mientras papá y mamá duermen en un cuarto, fatigados de la ruleta, la hija se levanta, sale á paso de lobo y encuentra á su amante de un día, quien la pasea á la luz de la luna por las montañas. Es cosa de repetir el verso de Juvenal.

..... *Nil in montibus actum?*

Me cuenta B*** que acaban de ofrecerle, en su casa, gran copia de solteritas, de catorce á diez y ocho años. ¿La quiere usted morena ó rubia, grande ó chica, delgada ó gruesa? Hay dónde elegir. Todo soltero ó viudo, rico, amigo del placer, se vé asediado por las Celestinas.

¿Hay en ello voluptuosidad real? pregúntole.—No; estupidez, torpeza, necesidad urgente, completa falta, en el sér, de placer, de ternura, de arte. Carne cruda y la vanidad canibal de *comerse un pimpollo*. La obrera no puede ya vivir de su trabajo: está probado. ¡A mí la prostitución! exclama. La mujer vive de privaciones, el marido pierde ánimo, se contraen deudas para sostener un momento cierto aspecto de elegancia.—¡A nosotros la prostitución! dicen.

Se vén jóvenes solteras largo tiempo puras, que

© Biblioteca Nacional de España

se han sacrificado para sostener á sus padres, criar á sus hermanitos y hermanitas y que, sofocadas, de tan incurable miseria, se deciden un día á entregarse á su vez, para obtener un ligero alivio. De su parte, es resolución heróica, pero que raras veces se adivina, por cuanto no lo dicen.—Estas criaturas se vuelven encarnizadas enemigas del sexo masculino. Despues de las primeras relaciones, vencida la vergüenza, truecánse en las más hábiles é implacables especuladoras.

Por lo demás, la prostitución es la fuente de la enemistad entre el hombre y la mujer, y por consiguiente, de la extinción del amor, de la depravación de los sentidos, y principio de los goces antinaturales.

Según B***, quién me dice saberlo por un agente de policía, hay en Bruselas de 1.800 á 2.000 personas corridas en esta especie de costumbres.

Un hecho que indica la profundidad y la precocidad de corrupción de la juventud, es el ver que se reunen tres ó cuatro para mantener, á gasto común, una mujer. Tal comunidad es el último grado de la bajeza.—Cien veces superiores son las visitas solitarias á una mujer pública.

El concubinato, ó *amor libre*, que aún mejor pudiera llamarse *matrimonio libre* ó sujeto á revocación, va haciéndose muy raro. La juventud, perdida ya la vergüenza y la delicadeza, no se ha detenido ahí largo tiempo. Prefiérese el *volteo*, muchísimo más excitante y costoso; la promiscuidad.—Es el oficio de la *loreta*, hoy, diré, extendido por toda Europa.

Las celebridades del género, de las que se han visto una cincuentena en Spa este verano (1859), no son,

© Biblioteca Nacional de España

como creerse pudiera, las más notables por su juventud y su belleza. Todas ellas son mujeres de venticinco á treinta años, doblada ya la flor de la juventud, y ajado el cuerpo, pero expertas y refinadas en libertinaje, é ilustradas por las aventuras más escandalosas, los hombres que han aruinado, la especialidad de sus manejos, etc.

Cuando el amor se extingue y los sentidos se embotan, la vanidad y la curiosidad los reemplazan. Y se comprende. La generalidad de los hombres, no pudiéndose distinguir por nada, demasiado débiles para conquistar, por el trabajo y la probidad, la distinción sin la cual la vida es nada, señálanse, como los colegiales, por la zambra, los gritos, las muecas, el juego, la disolución, los caballos, trajes, etc.

Esto me lleva á otras ideas.

Todo hombre puede *distinguirse* por algo, lo bastante para que su amor propio quede satisfecho, y honrada su existencia; solo se trata de quererlo.

El trabajo, la aplicación, la constancia, el estudio, una probidad severa, la fidelidad en las amistades: todo ello está al alcance de todo el mundo, de todas las condiciones, y, en un siglo de disolución, es de infalible éxito.

¿Sería más dificil de obtener la distinción, se dirá, en una sociedad formada, en gran mayoría, por gente de bien?

Y á ello respondo: Seamos todos, desde luego, gente de bien y gozaremos de algo más que de la distinción: tendrémos la felicidad universal, la estimación y la abnegación recíprocas, la alta fraternidad. Nos renovaremos.

* * *

© Biblioteca Nacional de España

Unos cuantos periódicos han llegado al extremo de prestar su ministerio á correspondencias culpables, en forma de anuncios enigmáticos. Señálanme el *Office de publicite*, y *l' Etoile belge.*

En América, pocos propietarios hay de negras algo lindas, que no se hallen transformados en proxenetes. La negra, que en las faenas del campo solo produce dos duros por semana, reditúa cincuenta por la prostitución.

En Nueva-York todos los vicios civilizados hallan satisfacción amplia.

Por toda Europa, cafés-conciertos, casinos surtidos de mujeres,(se citan, entre otros, y se elogían, sobre el particular, Amberes, Rotterdam, Amsterdam. etc.),

Todo lujo degenera en lujuria: toda gran fortuna degenera en abuso.—Es axiomático.

* * *

La lectura de una novela amorosa y la visita subsiguiente al lupanar causan más daño que toda una semana de trabajo penoso.

* * *

Depravación atróz de la domesticidad, por falta de pudor y de religión. Consultad á las mujeres; están fatigadísimas, desoladas.—Anécdotas, rasgos de tontería, de imprudencia, cosa de nunca acabar; una impudicia razonada, decidida, serena.

La domesticidad, la clase obrera os hacen ver qué cosa es la hembra del hombre.

* * *

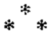
© Biblioteca Nacional de España

Cuando la policía, la crítica, los artistas, los literatos y los padres de familia se muestren severos y decididos, habrá acabado la inmoralidad.

La época no produce más que fotografías obscenas, figuras de *loretas: Inter quas...*

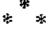


Todo se ha prostituido, hasta los antiguos puritanos del Jacobinismo.—Juventud marchita; nada le grita en la conciencia; apóstata de la religión de sus padres.

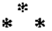


Hay que organizar una propaganda contra la disolución de los jóvenes y la insurgencia femenina.

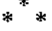
Hombres, la primera condición para continuar siendo amos es saber gobernar vuestros sentidos y ser moderados.



Vale más una pierna de palo en el hogar, que un miriñaque en la Ópera.



Hay que exterminar todas las malas índoles, y renovar el sexo, por la eliminación de los sujetos viciosos, como los Ingleses rehacen una raza de bueyes, de carneros y de cerdos, por la alimentación.



Lo que se llama: una señorita bien educada, es una muchacha muy mal educada, una mujer inútil.

© Biblioteca Nacional de España

Hay que estudiar las razas y encontrar las que producen las mejoras esposas, las más útiles mujeres de su casa; la Flamenca, la Suiza, la Inglesa, la Rusa, etc.—En este punto de vista, sobre todo, conviene estudiar los cruzamientos.

Descartar sin piedad las criaturas insolentes, viciosas, perezosas, hechas para el lujo, el tocador y el amor.

* * *

Derecho de la fuerza.—Hablais de él como un ciego de colores, por hábito y en virtud de las preocupaciones, como hacen los niños, las mujeres y todos cuantos no reflexionan:—Este derecho es el más antiguo, y en práctica, el más fundamental; fuera de él, ¡nada! Todas las naciones están obligadas á ejercerlo, y hacerlo respetar entre ellas, só pena de perecer.

Mujer filósofa, impia, irreligiosa: es cosa de tomarle asco. ¿No sabeis que todavía no hemos reemplazado aquel sentimiento profundo de moral interior, que se llamaba sentimiento religioso, que daba un carácter tan elevado al hombre, á la mujer y á la familia?—Miserable, que creeis que esto se sustituye con la crítica y con frases.

¿Pondremos, tal vez, la Ópera, el *Vaudeville* ó el Hipódromo en lugar de la Iglesia? El espectáculo no es más que una excitación al placer y á la voluptuosidad; un medio de agitación, todo lo más.—De moral imposible.

Es menester que rehagamos de la moral algo así como un *culto*. Con las solas fuerzas del espíritu podemos dar una teoría, definir un derecho, formular sus aplicaciones; decir bellísimas cosas.—¡Pero con ello

© Biblioteca Nacional de España

llenar el corazón, el alma; hacer de ello una poesía, una publicación, una alegría santa, jamás! Otra cosa nos falta.

Fáltanos volver aquí á las fuentes, buscar lo divino, empaparnos nuevamente en una veneración, que al mismo tiempo sea para nosotros una felicidad. Buscamos algo *místico*, que sin embargo no choque con la razón; precisamente lo que quisieran hacer con el Cristianismo los creyentes concordatarios.

Por mi parte, he creido que era menester remontarse, ó descender hasta las más profundas capas de la historia.

La razón pura y filosófica no basta ya, ni siquiera á los razonadores y á los filósofos.

De ahí tantas apostasías en la razón.

* * *

No podemos contentarnos con el *protestantismo;* tan muerto está, como todo lo demás.

¿Deismo, magia, mesas giratorias, espíritus golpeadores? Nó; no saben más que nosotros.

¿Paganismo? Nó; todavía menos; es puerilidad.

Hay que remontarnos más allá de la institución de los sacrificios.

Unicamente veo la familia, que pueda interesarnos, á la vez de espíritu y de corazón, penetrarnos de amor, de respeto y de recogimiento; darnos la dignidad, la calma pía, el profundo sentimiento moral que antaño experimentaba el cristiano despues de la comunión.

Es un *patriarcado* ó *patriciado* nuevo al cual quisiera yo convidar á todos los hombres.

Allí encuentro una autoridad suficiente para el

© Biblioteca Nacional de España

hombre, alto respeto de sí mismo;—dignidad para la mujer, y modestia; y en todo ese conjunto, algo de misterioso, de divino, que en nada contradice á la razón, pero que sin embargo la deja siempre rezagada.

* * *

La justicia, por bien que la espliquen, queda siempre, en el fondo, un misterio, como la *vida;* el amor conyugal, el amor transformado por el derecho, que ha ahuyentado el celo y lo ideal, misterio; la mujer es misteriosa, como la generación y la belleza.

Establezcamos sobre este fundamento la justicia inflexible, la moral austera, la inviolabilidad del libre albedrío, el celo de la verdad, de la ciencia, de la igualdad, del pudor; preparemos días y lugares de reunión á las familias y tendremos una religión.

Hemos perdido el hábito del recogimiento;—ya no sabemos vivir en nosotros mismos, ser felices con nuestra conciencia, como el creyente lo es con un Dios, que no es más que la voz de su corazón y de su conciencia... Huímos de nosotros mismos; necesitamos hallarnos sin cesar unos con otros; nuestra existencia es una mescolanza. Nada de religión doméstica. El padre y la madre acaban por aburrirse uno de otro; más aún, se aburren en común, como gente sin conciencia y sin moral. Antaño, los domingos, iban á pasar una hora en el templo, y el día entero era bueno y venturoso. Ogaño necesitan baile, *soirée*, teatro, aturdimiento.—Solo hallan paz en el trabajo, en la pena!

Y se cree remediar el mal descoronando al hom-

© Biblioteca Nacional de España

bre, y emancipando á la mujer; haciendo de los esposos *socios*, concubinos, comuneros, accionistas de una empresa de *progenitura!*

Un hombre decaído; una mujer insolente: qué vida!

*
* *

¡Suprimid la libertad industrial, y adios sociedad!

Suprimid el matrimonio, la autoridad paterna, la familia, y adios sociedad, adios ciudad, adios nación! —Un órden ficticio, sancionado por la fuerza.

Debilitad la base social, por la disminución de la *libertad* y la desnaturalización de la familia; y debilitais el lazo social.

Hoy día, ¿ estamos ó nos creemos en progreso? Tendemos á un órden de cosas superior, en que la paz será perpétua, el trabajo solidario, el bienestar, mejor repartido, la virtud general. ¿Creeis que se llegará á ello por la ruina del respeto conyugal?

¿Acaso se intentaría demoler al hombre?

*
* *

Tiempos hace que el relajamiento del sentido moral pasa de los individuos á las masas: testigo es el mundo desde 1848.

La corrupción era magna á partir del Directorio; pero manteníase más bien privada, que pùblica.

De improviso hubo explosión: la masa se corrompe y reacciona sobre el resto.

¿Donde se detendrá esta disolución? Ignórase.

*
* *

© Biblioteca Nacional de España

Una nación en disolución es como un cuerpo atacado de gangrena: solo el dedo gordo parece afectado, y el cirujano corta el pié. Seis meses después, la gangrena reaparece en la pierna, y hay que cortar el muslo; por último, llega al vientre y todo acabó.

***

Hay un principio de vida vegetativa;
Hay un principio de vida animal;
Hay un principio de vida social.

Este principio se manifiesta por la religión, la justicia, la política, la poesía, la literatura, el arte, la familia, el trabajo y las costumbres.

***

Pornocracia é Imperio.—Abolición de las libertades comunales y de la vida provincial. Abolición del matrimonio y de la familia.

No más *individualidades.*

A ello se llega igualmente por la transformación del matrimonio en concubinato, por amor libre y promiscuidad, y por la omnipotencia del Estado.

La posesión vigorosamente atacada: proyectos de ley de sucesión; no más *paternidad.*

Horror al hogar en la mujer; horror al telar en el hombre; expansión de la *funcionomania.*

Hotel, barrios obreros; esto, en adelante, para domicilio; un empleo, una nómina; esto, para el hombre.

Los Napoleones, loados por haber castrado al país suprimiendo los derechos y las libertades públicas; la pornocracia consumará la obra, castrando á los

© Biblioteca Nacional de España

maridos por la substitución del concubinato al matrimonio.

Napoleón III, jefe del Estado, de las libertades y de las propiedades, de los destierros y de los derechos; M. Enfantin con su concubina, jefe de los matrimonios, confesor de los maridos, etc.: un emperador, un pontífice.

No más doctrinas, ideas, teorías, sistema. ¡Abajo la razón; viva lo improvisado, lo arbitrario!

Se toma el pulso á la opinión; se la excita; se le imprime una dirección; y entónces, *vox populi, vox Dei.*

* * *

Por uno, como por otro lado, se organiza la guerra á la familia y á la individualidad.

Guerra al matrimonio y al derecho.

Tendencia á una prostitución general. Es evidentísimo.

Así lo prueban las confesiones, las teorías de las mujeres-autores.

EL AMOR POR EL AMOR; tal es su divisa...

Ahora bien, el amor por el amor excluye el matrimonio, las cargas de hijos; quiere el *mariposeo*, de consiguiente, la PROSTITUCIÓN. Así estamos...

Todas las ideas se enlazan.

Quien quiere la destrucción del matrimonio, la *emancipación* de la mujer, quiere la ruina del derecho y de la libertad; converge á la sodomía.

Todo ello está bien explícito.

* * *

La *personalidad,* nula un concubinato concebido bajo el pié de igualdad general.

© Biblioteca Nacional de España

En la sociedad mercantil, el socio más fuerte arrastra al otro; si son iguales, incomodidad, y entonces, á menudo, separación, á menos que, de ambas partes, la personalidad sea muy débil.

O bien los poderes se comparten, y cada cual se arregla un pequeño *reino*.

El verdadero *marido*, PATER FAMILIAS, es el hombre más fuerte. En un estado compuesto de verdaderos cabezas de familia, nada de tiranía.

Hoy, *quid*? Los padres han dado el ejemplo de la cobardía á sus hijos, los desprecian.

Joven, si tu personalidad debe ser compartida, no te cases.

No hay peor sordo que el que no quiere oir.

Cuando escribí esta frase: *Cortesana* ó *mujer de su casa*, y esta otra: *antes reclusa que emancipada*, es claro que me refería á la mujer *libertina*.

Hablé como Blanca de Castilla: «Antes muerto mi hijo, que culpable!»

Antes muerta mi hija, que deshonrada!

*
* *

Hay en la mujer más encantadora y virtuosa algo de socarronería, es decir: de bestia feroz. Es, en suma, un animal domesticado, que por momentos recobra su instinto.

No puede decirse lo mismo, en igual grado, del hombre..

El hombre, con su fuerza, su voluntad, su valor, su inteligencia, recayendo cuotidianamente en los lazos amorosos de la mujer, jamás lograría dominarla ni enseñorearse de ella, si no le ayudaran las enferme-

© Biblioteca Nacional de España

dades y achaques que amansan á esta leona: embarazos, partos, lactancias, y después todos los males que se subsiguen y que permiten al hombre, alejándole del lecho común, recobrar aliento y volver á ser quien era, en tanto que la mujer, abatida por el sufrimiento, vése obligada á doblegarse y humillarse: he aquí el manantial de la paz doméstica.

Lo que ahora digo es historia natural: temo á la mujer en su *naturaleza*, nó en su estado perfeccionado.

La educación disimula esos vicios, calma esa furia; la domesticación prolongada, la generación, el régimen cambian poco á poco á ese animal. Pero hay que saber lo que ella es por naturaleza, si se la quiere gobernar.

Avanzando en edad, la mujer se vuelve peor.

Menester es que el hombre, en sus relaciones con ella, sepa hacerle sentir que es para ella, no solo su amante, sino un padre, un gefe, un dueño: sobre todo, un dueño!

Michelet no ha sacado de sus observaciones sobre el estado habitualmente enfermizo de la mujer, todas las consecuencias, á saber: que ese estado tiene un objeto providencial, el reposo del hombre y la sumisión de la mujer. Así lo ha comprendido el salvaje: de la bestia feroz hembra ha hecho una bestia de carga entre los bárbaros; quien trabaja es la mujer. La mujer conduce el arado, mientras los hombres permanecen con los brazos cruzados.—Mas adelante el hombre trabajará para ella á su vez; pero entonces, el trabajo, cada vez más fuera del alcance de la mujer, hará sentir á esta su inferioridad y la subordinará á su marido.

© Biblioteca Nacional de España

Él ganará cuatro francos por día, ella uno. Por la sencillísima razón de que él hace cuatro veces otra tanta faena, y de mejor calidad que ella.

* * *

No olvides, joven, que los besos que te dan son contados; que son lazos que te cargas, y que tres días de cuaresma bastan para hacer de la mujer, sin que lo adviertas, de una dulce enamorada un tirano.

* * *

La violencia, en la mujer, está en razón de la voluptuosidad que experimenta. El amor y sus juegos no la suavizan, nó; muy al contrario.

Por ello el esposo y la esposa nunca están más cerca de querellarse, que cuando se prodigan amores: «Esperad únicamente á que la mujer quede colmada y el marido satisfecho.» Es el instante en que la discordia les agarra, haciendo resaltar, de improviso, el genio egoista, personal, imperioso, la aspereza de carácter, la brutalidad de corazón, en uua palabra: la ferocidad de la mujer. Ya lo han dicho: es una gata.

La mujer solicita, irrita, provoca al hombre; le dá asco, le embrutece. Y más todavía, todavía, todavía!

* * *

Rousseau se engañó recomendando á la mujer casada que sea prudente y discreta en el comercio con su marido.—Jamás mujer alguna dirá: ¡basta!—Al hombre atañe tomar para sí el consejo y no prodigarse.—Ciertamente, la mujer púdica, reservada, que

© Biblioteca Nacional de España

se niega por ternura, por previsión, por respeto á su marido y á sí misma, es un *ideal* divino; pero no una realidad. — Al hombre incumbe contenerse y ser siempre digno, severo; de lo contrario, su mujer, conociendo su debilidad, se mofará de él y le devorará.

* * *

La mujer es un lindo animal; pero un animal. Está ávida de besos, como la cabra de sal.

* * *

¿Por qué no decir la verdad, tal cual es y todos la pensamos, acerca del sexo femenino y de su influencia?

¿Viviremos siempre en la novela?

¿Le está bien al escritor, al naturalista, cultivar la galantería, prestar sobre el bello sexo un falso testimonio que, induciendo al jóven á error, le prepara amargos desengaños é introduce la discordia en la familia?... ¿Es, acaso honrarla?—Como á la mujer la dominan su debilidad, su impericia y todas sus contrariedades, conviene mantenerla en la modestia por la declaración auténtica de su sér y de sus tendencias. Al fin y al cabo, no ha de temer el abandono, ni tampoco el no ser amada; más bien debe temer el serlo neciamente y demasiado.

Que reconozca, en las caricias más íntimas de su amante, de su esposo, que no se las ha con un bobo, ni con un manco. Por cuanto atrévome á afirmar que, por más despecho, por más furor que puedan

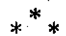
© Biblioteca Nacional de España

causar á todas las mujeres estas revelaciones, están ellas tan singularmente constituidas que, á la vez que reconociendo el escepticismo, y dado el caso, la energía de su cónyugue, no quedan en el fondo muy enojadas; enojaríanse si las cosas ocurriesen de otro modo.

A la mujer no le disgusta ser violentada un poco, y aun diré, violada.

Gran hipocresía de los novelistas, y de las novelistas, al pintar, la noche de bodas, la brutalidad de un hombre y la inocencia de la joven vírgen que se le entrega. De cada cien matrimonios, en los noventa el bobo es el marido.

No hay egoismo como el egoismo femenino: meloso, afilado, refinado como un dardo impregnado en aceite; un egoismo de artista. Ellas lo saben, y lo disimulan; pero busca bien y lo descubrirás.



Esto es historia natural. He encontrado, en mi vida, algunas buenas personas. Combinándose con la estimación el amor que casi nunca dejan de inspirar, cuando son jóvenes, les he profesado cordial afecto. Eran personas á quienes la educación, la religión, un largo cultivo, habian transformado, poco más ó ménos, como esos animales que se transforman por el criadero y el régimen. En criaturas así reformadas, se puede uno fiar hasta cierto punto; sin embargo, es prudente no dormir sino con un ojo. Como las razas de que hablo, abandonadas á sí mismas, vuelven á su tipo, así hace la mujer bien educada.

Una parte de la virtud femenina viene de la ferocidad. Es la hembra, ávida de macho, pero que teme

© Biblioteca Nacional de España

al más fuerte que ella, y que esgrime la garra antes de entregarse.

En una época de virtud familiar y de alta moralidad publica, tales cosas no se perciben. La mujer es guardiana de las virtudes que representa. Semejante crítica sería entónces un escándalo. Por ello, comprendo perfectamente los clamoreos contra ciertas sátiras de los Padres antiguos y de los moralistas. Pero en las épocas de decadencia, en que las mujeres, siguiendo el torrente de los hombres, vuelven á su naturaleza bestial, cada uno puede juzgar por sí mismo de la exactitud del retrato. Ahora bien, cuando los Padres de la Iglesia clamaban contra el sexo, tenían á la vista modelos, como los tenemos hoy.

Tomad la mujer del serrallo ó la mujer libre: lo mismo dá.

* * *

¡Ah! he dicho demasiado bien de la mujer! Lo siento, y no me retracto.

He pintado la mujer ideal: siempre es ideal la mujer, cuando no es mala.

Pero también he pintado la mujer normal. Y estamos más abajo que la norma.

* * *

Cuidar mucho de condenar lo que he escrito sobre la *belleza* de las mujeres.

FIN



© Biblioteca Nacional de España

ERRATAS NOTABLES

PÁGINA	LÍNEA	DICE	LÉASE
XXVII	13	eléctrico	ecléctico
51	11	lengua	luenga
63	1	uń amonada	una nonada
68	7	execusado	excusado
74	7	Emilia	Emilio
85	21	en	de
89	24	poder	pudor
99	3	al	del
106	12	que	sino
112	12	de las costambres	costumbres
154	1	mesa	masa
157	11	políticas. El	políticas; el
160	13	sugiere	ingiere
161	13	forma-	priva-
»	30	ha	he
165	20	por la plebe	á la plebe
166	23	ocaba	acababa
»	30	jurídicas	púdicas
191	26	ó que el lujo se hiciera.	en que el lujo se hace
»	27	vistos	vistas
192	10	ablandamiento	reblandecimiento
193	21	en la	en que la

© Biblioteca Nacional de España

PÁGINA	LÍNEA	DICE	LÉASE
198	15	ilimitada	limitada
199	31	al amor conyugal	á la unión conyugal
209	13	prevalecerá	prevaldrá
223	25	al	el
224	1	Helvacio	Helvecio
226	23	sustento	mita, ó
»	26	es amor de siempre	el amor se impone
228	32	gremios	genios
229	10	escritores	suscritores
233	18	*brûclante*	*brûlante*
234	2	bicantropia	licantropia
»	26	fuerzas	piezas
245	29	nula un	nula en un
246	11	los desprecian	y estos los desprecian
247	8	temo	tomo

© Biblioteca Nacional de España

ADVERTENCIA

Encontrándose ausente el traductor durante la impresión de esta obra, lo cual le impidió corregir las pruebas, se ha incurrido en las erratas que quedan señaladas, y algunas de menor entidad, falta que la benevolencia del lector sabrá dispensar, y que procuraremos evitar en los sucesivos volúmenes.

© Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE

PÁGINA



© Biblioteca Nacional de España


© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

OBRAS PUBLICADAS

que se hallan de venta en las principales librerías de España y América

	REALES
Evangelina. Romance de la Acadia, por Enrique Wadsworth Longfellow; traducida del inglés, en octavas reales, por Carlos Morla Vicuña, 1 tomo en 8.º.	6
El culto al Falo y á las demás divinidades presidentes á la generación, entre los antiguos y los modernos, por Amancio Peratoner, 1 tomo en 4.º.	12
Los Peligros del Amor, de la Lujuria y del Libertinaje: En el hombre.—En la mujer.—Seguido de un estudio del eminente doctor Tardieu sobre *Sodomía* y *Pederastia* y de una ojeada sobre la *Prostitución en la antigüedad.* Edición considerablemente aumentada, por Amancio Peratoner, 1 tomo en 4.º menor.	12
Flores varias del Parnaso. Ramillete de preciosas poesías tomadas de nuestros más excelsos vates: por Amancio Peratoner. Finalizando con las célebres *"Coplas"* (completas) de Jorge Manrique, 1 tomo en 8.º menor..	6
La Dama de las Camelias, por Alejandro Dumas (hijo). Edición ilustrada con preciosas y elegantes cromo-litografías, 1 t. en 4.º.	18
La cuestión del divorcio, por Alejandro Dumas (hijo), traducción de la 14.ª edición francesa, por Amancio Peratoner, 1 t. en 4.º.	16
Los Organos de la Generación; sus funciones y desórdenes: En el niño.— En el adolescente.— En el adulto.—En el anciano; por Amancio Peratoner. —Edición ilustrada con cuatro preciosas cromo-litografías, 1 tomo en 4.º.	20
Los Secretos de la Generacion ó el Arte de engendrar niños ó niñas según se quiera y de tener hijos dotados de talento, hermosos y robustos; precedida de la descripción de las partes naturales del hombre y de la mujer, con la indicación del uso particular de cada una de ellas, y terminando con la exposición de los medios más adecuados para conservar la potencia amorosa hasta una edad muy avanzada, por M. J. Morel de Rubempré, traducida de la 107.ª edición francesa, por Joaquín Bordoy, 1 tomo en 4.º	12
Fisiología de la noche de Bodas. Misterios del lecho conyugal.—Advertencias.—Consejos.—Cópula.—Virginidad.—Desfloración —Anafrodisia.—Impotencia.—Esterilidad —Adulterio; por Amancio Peratoner; seguida de un estudio del célebre Dr. A. Tardieu, sobre cuestiones de Violación (Estupro) y Atentados al pudor.— Edición ilustrada con dos magníficos grabados, representando los órganos sexuales externos de la mujer en sus estados de Virginidad y Desfloración, 1 tomo en 4.º.	12

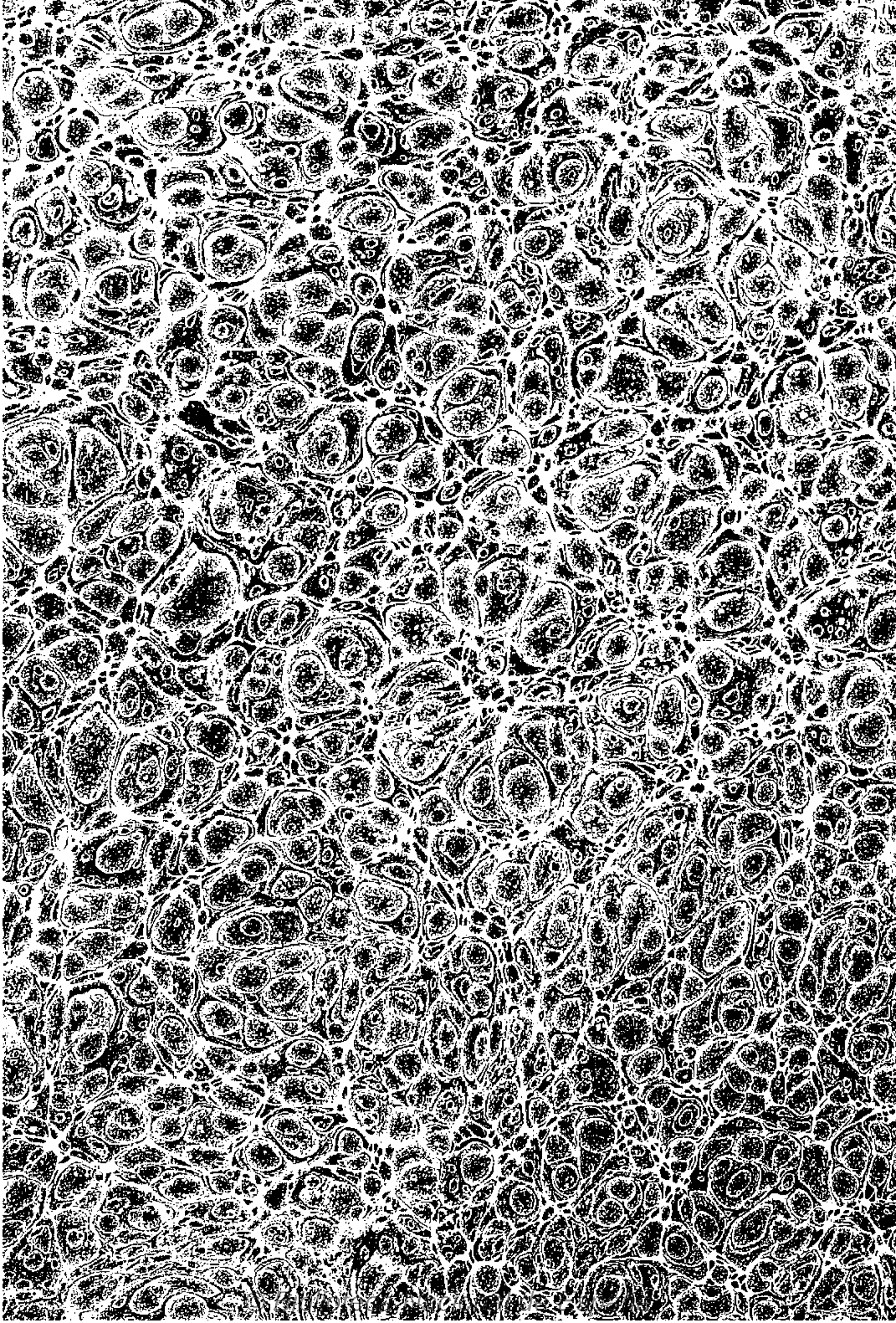
PROCESOS CELEBRES DE TODOS LOS PAÍSES; diez cuadernos en 4.º mayor, los dos primeros á 4 rs. uno, y los restantes, á 2 rs. uno. Juan Bautista Troppman. — Elena Jégado.— Jobard.—Seductor sorprendido y muerto por el padre. — Oposición al matrimonio de una menor estuprada. —Asesinato de la calle de la Aurora.—Benoit el parricida. —Billon; máquina infernal de Senlis. — Lemoine, el niño carbonizado. — La bella Droguera, Adulterio.—Quartier, Senot y consortes. — La viuda de Husson y su hijo.— D. Martin de Acuña.—Justina Lafitte. — Acusación de incesto, violación y parricidio.—Saint-Geran, hijo reclamado por dos madres.—Dumollard, robo, violación, asesinato.

© Biblioteca Nacional de España

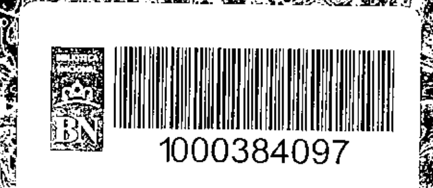
© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España



© Biblioteca Nacional de España


1000384097